HARLEQUIN

Tentación™

Fiebre

Elizabeth Lowell

FIEBRE

ELIZABETH LOWELL

Capítulo Uno

Ryan McCall se bajó de la furgoneta y empezó a desabrocharse la camisa. Había volado desde Texas hasta una pequeña pista de aterrizaje en Utah donde tenía su capricho más preciado: una avioneta que le servía para alejarse de su padre cuando quería. Luego había conducido por carreteras sin asfaltar hasta que había llegado a su casa por !a tarde. Había disfrutado de cada centímetro del camino que recoma, porque cada bache y cada piedra significaba que estaba más lejos de su padre, al que quería pero con el que no podía estar más de unas cuantos minutos cada cierto tiempo.

Rye volvió la cabeza hacia el sol y sonrió. El sol de Texas era muy fuerte, demasiado. Él prefería el de Utah, que era menos ardiente. El aire quemaba, pero el olor a pino y el riachuelo que bajaba serpenteante por la colina hacían que el ambiente fuera más fresco.

Rye cerro los ojos, y se dejó llevar por la sensación de tranquilidad que siempre apreciaba cuando volvía a su tierra. Había estado fuera sólo dos semanas, pero había parecido una eternidad.

Su padre acababa de cumplir sesenta años. Se pasaba mucho tiempo lamentándose porque no tenía ningún nieto que pudiera continuar el apellido de la familia. Hasta su hermana, que siempre había sido su más fiel aliada, le había dicho que le iba a llevar una chica muy especial al baile que Rye daba todos los años al final del verano en su rancho. Él no se había inmutado, aunque no había sido capaz de ignorar al montón de cursis que habían tratado por todos los medios de poner sus garras en el bolsillo de los McCall.

Rye hizo una mueca de desprecio. Podía permitirse el lujo de reírse de la codicia de las mujeres; estaba en casa, lejos de su alcance. En ese momento daba gracias a Dios por cada segundo que tenía de libertad. Silbando, se sacó la camisa por fuera de los pantalones y de un salto se adentró en el porche de la casa.

A los veintiún años, Rye había podido hacer uso de la herencia de *su* madre, y desde entonces se había limitado a cavar postes, plantar árboles y cabalgar por toda la extensión del rancho. Gracias al trabajo duro que había realizado había conseguido un cuerpo escultural.

Muchas mujeres se habían quedado encandiladas contemplando sus enormes bíceps. Sin embargo, Rye no creía que su físico fuera la razón por la que se veía tan acosado por el sexo opuesto. Había visto demasiadas veces cómo su padre y su hermano menor caían en las redes de mujeres sin escrúpulos, como para pensar que hubiera alguna que no fuera detrás de su dinero.

En cuanto traspasó el porche supo que había alguien esperándole. La habitación olía a perfume. Se dio la vuelta y vio a una mujer de pie en el comedor. Ésta había abierto el escritorio y miraba con curiosidad lo que había dentro

—¿Haciendo un inventario? —preguntó Rye con frialdad.

La mujer dio un respingo y se volvió asustada. Observó a Rye sin perder el más mínimo detalle. Sus enormes ojos negros recorrieron cada centímetro de su cuerpo sin disimular que le gustaba lo que estaba viendo.

Una simple mirada le indicó a Rye que su padre se había pasado y esa vez. La mujer tenía un cuerpo muy bonito e iba muy bien vestida. Parecía nerviosa, pero su porte no cambió ni siquiera un poco a pesar de ello.

-Hola—dijo extendiéndole la mano—. Me llamo Cherry Larson.

—Adiós, Cherry. Dile a mi padre que lo intentaste, pero que te rechacé con tan malos modos, que tuviste que darte por vencida. A lo mejor siente lástima por ti y te compra una baratija—dijo Rye con frialdad y mirándola con desprecio, tras lo cual, se dio la vuelta

—¿Tu padre?

—Edward McCall II —contestó Rye dirigiéndose a las escaleras mientras se quitaba la camisa—. El tejano que te pagó para que me sedujeras.

—Vaya —dijo ella frunciendo el ceño—. ¿Te dijo eso?

—No tuvo que hacerlo. Las morenazas son su tipo, no el mío.

Cerró la puerta de su dormitorio de un golpe, dejando a Cherry con total libertad para curiosear por la casa.

Al cabo de un momento salió vestido, con una camisa de trabajo, unos pantalones vaqueros y botas de montar. Cherry estaba aún en el comedor. Pasó sin mirarla y descolgó su sombrero tejano.

—Voy a montar. Cuando vuelva no quiero encontrarte aquí.

—Pero, pero ¿cómo voy a volver a la ciudad?

—Espera a un vaquero rubio que se llama Lassiter. Le encanta llevar a mujeres como tú.

Rye se dirigió al establo a grandes zancadas. Al entrar lo primero que vio fue a Diablo, su caballo preferido. El caballo estaba atado a la

cerca, espantando moscas con su larga y negra cola. Lo habían dejado ensillado y con las bridas puestas, preparado para salir.

Rye supo sin dudarlo que al menos uno de sus vaqueros sabía cómo iba a reaccionar cuando viera a la mujer que le esperaba en la casa. Estaba casi seguro de que el astuto vaquero sería Jim.

Montó a Diablo, que relinchó impaciente por empezar a correr. Nadie lo había montado desde que Rye se había ido y Diablo era un caballo demasiado bueno como para estar tanto tiempo sin moverse.

Cuando salió del establo no se encontró con nadie, lo cual le extrañó. Era raro que ninguno de sus hombres apareciera para saludarle. Después sospechó que probablemente estarían partidos de risa, imaginándose su reacción cuando hubiera visto a la chica. Le podían haber advertido de que Cherry estaría allí, pero aquello habría echado a perder la broma. Rye sabía que no había nada que a un vaquero le gustara más que gastar bromas, fuera quien fuese la víctima. Así que estarían escondidos en cualquier parte hasta que la diversión hubiera terminado.

Rye sonrió con desgana, y después se echó a reír. Clavó las espuelas en el costado del animal al mismo tiempo que vio a un grupo de hombres saliendo del establo. Se quitó el sombrero y lo agitó antes de arrear una vez más el caballo y salir al galope.

A medida que se acercaba al prado McCall, Rye empezó a relajarse. El prado era su sitio favorito, el refugio al que iba cuando se sentía deprimido por ser Edward Ryan McCall III. Normalmente era una de las primeras personas que iban allí después de las nevadas, pero ese año había sido una excepción porque había estado muy ocupado con las negociaciones para la compra de uno de los mejores toros de su padre.

Antes de que Rye comprara el rancho, el prado había sido utilizado como pasto en el verano para las vacas y ovejas. Sin embargo, la colina que había terminado llamando el prado McCall, no había sido tocada desde hacía diez años. El doctor Thompson había convencido a Rye de que siendo como era uno de los pocos granjeros que podía permitirselo, debía ser el primero que dejara que una pequeña parte de su extensión volviera a ser lo que había sido antes de que el hombre blanco llegara al oeste.

La verdad era que Rye no había necesitado que le persuadieran para participar en el proyecto del doctor Thompson. Lo que a él le gustaba era la tierra. Le encantaba cabalgar al amanecer, rodeado por el silencio, y contemplar colinas, los álamos cuyo color era grisáceo o verde dependiendo de cómo les diera el viento. La tierra le daba tranquilidad.

Y si un hombre cuidaba la tierra, al contrarío que la mujer, la tierra también le cuidaba a él.

Esa misma tarde, Lisa Johansen estaba sentada junto a un riachuelo, metiendo juguetonamente los pies en el agua fría y limpia. El sol acariciaba su piel de un modo cálido y sensual que hacía que, sin darse cuenta, se pusiera a soñar despierta. «Será como las montañas, alto, fuerte, valiente. Me mirará y al verme reconocerá a la mujer de sus sueños. Sonreirá y tenderá su mano y después me tomará en sus brazos».

No importaba que estuviera despierta o dormida, porque el sueño siempre acababa ahí. Lisa reconoció con ironía que era mejor así; tenía una vaga idea de lo que iba a continuación, pero experiencia práctica, ninguna. El que no tuviera a nadie era una de las desventajas que le había proporcionado el tipo de vida que había llevado con sus padres, que eran antropólogos. Siempre había habido hombres a su alrededor, pero ninguno era para ella. Habían sido hombres con culturas muy diferentes a la de sus padres y ella.

Cogió un poco de agua con la mano y bebió. Estaba fresca y eso le gustaba. Después de dos semanas, todavía no acababa de creerse que el agua fluyera de las montañas tan clara y limpia, así que consideraba que era casi un milagro que cada día pudiera encontrarla así. Al inclinarse para beber, oyó el sonido de los cascos de un caballo que se aproximaba.

Se enderezó, y se puso la mano delante de los ojos para ver quién llegaba. A lo lejos vio dos hombres. Se puso de pie, se secó las manos en los vaqueros e hizo acopio mental de sus exiguas provisiones. Cuando aceptó el trabajo de cuidar el prado McCall, no había caído en la cuenta de que tendría que tener siempre la despensa llena. Tampoco había supuesto que los vaqueros de McCall irían a verla tanto. Les había conocido hacía diez días, y desde entonces iban al prado casi diariamente. Según decían, no había nadie que hiciera tan bien los bocadillos como ella.

El más bajo de los dos vaqueros, que se llamaba Lassiter y era el capataz, se quitó el sombrero y le hizo un saludo. Lisa le saludó a su vez. El otro era-Jim.

—Buenos días, Lisa —dijo Lassiter, desmontando del caballo—. ¿Qué tal se están portando las semillas?

Lisa sonrió y movió la cabeza. Desde que e había dicho a Lassiter que ella estaba allí para observar cómo crecía la hierba, éste le tomaba el pelo constantemente con que las semillas podrían escaparse.'

—Aún no he perdido ninguna —le contestó Lisa muy seria-—,

pero estoy teniendo mucho cuidado, como tú me dijiste. Cuando hay luna llena es cuando más atenta estoy. Entonces es cuando ocurren las cosas más extrañas, eso ya lo sabes.

Lassiter escuchó lo que él mismo le había advertido hacía unos días en los labios de Lisa, y se dio cuenta de que le estaba tomando el pelo. Soltó una carcajada y se golpeó la pierna con el sombrero, tras lo cual salió una nube de polvo.

—Muy bien, señorita Lisa, lo está haciendo muy bien. El jefe no encontrará una sola semilla desperdigada cuando vuelva de Houston.

Eso está muy bien también. El pobre lo estaba pasando muy mal después de haber estado un par de semanas tratando de evitar a las mujeres que su padre quiere para él.

Lisa sonrió tristemente. Sabía lo que era no estar de acuerdo con los padres en cuestiones de matrimonio. Los suyos habían querido que se casara con un hombre como ellos, un intelectual que fuera un poco aventurero. De modo que la habían mandado a Estados Unidos a casa de un viejo amigo, el profesor Thompson, para que éste le encontrara un compañero que le fuera bien. Lisa había ido, pero no para encontrar marido. Había ido para saber si ese país podría ser su hogar, para ver si podría encontrar finalmente un sitio que pudiera ser la respuesta a la intranquilidad que le quemaba por dentro, que le pudiera dar la paz que necesitaba.

—Hola, señorita Lisa —dijo el otro hombre, desmontando del caballo y quedándose a un lado con timidez—. Estas montañas son perfectas para usted. Es tan bonita como todas estas flores.

—Gracias —dijo Lisa, sonriendo—. —¿Cómo está el pequeño? ¿Le ha terminado de salir el diente ya?

—Le está costando. El crío está bastante molesto. Pero mi mujer me ha pedido que le diera las gracias. Le puso ese aceite que usted le dio en las encías y el pequeño pareció calmarse bastante.

Lisa sonrió alegremente. Pensó que algunas cosas no cambiaban nunca, sin importar la cultura o el país del que se tratara. El aceite de clavo era un antiguo remedio para los problemas dentales, aunque había sido totalmente olvidado. A Lisa le complacía que algo que había aprendido de un mundo y una cultura que estaba a siglos de distancia de las montañas de Utah, pudiera ayudar al pequeño Jim.

—Habéis llegado justo a tiempo para almorzar—dijo Lisa—.Jim, ¿por qué no vas a dar agua a los caballos mientras preparo el fuego?

Lassiter y Jim se volvieron al mismo tiempo hacia sus monturas. En lugar de soltar a los animales, los dos hombres desataron unas bolsas que había debajo de las sillas.

—Mi mujer ha dicho que debías estar más que cansada de comer

siempre judías y beicon —dijo Jim, con la bolsa en la mano—. Así que para variar tal vez te apetezca algún dulce y otras cosas.

Antes de que Lisa pudiera darle las gracias, Lassiter sacó dos bolsas más.

—La cocinera dijo que había mucha comida que si no se tomaba se echaría a perder. Nos haría un favor si nos la quitara de las manos.

Lisa se quedó sin habla durante un momento. Después sonrió y les dio las gracias.

Mientras los hombres daban agua a los caballos, Lisa añadió unas cuantas astillas al fuego, puso un poco más de judías en la cacerola y comprobó que la cafetera estuviera preparada. Se sintió aún más contenta cuando vio que entre las provisiones que habían traído los hombres para ella, había café. También había fruta fresca, harina, carne de vaca, arroz, sal, aceite y otros paquetes que no tuvo tiempo de curiosear antes de que los hombres volvieran del arroyo.

Silbando alegremente, Lisa pensó que podría preparar comidas que habrían sido imposibles si Jim y Lassitter no le hubieran llevado sus maravillosos regalos. Había ido a América con muy poco dinero. El que sus abuelos habían dejado a sus padres, había ido siempre a parar a los nativos de cualquier tribu. Y el que sacaba como vigilante del prado de McCall sólo le daba para comprar provisiones y para sus pocos gastos.

Su trabajo también le proporcionaba un techo en el que vivir. La cabaña era muy antigua. Unos estudiantes que habían estado allí antes que ella habían bromeado diciendo que había sido construida por Dios después de que terminara de crear las montañas que la rodeaban. No tenía más que una chimenea, paredes, un suelo y un techo. La falta de electricidad, y de agua comente y otras cosas por el estilo era algo que no le importaba a Lisa. Estaba más que contenta con el sol brillante, el aire limpio, el agua abundante y el que no hubiera apenas moscas. Para ella, esas cosas eran verdaderos lujos.

Y si quería tocar algo hecho con verdadera exquisitez y esmero, sólo tenía que abrir su maleta y admirar el regalo que sus padres le habían hecho antes de partir. Las telas eran de un lino tan suave que casi parecía seda. Una pieza era de color grisáceo, y estaba destinada a ser una falda de vuelo. La otra pieza era de un color violeta brillante que era exactamente el color de sus ojos.

A pesar de lo bonitas que eran, Lisa no las había cortado aún para hacerse ninguna prenda. Sabía que se las habían regalado para ayudarla a encontrar marido. Pero ella no quería eso. Esperaba de la vida algo más que un hombre que sólo la viera como una bestia de carga y para ser la madre de sus hijos. A Lisa le habían gustado muy

pocos de los matrimonios nativos que había visto, pero en todo caso, había admirado la resistencia de las mujeres. Sabía racionalmente por qué las chicas de su edad, e incluso más jóvenes, observaban a los hombres con coquetería y sonriendo con descaro. Lisa no había sentido nunca la extraña fiebre que ardía en la sangre de las otras chicas, haciéndolas olvidar las lecciones de sus madres, abuelas, tías y hermanas.

Secretamente, eso era lo que Lisa siempre había esperado encontrar en alguna parte del mundo: esa fiebre que traspasaba el cuerpo y la mente, la fiebre que quemaba hasta llegar al alma. Pero nunca se había sentido tan lejos de saber qué era como desde que estaba en América, donde los hombres de su edad le parecían demasiado jóvenes, risueños y despreocupados, sin saber lo que era la muerte y el hambre. Durante los pocos días que había vivido con el profesor Thompson, esperando el permiso para abrir el prado de los McCall, había conocido muchos estudiantes; pero ni una vez siquiera la habían mirado con deseo, ni sintiendo que la fiebre ardía en su sangre.

Estaba empezando a dudar si lo sentiría alguna vez.

—Qué bien huele —dijo Lassiter, acercándose a Lisa, que estaba cocinando—. Sabes, eres la única de las alumnas del profesor Thompson a la que no hemos tenido que enseñar cómo se hace un buen café.

—En Marruecos, el café no es café hasta que está tan espeso que no se puede casi ni verter —dijo Lisa.

—¿Sí? Tendrás que hacérmelo algún día.

—Entonces tendrás que traer cantidades de leche en polvo y azúcar,

—¿De verdad?

Ella asintió.

—Como para que pueda flotar la herradura de un caballo, ¿no?

Lisa no había oído esa frase en su vida. Pero al imaginarse la escena se echó a reír.

—De hecho, creo que hasta un caballo podría flotar también.

Riéndose, Lassiter miró a su alrededor y pensó en lo bien que Lisa tenía organizado todo. Cerca de la hoguera había palos para encender el fuego, troncos para quemar y unas cuantas tablas de madera. El suelo había sido barrido hacía poco con uña escoba hecha dé fámitás. Lisa había recogido y colocado en una estantería los objetos que los otros estudiantes habían roto o abandonado. Los objetos eran tan dispares como una cuña o un mazo para romper troncos. El hacha parecía haber sido afilada hacía poco, aunque Lassiter no podía imaginarse lo que Lisa había utilizado para hacerlo.

El hecho le recordó a Lassiter que había querido ver cómo se manejaba Lisa preparando el fuego. Ella cocinaba en una hoguera, mientras que los otros estudiantes lo habían hecho en un hornillo de esos. De hecho sospechaba que no tenía mucho más que la ropa que llevaba puesta y el saco que estaba colgado de un arbusto para que se ventilara. Aunque no tenía dinero, nunca les había negado ni a él, ni a ninguno de los vaqueros un plato de comida. Siempre estaba dispuesta a ofrecer lo que tenía, como si supiera lo que era pasar hambre y no quisiera dejar que nadie se fuera con el estómago vacío.

—-Jim, ¿por qué no traemos unos cuantos troncos hasta aquí? —dijo Lassiter, poniéndose el sombrero—. Hoy no tendremos tiempo de cortarlos todos, pero los dejaremos preparados. Las ramitas y las astillas están bien, pero para hacer un buen fuego se necesita madera en condiciones.

—No tenéis que hacerlo —comenzó a decir Lisa—. Yo puedo...

—El caminó está bloqueado por muchos troncos —le interrumpió

Jim. Cogió' el hacha y se dirigió al caballo—. El jefe se enfadará si un caballo tropieza y se queda cojo.

' —Señorita Lisa, nos haría un gran favor si los quemara todos —dijo Lassiter mientras ponía un pie en el estribo.

Lisa los miró desconcertada, y después dijo:

-—Gracias. La verdad es que no me iría mal tener un poco más de madera —cuando los hombres empezaban a alejarse, Lisa les recordó —: ¡No cojáis nada que esté en el interior del cercado!

Después de todo, esa era la razón por la que estaba allí. Tenía que proteger todo lo que estuviera al otro lado de la cerca de cualquier interferencia del hombre, para que el prado pudiera volver poco a poco a su estado natural.

—De acuerdo —dijo Lassiter, moviendo la mano.

Los hombres no tuvieron que recorrer más de trescientos metros para encontrar la clase de madera que querían; troncos de pino como de unos diez centímetros de diámetro. Mientras Jim y Lassiter trabajaban, preparando los troncos para llevarlos a la cabaña, sus voces llenaban el silencio de la montaña.

Lisa escuchaba a los hombres mientras cocinaba, sonriendo cuando decían algo divertido. Cuando la conversación derivó al tema de su jefe, se dio cuenta de que contenía el aliento para no perderse una sola palabra. Sólo sabía dos cosas acerca del dueño del prado McCall: que su padre quería que se casara urgentemente y que tuviera un hijo, y también que los hombres respetaban a su jefe más que a cualquier otra cosa a excepción de Dios.

—Entonces le dijo a la pelirroja que si quería volver a su casa gratis, tendría que bajar a la carretera y ponerse a hacer dedo —terminó Lassiter riéndose—. Se quedó tan helada que no pudo hablar durante unos cuantos minutos. Supongo que pensó que haber pasado unas cuantas noches en la ciudad con el jefe significaba que habría boda segura —dio un hachazo *al* tronco del que salieron muchas astillas—. Y después fue cuando la pelirroja demostró que no tenía pelos en la lengua —continuó Lassiter—. ¡Dios mío! ¡Menudo lenguaje el suyo! Y eso que tenía una sonrisa de lo más dulce.

—¿Has visto a la que le estaba esperando ahora?—preguntó Jim.

Lassiter puso una cuerda alrededor del tronco, después se montó en el caballo, y la ató a su silla de montar. Dio un pequeño golpe con los talones, y el caballo empezó lentamente a arrastrar el tronco hacia la cabaña.

—Bueno, ¿la viste o no? —preguntó Jim otra vez, al tiempo que montaba su caballo.

—Sí, sí —Lassiter lanzó un silbido de admiración—. Tenía unos

ojos negros enormes que podrían volver loco a cualquiera. Pelo oscuro que le llegaba hasta el pecho... un pecho grande, increíble. ¿Y las caderas? Dios mío, una maravilla. De verdad, Jim. No conozco a ningún hombre en su sano juicio que no quisiera acostarse con ella.

—Seguro que tú estás muy cuerdo —dijo Jim——. ¿Y el jefe Mac?

—Bueno, tampoco estaba diciendo que fuera como para casarse con ella —dijo Lassiter—. ¿No te lo dijo tu padre? Un hombre inteligente no se casa con una mujer sólo porque le guste acostarse con ella de vez en cuando. Tómame a mí por ejemplo.

—Ya lo hago -—dijo Jim—. Y la verdad es que creo que no hay muchas mujeres que quieran casarse contigo.

Lisa no pudo evitar soltar una carcajada. Guando los hombres la oyeron, se dieron cuenta de que había escuchado toda la conversación, Se acercaron hacia ella, los dos con expresión avergonzada.

—Lo siento, señorita Lisa —murmuró Jim—. No era nuestra intención decir ese tipo de cosas delante de una mujer.

—No pasa nada —dijo ella con despreocupación—. De verdad. En algunos sitios donde he vivido solíamos sentarnos alrededor del fuego y hablar de las cuatro mujeres y ocho concubinas de Imbrihim sin sentirnos avergonzados.

—¿Cuatro? —preguntó Jim.

—¿Ocho? —preguntó Lassiter a su vez..

—En total, doce —dijo Lisa sonriendo.

—¡Dios mío! —exclamó Lassiter—. Son bastante fuertes por allí, ¿no?

—Estúpidos —murmuró Jim—. Eso es lo que son. • —Pues no, lo que son es ricos —dijo Lisa alegremente—. Aquí cuidáis el ganado e Ibrihim cuida camellos, pero las cosas son más o menos iguales por allí... en ambos sitios un hombre fuerte, rico y estúpido puede tener todas las mujeres guapas y estúpidas que su bolsillo le pueda permitir.

Lassiter echó hacia atrás la cabeza y se rió.

—Es usted única, señorita Lisa. Pero no vaya a pensar que el jefe es un estúpido, porque no es así.

—Eso es verdad —dijo Jim con seriedad—. El jefe no se enreda con todas las mujeres que se tiran a sus brazos. Me apostaría algo a que no ha hecho nada con la que le estaba esperando en el rancho, y a que se la ha quitado de encima sin miramientos. Lo siento, señorita Lisa —añadió con timidez—. Me olvido de con quien estoy. Pero, esa es la verdad..*El*-jefe es un buen hombre que sería feliz si su padre dejara de querer enredarlo con mujeres.

—No sé lo que habrá pasado con la que le estaba esperando en el

rancho —dijo Lassiter sonriendo—. No me sorprendería que le gustara y la dejara que se quedara con él durante un tiempo. Necesita más que nada tener una chica con la que ir al baile, porque si no todas las mozas de por aquí se dedicarán a rondarle como moscas.

—Aún faltan seis semanas para el baile —protestó Jim—. Nunca ha estado con una mujer durante tanto tiempo.

—Pero es que nunca ha tenido una mujer tan despampanante como ésa —dijo Lassiter con convicción—•. Es la clase de chica por la que un hombre puede volverse totalmente loco, eso no lo dudes.

Lisa se sonrojó, y estuvo a. punto de tirar la sartén al pensaren las últimas palabras de Lassiter. No pudo evitar preguntarse lo que se sentiría al hacer que un hombre experimentara esa clase de pasión.

Lisa cogió un trozo de pan tristemente, sabiendo que el único fuego que podía encender una rubia pálida, delgada y sin experiencia, era el de preparar el almuerzo.

Diablo corría a sus anchas a lo largo del campo. Bufó y se frenó cuando Rye tiró de las bridas. Había dos caminos para dirigirse al prado. Uno seguía una vieja vía de tren que había sido construida hacia un siglo, cuando el prado era parte de una granja. El otro era el camino que se utilizaba cuando el prado servía para pasto del ganado. Rye se dio cuenta por las huellas que sus hombres habían recorrido la vieja vía con una frecuencia anormal en las últimas semanas. Dos pares de huellas frescas le mostraron que el caballo bayo de Lassiter y el de Jim acababan de bajar el camino del prado y se habían dirigido hacia el este para vigilar el ganado.

El segundo camino no había sido utilizado desde la última tormenta. La ruta era estrecha, escarpada, y el sendero era casi invisible. Rye la había descubierto hacía seis años, y la había utilizado desde entonces cuando estaba tan impaciente por llegar al prado, que no deseaba dar toda la vuelta. Muchos caballos se habrían detenido bruscamente al llegar al sendero. Sin embargo, Diablo le tomó con la confianza de un animal que había nacido y se había criado en lugares escarpados.

Después de pasar por un tramo que era especialmente desigual, el camino se desviaba hacia una pendiente que estaba rodeada de álamos y árboles de hoja perenne. La cabaña estaba detrás de la arboleda, en el límite del prado. Al acercarse, oyó el ruido de una sierra y una serie de sonidos que le parecieron que producía una persona cortando leña. Rye se quedó escuchando y después movió la cabeza, sin poder identificar los sonidos. Entre éstos había demasiado tiempo de separación y eran demasiado irregulares como para que realmente pudiera haber alguien cortando leña.

El caballo no hizo ningún ruido mientras Rye lo guiaba hacia la cabaña en el interior del prado. Lo que vio como a unos cien metros hizo que detuviera el caballo, y moviera la cabeza con incredulidad. Los extraños sonidos eran exactamente lo "que se había imaginado, pero el leñador que estaba de cara a la madera era un estudiante de pelo rubio que no era mucho más alto que el hacha. A pesar de que el chico se ponía de puntillas, y daba hachazos con todas sus fuerzas, le faltaba la altura y los músculos para coger el hacha del modo adecuado.

Pero el chico estaba realizando el trabajo de todos modos. Había una pila de leños cortados a un lado del tronco que estaba partiendo. Al otro lado, había una pila mucho más grande de leños sin tocar.

Rye se acercó aún más con el caballo. Había cortado suficiente madera como para saber que aquello era demasiado para el chico. Tardaría todo el verano y parte del invierno en acabar con toda aquella pila de troncos.

Entonces el chico se volvió al oír bufar a Diablo... y Rye se sintió casi como si le hubieran dado una patada.

El «chico» era una mujer joven con el tipo de cuerpo, de piernas largas y curvas insinuantes, que podía hacer que la respiración de un hombre se agitara considerablemente. Lo que había pensado que era el pelo corto de un muchacho eran una serie de trenzas colocadas en lo alto de la cabeza. Su cara era dulce y delicada, y los ojos de la chica eran de un color violeta que hizo que Rye se quedara boquiabierto. Ella le miró con una mezcla de curiosidad, sensualidad e inocencia.

De pronto el deseo que había sentido se vio reemplazado por rabia. ¿Inocencia? ¡De eso nada! Ella no era más que otra mujer de vida fácil buscando su dinero... y encima ésa tenía el descaro de hacerlo en su refugio preferido.

Rye arreó a Diablo para que *se* acercara aún más. La chica no se sentía intimidada por el caballo. Guando estuvieron a pocos metros de ella, Rye se detuvo, y la miró de arriba abajo, intentando cerciorarse de que realmente era una cazafortunas, pero con una belleza delicada.

Lisa notó la mirada de aprobación de Rye al verla, y al instante sintió un escalofrío que recorrió todo su cuerpo. Pero no era un escalofrío normal, era algo que no había sentido nunca: la alegría se mezclaba con el miedo, y al mismo tiempo tenía la impresión de haber despegado los pies de la tierra, sintiéndose más viva que nunca. Y por encima de todo tenía una certeza que se acentuaba a cada minuto que pasaba mirando a ese extraño que había puesto su vida

cabeza abajo sin decir una palabra: había nacido para ser la mujer de ese hombre.

Lisa le miraba sin titubeos, sin miedo. Le observó sin perderse el más mínimo detalle: botas llenas de polvo, pantorrillas y muslos musculosos, caderas estrechas, hombros anchos, boca sensual y por último unos ojos casi transparentes. Estaba demasiado asombrada como para preocuparse de la fascinación que sentía por él, y era demasiado inocente como para comprender el deseo y la sensualidad que por primera vez fluían por su cuerpo.

Rye se dio cuenta de que la chica se había sonrojado, y sintió que la deseaba. Con desgana, admitió que el gusto de su padre había mejorado. Esa candidata no era, sin lugar a dudas, una pechugona de caderas anchas. La chica tenía una elegancia innata que le recordaba la gracia de una gacela. También tenía una sensualidad nada evidente que le provocaba todo tipo de sensaciones.

—Eres diferente, pequeña —dijo Rye finalmente—. Si estás dispuesta a recibir un brazalete de diamantes en lugar de un anillo, podríamos pasar un buen rato juntos.

A Lisa le pareció que esas palabras llegaban desde muy lejos. Parpadeó con asombro, y respiró profundamente.

—¿Perdona? —preguntó—. No lo entiendo.

—Ya, ya —dijo él, ignorando el escalofrío que había sentido al oír por primera vez su voz. Ella era joven, casi una niña, pero sus ojos le observaban con madurez y curiosidad—. Soy un hombre al que no le importa pagar por lo que desea, y tú eres una chica a la que no le importa que le paguen. Con tal de que esto quede claro, nos lo pasaremos muy bien. Podríamos quemar todo lo que se pusiera por delante.

Lisa ni siquiera oyó las últimas palabras. Su mente había dejado de funcionar en cuanto oyó que la describía como «una chica a la que no le importa que la paguen». Las prostitutas eran prostitutas en todo el mundo; que le hubiera descrito así el hombre que había vuelto boca abajo todo su mundo hizo que se pusiera furiosa. Él sólo había visto un trozo de mercancía que deseaba, y estaba iniciando comprarla,

Entonces empezó a observarle de otro modo. Notó que el cuello de su camisa estaba desgastado, que le faltaba un botón a la altura del pecho, y que sus botas estaban rotas. ¿Ése era el príncipe azul que la insultaba pidiéndole que alquilara su cuerpo durante un rato?

Lisa hizo algo que no había hecho desde que tenía ocho años. Perdió los estribos. Totalmente.

—¿A quién, estás, tratando de engañar? —-preguntó con rabia—.

No podrías comprar *ni* un .alfiler,.así que no digamos. Un brazalete de diamantes.

La mirada de sorpresa de Rye hizo que Lisa se sintiera avergonzada de sí misma por haberle atacado basándose en algo que no le importaba en absoluto: el dinero. Se sintió más avergonzada aún cuando se dio cuenta de que por el modo en que le había observado, no resultaba extraño que el tipo hubiera dado por sentado que ella se sentía halagada más que enfadada por su proposición.

Lisa cerró los ojos, respiró profundamente, y recordó algo que sabía- no variaba de una cultura a otra en todo el mundo: los hombres, sobre todo los pobres, eran muy orgullosos y solían ser muy bruscos cuando sus estómagos estaban vacíos.

—Si tienes hambre, ahí tienes pan y beicon —dijo Lisa con calma, ofreciéndole toda la comida que tenía—. Y pasteles —añadió.

Rye parecía divertido.

—Oh, es cierto que tengo hambre —dijo—, así que pongámosle un precio.

—¡Pero si es gratis! —dijo Lisa, sorprendida de que quisiera pagar por una simple comida.

—Eso es lo que dicen todas, y al final todas acaban pidiendo por lo menos un anillo de diamantes.

Lisa se dio cuenta con retraso de que la palabra «hambre» podía tener más de un significado. Se sintió furiosa de nuevo, algo que la sorprendió. Normalmente, era el tipo de persona que se reía en lugar de ponerse a maldecir cuando las cosas iban mal, pero la rabia que corría por su sangre no hacía que su sentido del humor floreciera precisamente. La sonrisa sexy y tranquila del tipo hizo que se enfadara aún más.

—¿Eres tan grosero con todo el mundo?

—Sólo con las monadas que me lo piden continuamente a base de esperarme en mis sitios preferidos.

—Estoy aquí porque éste es mi trabajo. ¿Qué estás haciendo tú en el prado McGafl, aparte de perder el tiempo de tu jefe Mac?

Una vez más, Rye no pudo disimular su asombro.

—¿El jefe Mac?

—Sí, el jefe Mac. El hombre que te paga para que cuides su ganado. ¿Estás seguro de que no sabes de quién estoy hablando?

Rye consiguió a duras penas disimular la carcajada cuando se dio cuenta de que habían mandado a la chica a atrapar a un hombre al que no había visto en su vida. Estaba a punto de desvelar la verdadera identidad del jefe Mac para darle un chasco, cuando se dio cuenta de lo divertida que era la situación. Podía enseñar a esa

monada, que al parecer no tenía mucha experiencia, las reglas del juego que ella misma había elegido jugar.

—Me rindo —murmuró él, sonriendo y levantando las manos como si ella le estuviera apuntando con una pistola—. Me comportaré bien si no me denuncias a... esto, al jefe Mac—Rye la miró y preguntó inocentemente—. ¿Le conoces mucho?

Lisa se sintió incómoda al notar que de pronto se comportaba como un chico encantador.

—No le he visto en mi vida —admitió—. Estoy aquí sólo para este verano, para vigilar que nada va mal en el experimento del doctor Thompson —añadió, señalando con la mano la cerca que se extendía al final del prado.

Rye dudó seriamente de que ella estuviera allí solamente para ver crecer la hierba, pero lo único que dijo fue:

—Bueno, pues vigila al jefe. Es terrible cuando se trata de mujeres.

Lisa se encogió de hombros.

—No me ha molestado nunca. Ni tampoco ninguno de sus hombres. Todos han sido muy educados. Con una excepción —añadió con frialdad, mirándole fijamente.

—Lo siento —dijo Rye irónicamente, y se quitó el sombrero a modo de disculpa—. Seré muy cortés a partir de ahora. Conozco lo bastante al jefe como para no querer enfrentarme con él. ¿Sigue en pie eso del pan con beicon? Y pasteles.

Lisa se quedó durante un momento inmóvil, observando a Rye mientras todo tipo de sensaciones corrían por su cuerpo. Pensar que él podía estar hambriento, que podía necesitar algo que ella podía darle, hacía que se sintiera débil.

—Por supuesto —dijo—. Lo siento si he sido un poco grosera. Me llamo Lisa Johansen.

Rye dudó, sin desear que el juego finalizara tan pronto.

—-Yo soy Rye —dijo, dándole su nombre acortado,

—Rye... —murmuró Lisa.

El nombre la intrigaba al igual que el tipo. Se preguntó si ese era su nombre o su apellido, o un nombre que había elegido para sí mismo. Sin embargo no le preguntó. Estaba acostumbrada a la gente primitiva; para ellos, los nombres eran mágicos, sagrados y muy íntimos. Repitió el nombre una vez más, contenta sólo porque era de él, y él se lo había ofrecido.

—Rye... El beicon y el pan estarán preparados dentro de unos minutos. Si quieres lavarte las manos, a un lado de la cabaña hay una palangana con agua calentándose con el sol.

Rye observó a Lisa mientras se movía por el campamento, y no

supo si sentirse furioso o divertido porque ella supiera tan poco sobre su presa que ni siquiera hubiera reconocido su apodo.

—Pequeña, tienes mucho que aprender —murmuró—. Y resulta que acabas de conocer al hombre que puede enseñarte.

Capítulo Tres

Mientras Rye observaba los movimientos de Lisa por el campamento, decidió que la última candidata que te había preparado su padre era diferente, y no sólo por su delicada belleza. Podía pensar cualquier cosa de ella, pero lo que no podía decir era que no fuera trabajadora. No sólo había cortado el tronco con un hacha vieja, pesada y demasiado grande para ella, sino que además había malgastado su tiempo en organizar la cabaña, que después de varios veranos en los que había sido utilizada por diferentes estudiantes, había terminado en un caos total. Latas de aluminio gastadas, envases de plástico y botellas de cristal, estaban amontonados junto a la cabaña.

—La próxima vez que venga, traeré una bolsa para llevarme toda esa basura —se ofreció él.

Lisa levantó la mirada de la sartén en la que estaba friendo el beicon.

—¿Basura?

—Las botellas y las latas —dijo él, señalando hacía donde estaban.

•

-Ah. _

Lisa frunció el ceño mientras retornaba su atención al beicon. Donde ella había nacido, esa pita habría sido considerada material en bruto más que chatarra. Los cristales rotos habrían sido transformados con paciencia en joyas, o se habrían afilado cuidadosamente hasta conseguir que fueran el filo de un cuchilla. Era una técnica que ella misma había utilizado más de una vez, cuando había vivido en tribus que eran demasiado pobres o demasiado apartadas de sitios civilizados para reemplazar los cuchillos de acero cuando éstos se perdían o rompían. El acero moderno tenía un filo muy bueno, pero era demasiado caro. En cuanto a las botellas de plástico habrían sido utilizadas para llevar el agua, semillas, harina o sal; o incluso habrían servido para hacer flotar las redes de pesca. Las latas de aluminio habrían sido olvidadas hasta que se convirtieran en algo útil o habrían sido tiradas con desgana en cualquier parte.

—Gracias -—dijo Lisa—. Si no te importa, me gustaría quedarme con algunas de esas cosas por ahora. La bolsa estaría muy bien, eso si, si es que tú no lo necesitas. De esa forma podría poner en remojo la ropa en el arroyo y no perderla. La corriente va demasiado rápida.

Rye se quedó asombrado, sin poder terminar de creerse que había oído bien lo de ese montón de chatarra que había al lado de la cabaña y lo de lavar la ropa en el arroyo. Los otros estudiantes que se habían

encargado de vigilar el prado, habían ido a la ciudad una vez a la semana por provisiones y a llevar la ropa a la lavandería, y a la vuelta, habían llevado tanto cargamento a la cabaña, que los pobres caballos apenas habían podido con él.

Con la excepción de una sartén y un balde, no parecía que Lisa hubiera llevado nada nuevo a la cabaña. Su ropa estaba limpia, pero se notaba que la tenía desde hacía tiempo. Los vaqueros tenían parches y parecían haber sido cosidos con un esmero prodigioso. Él había supuesto que los parches eran parte de la nueva moda por la cual la ropa parecía vieja incluso antes de salir de la tienda. Ahora estaba empezando a dudar. Tal vez era simplemente que ella prefería llevar ropa vieja y cómoda, como él.

O quizás ella no tenía otra elección.

Lisa no se dio cuenta de la forma en que Rye estaba observando su ropa. Estaba ocupada cortando otra loncha de beicon del trozo que Lassíter había llevado. Estaba utilizando un cuchillo medio roto que había encontrado en. la cabaña. Estaba oxidado, pero ella lo había limpiado con una roca; a pesar de ello, el filo ni siquiera habría sido capaz de cortar un trozo de mantequilla.

Lisa murmuró otra palabra en otro idioma, dejó a un lado el cuchillo y se dirigió a un lado de la cabaña. Eligió un trozo de cristal, examinó su filo y volvió al ruego. Empezó a cortar el beicon, cogiendo el cristal entre el pulgar y el dedo índice. Guando terminó, dejó el improvisado cuchillo encima de una roca llana.

—Menudo cuchillo —dijo Rye, sin preocuparse en ocultar su admiración.

—No durará mucho tiempo —dijo Lisa, poniendo una loncha de beicon en la sartén—, pero mientras sirva, me irá muy bien. Es más cortante que el acero mejor afilado.

—*¿Has* perdido tu cuchillo? —preguntó él, mirando el tema desde otro ángulo.

—No. Es que el que encontré estaba demasiado oxidado. Debía estar aquí desde hace mucho tiempo.

—Esto... Mañana iré a la ciudad. ¿Quieres que te traiga un cuchillo nuevo?

Lisa le miró y le sonrió, dándole gracias en silencio.

—Eso es muy amable por tu parte, pero he encontrado suficiente cristal por aquí.

Volvió su atención al beícon, perdiéndose la expresión de asombro de Rye.

—Cristal -dijo él en tono inexpresivo.

Ella asintió.

—Y hay bastantes astas por aquí para que sirvan de mango.

—Bastantes astas.

Algo en el tono de Rye captó la atención de Lisa. Le miró, vio su expresión, y se rió suavemente, dándose cuenta de lo raro que le debía haber parecido lo que había dicho.

—Se utiliza la punta de un asta para afilar el cristal cuando el filo se estropea —le explicó ella—. El cristal corta en forma curva en lugar de hacerlo en forma lineal. Así que lo que se tiene que hacer es poner el-filo del asta en el filo del cristal, apretar, y entonces sale una hojuela en forma curva. Haces eso por todo el filo del cristal, y también al otro lado si te apetece. El cuchillo que consigues es bastante original, pero también muy puntiagudo. Durante un tiempo.

Hubo un silencio que Rye utilizó para asimilar lo que le había dicho. Después trató de compaginarlo con la frágil belleza de Lisa.

—¿Eres tú uno de esos locos estudiantes de antropología que están por aquí tratando de vivir como los hombres de la Edad de Piedra?

Lisa se rió, lo cual provocó que a Rye le recorriera una sensación extraña.

—Casi —admitió ella, sonriendo—. Mis padres son antropólogos que estudian la vida cotidiana de las culturas más primitivas que hay en la tierra. Cazadores agrupados, nómadas... cualquier cosa que se te ocurra, ya la hemos vivido. Mi madre empezó a interesarse en hierbas raras, así que se puso a recoger semillas y plantas allá a donde íbamos y las mandó a los bancos de semillas de la universidad. La gente que estaba trabajando en el desarrollo de los grandes rendimientos, y en los cultivos para resistir las enfermedades de los países del Tercer Mundo utilizaría las plantas para sus experimentos. Por eso es por lo que estoy aquí.

—¿Tú te dedicas a resistir las enfermedades y a fomentar grandes rendimientos? —preguntó Rye con sequedad. Todavía estaba afectado por una risa femenina que le había hecho contener el aliento.

—No, soy una recolectora de semillas con experiencia que está acostumbrada a acampar al aire libre.

—En una palabra, justo lo que se necesita este verano en el prado McCall.

Ella asintió, mientras miraba el prado limpio y fértil y los álamos que lo rodeaban.

—Éste es el sitio más bonito que conozco —dijo ella, cerrando los ojos para saborear el aire del prado. Respiró profundamente—. Es dulce, puro, perfecto —murmuró—. ¿Tienes al lguna idea de lo raro que es algo así?

Rye pensó en la sensual apreciación de Lisa. Empezó a pensar que

se había equivocado con ella. Ella era tal y como había descrito al ; prado: dulce, pura, perfecta y muy, muy rara. No era una mujer más esperando una vida tranquila como esposa de un hombre rico. No podía serlo. Todas las mujeres que habían ido a cazarle al rancho se habían sentido aterrorizadas por la falta de comodidades en la casa. Ésta era sencilla, con suelos de madera, y cocina antigua. Tampoco les había gustado que él estuviera totalmente convencido de que los trabajos de la casa serían hechos por su mujer, en lugar de por unos cuantos' criados. Y en eso también se incluían los establos. Cualquier mujer que quisiera cabalgar podía también limpiar los establos, las sillas de montar, las bridas, y en general, ganarse el derecho a montar a caballo.

Todas las mujeres le habían dicho a Rye que se fuera al infierno, y se habían ido sin mirar atrás, que era exactamente lo que Rye había esperado. Pero no creía que Lisa hiciera eso. No tenía unas uñas cuidadas de las que preocuparse. Las suyas eran lo bastante cortas como para que no le molestaran cuando hacía cosas, y estaban limpísimas, al igual que su pelo rubio platino. También se notaba que el trabajo no era algo que le molestara hacer. Aún podía verla poniéndose de puntillas para dar un hachazo al tronco con la fuerza suficiente para hacer una leve incisión. Había pasado mucho tiempo trabajando con ese tronco, lo bastante como para que tuviera marcas rojas en sus pequeñas manos.

Podía ver esas marcas mientras colocaba el pan con el beicon en un plato.

—Después de cenar, cortaré un poco de madera para tí —dijo Rye con brusquedad. Pensar en Lisa tratando de cortar la suficiente madera sólo para cocinar era algo que le inquietaba de un modo que no podía entender.

Lisa se detuvo cuando estaba a punto de darle el plato. No quería que Rye se sintiera obligado a pagarle por la comida que le ofrecía.

--Gracias —dijo ella—. No se me da muy bien eso de manejar el hacha. En los sitios en los que he vivido no había trozos de madera tan grandes como para que hubiera que cortarlos para preparar un fuego.

Rye dio un mordisco al bocadillo y cerró los ojos para saborearlo bien. El pan era tierno, aromático, exótico, nunca había probado nada igual. La comida siempre sabía mejor en el campo, al aire libre, pero aquello era fuera de lo normal.

—Es el mejor pan que he comido en mi vida —dijo él—. ¿Qué le has puesto?

—Un tipo de cebolla que crece cerca del arroyo —dijo Lisa,

mientras sementaba en el suelo con las piernas cruzadas—. Por allí había también algo que olía muchísimo a salvia, y otra planta que se parecía mucho al perejil. Vi que los ciervos habían estado pastando en las plantas, así que supe que no eran venenosas. Las probé y me pareció que estaban muy ricas. Puse un poco de, cada una para dar sabor.. El, pan podrá ser la base de la vida, pero la variedad es lo que le da sabor.

Rye sonrió alegremente, pero después de pensar un poco más en lo que ella le había dicho sobre que había probado las hierbas, frunció el ceño.

—Creo que sería mejor que tuvieras cuidado con las plantas.

—Jamás entro en la parte del prado —dijo ella, sintiéndose ofendida.

—No quería decir eso. Es sólo que algunas de esas plantas podrían ponerte enferma.

—Si fuera así, los ciervos no las comerían —dijo Lisa—ˆ. No te preocupes. Antes de venir aquí, estuve en la biblioteca de la universidad. Sé exactamente cómo son las plantas narcóticas.

—¿Narcóticas?

—Sí. Las que producen alucinaciones y que se altere tu estado de ánimo.

—¿Hay plantas así en mi prado? —preguntó él con incredulidad.

Lisa sonrió ante lo de que fuera su prado. Sabía exactamente cómo se sentía. Después de haber pasado dos semanas en el prado, tenía la impresión de que estaba en casa.

—Hay una planta que crece como a unos treinta pasos de aquí que puede curar los síntomas de asma, volverte loco o ponerte enfermo, dependiendo de la dosis que tomes —dijo ella con convicción—. Se llama datura, y crece en todo el mundo. La reconocí en cuanto la vi —Rye miró de pronto el pan que estaba comiéndose—. No te preocupes —dijo Lisa rápidamente—. No se me ocurriría tocar la datura. Es demasiado fuerte. Las únicas hierbas que utilizo son para dar sabor, o para cosas sencillas como un dolor de cabeza o de estómago, o para frotarme con ellas las manos después de un día de duro trabajo.

—¿Hay cosas que sirven para eso por aquí? —preguntó Rye, mirando el prado y la foresta con un nuevo interés.

Lisa asintió con la cabeza, porque su boca estaba demasiado llena para hablar. Había otras culturas que no se preocupaban porque una persona masticara y hablara al mismo tiempo, pero los americanos sí. Sus padres habían sido muy insistentes en ese punto. Eructar tampoco estaba bien. Pero por otra parte, comer con la mano izquierda en

América no era considerado un signo de posesión demoníaca. Eso era un alivio para Lisa, ya que era zurda.

—Casi todas las drogas modernas provienen de las investigaciones que se hicieron sobre lo que se llama la *mediana ¡radiaóool* —continuó-Lisa—. En las naciones no industrializadas, la gente todavía depende de los curanderos y de los remedios caseros para curar las enfermedades. Para dolores normales van bastante bien, comparadas con las occidentales, y además, no cuestan apenas nada. Por supuesto, cuando tienen la oportunidad, todas las tribus, sin importar lo primitivas que sean, vacunan a sus hijos y las familias tienen que viajar cientos de kilómetros en muy malas condiciones para llevar a un niño enfermo o con una lesión importante a un hospital.

Rye saboreó con deleite el pan mientras hacia preguntas y escuchaba lo que Lisa le explicaba sobre la habilidad que tenían en medicina, agricultura, o astronomía algunas culturas exóticas y tribus diversas. Antes de que hubiera terminado de comer, ya había empezado a dudar sobre su definición de lo *primitivo*. Lisa se había criado en tribus que sólo podían describirse como salvajes, primitivas *y* de la Edad de Piedra, pero había una especie de sofisticación en ella que no tenía nada que ver con ropas caras, títulos universitarios o los otros sellos distintivos de la civilización moderna. Lisa aceptaba la diversidad humana con tolerancia, humor, apreciación e inteligencia. Era la persona más cosmopolita y al mismo tiempo más inocente que había conocido en toda su vida. -

Cuanto más tiempo pasaba sentado con ella, más convencido se sentía Rye de que los parches que había en su ropa no eran producto de la moda, sino de la necesidad. Tampoco estaba reuniendo la basura para utilizarla después para parecer una persona excéntrica o estar a la moda ecologista; era verdad que cada cosa que guardaba tenía un uso específico. Se sentaba con agilidad en el suelo no porque hubiera hecho ballet o yoga, sino porque había crecido en culturas donde no tenían sillas.

—Asombroso —murmuró para sí mismo,

—Supongo que sí —dijo ella, sonriendo—. Nunca fui a coger la leche fermentada de la yegua. El olor es indescriptible. Supongo que cuando nos fuimos con los beduinos, ya era lo bastante mayor como para no-ser tan flexible con mis gustos.

Rye se dio cuenta de que ella había pensado que su comentario se refería a lo que le había dicho sobre la pasión que tienen los beduinos por fermentar la leche de la yegua, y no sobre la certeza que iba teniendo cada vez más de que Lisa era diferente de cualquier otra mujer que hubiera conocido:

—Yo prefiero el bourbon —dijo Rye, tratando de imaginarse sin conseguirlo cómo sabría la leche de yegua fermentada.

—Pues yo el aire de montaña —dijo Lisa—. Y el agua de montaña también.

La forma en que lo dijo hizo que Rye se diera cuenta de que lo decía de verdad- Se había criado en una parte muy seca y calurosa de Texas, así que podía entender su pasión por la altitud y el agua fresca.

—Creo que ya es hora de que me gane mi cena —dijo él, poniéndose de pie.

—No tienes que hacerlo.

—¿Y sí te digo que la verdad es que me gusta cortar madera?

—¿Y si te digo que la verdad es que no te creo? —dijo ella, mirándose las manos, que aún estaban rojas.

—Soy mucho más fuerte que tú. Además, hay algo que me gusta cuando corto madera: puedes ver exactamente lo que has hecho. Acabas harto de firmar papeles y de sentarte en las mesas de los consejos de administración.

—Tendré que tomarte la palabra por eso —dijo ella, mirándole con curiosidad.

De pronto Rye se dio cuenta de que el vaquero que él pretendía ser no podía saber mucho de consejos de administración. Agachó la cabeza y examinó el hacha cuidadosamente, maldiciendo en silencio su olvido. Estaba casi seguro de que Lisa no tenía la menor idea de quién era él; de saberlo, podía considerarse una magnífica actriz. Por alguna razón dudaba que lo fuera. Pero algo era seguro: inocente o actriz, no deseaba que supiera que era un hombre rico. No quería que su mirada de simpatía hacia él se convirtiera en una de interés dada la pobreza de la chica.

—Las dos hojas de este hacha tienen pinta de haber sido usadas para cortar piedra —murmuró Rye.

Se dirigió hacia donde estaba atado Diablo, y buscó en las alforjas que siempre llevaba. Un momento después volvió al campamento con una piedra para afilar el hacha. Lisa le observó, admirando sus largos dedos, que le parecieron un poco extraños, y la habilidad con que trabajaba.

Rye la miró un instante y ae fijó en el modo en que observaba sus manos. Pensó en cómo sería acariciar su cuerpo en lugar de un frío acero, y que ella le estuviera mirando a él. El deseo que había estado sintiendo todo el tiempo, se hizo más fuerte, y los latidos de su corazón se aceleraron. .Volvió a concentrar su atención en el hacha, queriendo evitar que ella se diera cuenta de lo que estaba provocando en él.

—Mucho mejor —dijo él finalmente, pasando su dedo por el filo —, pero necesitaría mucho más trabajo si quisiera afeitarme con ella.

Rye se acercó a uno de los troncos que Lassiter había llevado al campo, levantó el hacha y la clavó en la madera.

Cuando Lisa terminó de limpiar todo, encontró un lugar que estaba resguardado por la sombra de los pinos pero al que le llegaba el sol al mismo tiempo. Se sentó y observó a Rye, fascinada por su masculinidad y porte. El sonido del hacha contra la madera era limpio, cortante, rítmico. Continuó sin pausa hasta que se agachó para empezar a cortar otro tronco. Después el ritmo volvió a surgir. La pila de madera cortada creció con mucha rapidez a medida que caía la tarde.

De pronto, la camisa de Rye se rompió ante ¡os continuos movimientos de su dueño.

Lisa se puso de pie, y corrió hacia él.

—¡Tu camisa! —dijo, consternada.

La parte de la espalda de la camisa de Rye se había roto de arriba abajo. Debajo, su piel brillaba y sus músculos seguían moviéndose ya que no se detuvo a ver qué había pasado. Lisa contuvo el aliento sin poder moverse. Tenía su piel al alcance de la mano. Mirarle provocaba una serie de sensaciones por todo su cuerpo que no podía entender, pero lo que sabía era que eso era algo parecido a la fiebre que siempre había esperado sentir.

—No hay problema —dijo Rye, mirando a Lisa, mientras volvía a levantar el hacha.

—Pero no te habrías roto la camisa si no hubieras estado cortando madera para mí —dijo ella, mordiéndose un labio.

—Habría ocurrido de todos modos. Esta camisa es casi tan vieja como yo. Debería haberla tirado hace mucho tiempo. Pero la verdad es que me gustaba mucho.

—¿Tirarla? ¿Lo dices en serio?

Él sonrió. Lo decía de tal modo que parecía que tirar una camisa de trabajo era algo inconcebible.

—Oh, no, no lo hagas —dijo Lisa, moviendo la cabeza negativamente-1—. Déjala aquí. Yo te la coseré.

—¿La coserás? —preguntó con incredulidad, mirando los puños gastados. La camisa no merecía tanto esfuerzo ni que se perdiera el tiempo en ella.

—Por supuesto —dijo ella—. No hace falta que te compres una camisa nueva para reemplazar a ésta. De verdad.

Rye dejó el hacha al lado de los leños, y se volvió hacia Lisa. Parecía tan triste como su tono de voz había dejado entrever cuando

le había dicho que era culpa suya que la camisa se hubiera roto.

—Por favor —dijo ella, poniéndole una mano en el brazo.

—No pasa nada, encanto —dijo él, acariciándole la mejilla—. No te culpo.

Lisa no pudo controlar el estremecimiento que le recorrió ante la caricia de Rye. Cuando él se dio cuenta de su reacción, sintió que el deseo se apoderaba de él. Miró la mano que le tenía sujeto el brazo, y sus pupilas dilatadas, y supo que ella también le deseaba.

En ese momento, Rye se dio cuenta de que nunca había deseado tanto a una mujer como a ella.

—Lisa... —susurró, pero no tenía palabras para expresarle la pasión que sentía y que amenazaba con hacerle perder el control.

Rye le puso la mano debajo de la barbilla, y acercó su boca a la de ella. Tuvo que hacer un esfuerzo tremendo para no hacer más que posar sus labios sobre los de Lisa. La muchacha se puso rígida y después tembló ante su beso.

Rye se obligó a soltarla, cuando lo único que deseaba era desnudarla, sentir cómo ella le devolvía las caricias...

Entonces la miró a los ojos. En ellos había sorpresa, curiosidad, y tal vez el deseo que sentía. No lo sabía. Ella no había respondido a su beso ofreciéndole su boca, o abrazándole. Tal vez había notado el deseo en la mirada de él, y tenía .miedo. Era casi una niña, y estaba sola en un lugar aislado con un hombre que la deseaba con una fuerza tal que le resultaba difícil controlarse.

Darse cuenta de su necesidad casi salvaje, y del desamparo de Lisa, fue algo que asombró a Rye.

—No pasa nada, pequeña —dijo él con voz ronca—. No voy a hacerte daño.

Capítulo Cuatro

El recuerdo de la sonrisa de Lisa permaneció con Rye mientras bajaba la montaña. Así como el calor en su sangre. Se había propuesto enseñarle cómo se utilizaba el hacha, pero no se había atrevido a hacerlo. No confiaba en sí mismo si debía estar tan cerca de ella. Le había dolido no poder tomar más de Lisa que ese corto beso. El olor fresco de su pelo, ver sus labios temblando, respirar la dulzura de su aliento... Había hecho todo lo que había podido para detenerse y no deshacerle las trenzas, para después abrazarla con fuerza en un mundo que empezaba y terminaba con sus cuerpos unidos.

Rye gimió y trató de apartar de sus pensamientos a la tentadora Lisa Johansen. No parecía posible que ninguna chica en esa época pudiera ser tan inocente, pero se había comportado como si nunca la hubieran besado. Y la verdad era que no le había dado la impresión que supiera cómo devolver siquiera esa caricia.

La idea de una inocencia tan total era algo que asombraba, intrigaba y excitaba a Rye. Las mujeres que había conocido hasta entonces habían sido experimentadas, sofisticadas y habían estado seguras de lo que querían de él. Algunas veces él había tomado lo que ellas le habían ofrecido de buena gana. Pero en la .mayoría de las ocasiones había pasado de largo, disgustado después de ver el hambre de dinero que reflejaban los ojos de casi todas-

Mas quo por su belleza delicada, y por la forma original en que se había criado, Rye se sentía fascinado por la sensualidad de Lisa. No sabía que era rico. Ella le miraba y veía a un hombre.

Y deseaba a ese hombre.

Rye había notado que Lisa sentía pasión por él, con tanta seguridad como había intuido su inexperiencia. El hecho de que él mismo, y no su cuenta bancaria y. su futura herencia, excitara .a Lisa. era. .tan inesperado, que Rye casi no podía creérselo. El hecho de que sus caricias pudieran hacerle temblar con sensualidad en lugar de conseguir que soñara con montones de dinero era tan excitante que Rye no se había sentido capaz de confiar en sí mismo si se quedaba con Lisa en la intimidad del prado.

Cuando llegó al rancho, decidió que debía juzgar a Lisa de una forma más objetiva y no darle tanta importancia a su inocencia y honestidad. Estaba más que claro que la deseaba demasiado como para confiar en sus propias conclusiones sobre ella. Quería creer que era exactamente lo que parecía: una chica que había sentido deseo tal vez por primera vez.

Rye se quitó la camisa de trabajo y la tiró en el cesto de la ropa sucia. Cuando estaba a punto de salir de la habitación, dudó. Había terminado prometiéndole a Lisa que la dejaría que cosiera la camisa. Se había sentido tan aliviada, que él había estado a punto de decirle que se podía comprar todas las camisas que quisiera. Después, la idea de sus manos trabajando en la camisa, tocando cada pliegue y cada costura, dejando algo de sí misma en la ropa cuando se la devolviera, había hecho que cambiara de opinión. Era mejor, mucho mejor, que ella creyera que era tan pobre que ni siquiera podía comprarse una camisa.

Rye ignoró los libros de contabilidad del rancho y el ordenador y se dirigió al teléfono. Marcó un número, esperó, y después oyó la voz del doctor Thompson que le contestó a la tercera llamada.

—¿Ted? Soy Rye McCall. Quiero hablar contigo sobre la estudiante que has mandado para que se encargue de vigilar el prado este verano.

—:¿Te refieres a Lisa Johansen? No es una..estudiante, al menos no oficialmente. Está intentando entrar en nuestro departamento de antropología. En cuanto los exámenes estén calificados, estoy dispuesto a apostar que será una graduada, no una estudiante. Claro que con los padres que tiene, no es nada sorprendente. Los doctores Johansen son expertos famosos en el mundo en...

—¿En el departamento? —le interrumpió Rye rápidamente, sabiendo que si no desviaba la conversación podrían pasar siglos antes de que volvieran a hablar de Lisa Johansen. El profesor era un hombre maravilloso y muy buen amigo, pero hablaba por los codos cuando se lo proponía.

—En el departamento. Va a hacer los exámenes finales en ciertos cursos que en realidad no ha tomado —dijo el doctor Thompson—. Es la única manera de examinar los conocimientos académicos de una persona con una educación tan poco convencional. Ya sabes que !a pobre chica nunca ha estado en una clase de verdad.

Rye no lo sabía, pero asintió y no dijo nada. El doctor Thompson va estaba dirigiéndose hacia donde él quería. Ahora lo único que Rye tenía que hacer era sentarse cómodamente en un sillón, y dejar que la naturaleza siguiera su curso inevitable.

—Oh, sí, es verdad —continuó el doctor Thompson—. Lisa habla muchas lenguas exóticas, puede transformar cosas de lo más extrañas en comidas exquisitas cocinadas al fuego, y también puede hacer cosas con las manos que han conseguido asombrar a algunos de mis estudiantes de antropología. Espera a ver cómo hace un cuchillo con un trozo de cristal de botella.

Rye murmuró algo que el profesor ni siquiera oyó. —Y es una chica encantadora también. Qué ojos, Dios mío, no he visto unos ojos así desde hace mucho tiempo, cuando su madre era mi mejor estudiante. Lisa se parece mucho a su madre. Mente despierta, cuerpo saludable, y sin el suficiente dinero para hacer una llamada de teléfono desde una cabina; pero es que tampoco creo que supiera cómo hacerla. Me refiero a Lisa, no a su madre, claro está. La pobre chica apenas sabía cómo abrir el grifo del lavabo cuando llegó aquí. Y de las cocinas-modernas mejor no hablar. Con la cocina eléctrica no conseguía nada, el lavaplatos le asombró y el apelmazador de basuras la dejó pasmada. A veces conseguía ponerme nervioso, si quieres que te diga la verdad. Ahora ya sé cómo se sienten los nativos cuando mis estudiantes .les persiguen .tomando notas sobre sus extrañas costumbres.- Aunque-esta chica aprende rápido.-Es muy brillante, de eso no hay duda. Aunque creo que sus padres han esperado demasiado para traerla aquí. Ahora mismo para lo único que está preparada es para llevar la vida de un vagabundo.

—¿Por qué?

—El tiempo. Ayer, hoy, mañana. —No te entiendo. El profesor suspiró.

—Tampoco Lisa. Los hombres civilizados dividen el tiempo en pasado, presente y futuro. Hay muchas tribus que no lo hacen así.- Para ellos, sólo hay dos clases de tiempo. Hay una idea vaga del pasado, y un clarísimo *ahora.* Ahí es donde vive Lisa. En el presente interminable de las tribus. Ella no entiende los conceptos occidentales de trabajar con un horario y tener un salario. Y para qué hablar de las máquinas de escribir y los ordenadores. El único trabajo que pude encontrar para ella en el poco tiempo que me dieron fue observar cómo crece la hierba en tu prado hasta que el período escolar termine. Después podrá sobrevivir con el dinero de la beca hasta que Geoffrey vuelva de Alice en Navidad.

—¿Geoffrey? ¿Alice? —inquirió Rye, preguntándose cómo se había desviado de ese modo la conversación.

—Geoffrey es el estudiante de antropología más brillante que he tenido desde la madre de Lisa. Alice es una ciudad en Australia. ; Geoffrey está haciendo la tesis sobre las tradiciones de los aborígenes australianos, especializándose concretamente en la utilización de...

—¿Conoce Lisa a ese Geoífrey? —le interrumpió Rye con impaciencia, sintiéndose de pronto celoso sin razón.

—Todavía no, pero le conocerá. Va a casarse con él.

-¿Qué?

—Lisa se va a casar con Geoffrey. ¿No me estás escuchando? Los

padres de Lisa me la han mandado para ver si podía encontrar un buen marido para ella- Y lo he hecho. Es Geofírey Langdon. Todo lo que ella sabe hacer es perfecto para las necesidades de él. Ella podría organizar el campamento mientras él trabaja. ¿Quién sabe? Si resulta que ha sacado de su madre la pasión por el trabajo en el propio campo, Lisa podría ayudar a Geoffrey en su investigación.

—¿Y qué piensa Geonrey de toda esta historia? -.

.—Aún no sé qué va a contestar,, pero estoy casi, seguro de que le encantará la idea. Ella es una monada, y sus padres son muy respetados en los círculos académicos. Ese tipo de cosas preocupan a los jóvenes académicos, ya sabes. Podría incluso llegar a trabajar con aus padres, e incluso colaborar con ellos en alguna investigación. Eso sería un empuje buenisimo para su carrera.

—¿Y qué sacará Lisa de esta historia tan romántica? —preguntó Rye con ironía.

—¿Romántica? Vamos hombre, se nota que eres un hijo de un*a* cultura occidental. El amor no tiene nada que ver con esto. Lisa conseguirá con. este-arreglo lo que todas las mujeres han conseguido siempre del matrimonio... una vida sin problemas, donde la comida, un lugar para vivir y alguien que las proteja estarán asegurados. En el caso de Lísa, esas cosas son mucho más necesarias que el amor. Ella no está preparada para enfrentarse con el mundo occidental. Por eso es por lo que sus padres me la mandaron cuando llegó el momento apropiado en que debía casarse.

—¿Ha venido aquí a encontrar marido? —preguntó Rye bruscamente.

—Por supuesto. Sería muy duro para ella que se casara con un beduino, ¿no te parece?

Hubo un momento de silencio que llenó rápidamente el doctor Thompson contando cómo era la vida de la mujer de un beduino. Rye apenas le escuchaba- Seguía pensando en las palabras que habían confirmado sus peores temores: Lisa era una mujer más buscando alguien que la mantuviera para el resto de sus días. La inocencia no tenía nada que ver con eso. Ese juego era tan viejo como Adán y Eva; el deseo del hombre y la mente calculadora de la mujer unidos en un matrimonio impío.

Y él había estado a punto de caer en la trampa.

Después, Rye no pudo recordar el resto de la conversación. Se dio una ducha y se cambió de ropa, sin saber si estaba más enfadado con Lisa por ser tan inocente y falsamente deliciosa, o consigo mismo por haber estado a punto de caer en sus redes casi como si él no tuviera inteligencia alguna.

Pero sin importar lo mucho que se maldijera a sí mismo o a ella, lo cierto era que no podía olvidar cómo temblaban los labios de Lisa antes de besarla.ˆ Cuando se quedó dormido, soñó. .que un calor de terciopelo lo envolvía, acariciándole, excitándole hasta que se despertó con un pequeño grito. Su cuerpo estaba sudando, rígido, lleno de un deseo tan grande que era casi insoportable.

Las cosas no fueron mejor a la mañana siguiente. Rye entró en el cuarto de baño maldiciendo. Después de quince minutos decidió que las duchas frías no eran lo suficientemente buenas como para conseguir que el deseó desapareciera por completo. Se vistió de vaquero y se tomó el desayuno frío, porque pensó que el olor a tostadas calientes le recordaría el campamento, con Lisa observándole mientras le daba la comida que había preparado para él.

Rye salió de la cocina dando un portazo y se dirigió al establo, deseando poder cerrar la puerta de sus pensamientos con la misma facilidad. Los caballos se movían con impaciencia en el corral, esperando que los hombres los dejaran salir.

—Buenos días, jefe Mac. El viejo Diablo tiene pinta de estar un poco vago después del paseo que debió darle ayer.

Rye reconoció el pelo grisáceo de Lassiter por detrás de la vaca de la que se estaba ocupando.

—Buenos días, Lassiter. Llevé a Diablo por el atajo al prado. Tú tampoco pareces estar en muy buena forma. ¿Qué tal te fue ayer?

El vaquero sonrió, levantó la mano para rascarse el pelo y se colocó | el sombrero.

—Quería darle las gracias. Cherry me dijo que le había dicho que | me buscara para que la llevara a la ciudad. Bueno, la verdad es que esa v chica es de primera clase.

—Reza para que no se le ocurra venir por aquí a causarte problemas —dijo Rye, con ironía.

Lassiter movió la cabeza.

—Jefe, no debería tomárselo como una cosa personal. Cuando una chica tan preciosa como ésa está lista, y más que dispuesta, lo menos > que un hombre puede hacer es salirle al paso.

—Por eso es por lo que te tengo aquí.

La carcajada que se oyó a continuación hizo que los hombres que estaban trabajando fuera del establo sonrieran.

—¿Qué tal estaba el prado? —preguntó Lassiter inocentemente.

—Mejor que mi comedor.

—Sí, Cherry dijo algo sobre eso. ¿Estaba de verdad comprobando como era la plata?- '—-

—No te quepa la menor duda. ¿No te quitó los empastes de los

dientes?

—Cada vez son peores. ¿Cenaste allí?

—¿En el comedor?

Lassiter le miró extrañado.

—En el prado —dijo.

Rye gruñó, pero al final decidió darse por vencido. Lassiter podía estar toda la mañana dando vueltas al asunto de Lisa, hasta que averiguara cuál había sido la reacción de Rye al ver que su dominio: privado estaba invadido por otra mujer.

—Por lo menos, ésa sabe cocinar —dijo Rye.

—Y menudos ojos, ¿eh? Flaca, aunque con las curvas justas.

Rye iba a empezar a negar que Lisa estuviera flaca, pero vio que en los ojos de Lassiter había un brillo divertido. Se rió y movió la cabeza.

—Debería darte un puñetazo por no advertirme de la presencia de Cherry o Lisa —dijo Rye.

Lassiter sonrió abiertamente.

—Si me encuentras una chica que pueda atarme y cuidarme como es debido, te dejaré que me des todos los puñetazos que te apetezcan.

—Creo que ya he encontrado una.

—¿Sí?

—Sí. Has ido al prado tantas veces que las huellas de tu yegua están dejando un rastro.

Lassiter movió la cabeza despacio.

—Esa chica no. La señorita Lisa es demasiado inocente para mi gusto.

—Además —dijo Jim desde el corral—, no le daría nada más que la dulce sonrisa que ofrece al resto de los vaqueros. Y unos bocadillos de beicon que parecen hechos por mano de santa. Dios, esa chica puede hacer maravillas cocinando en un fuego de campamento.

Rye se sintió aliviado al saber que Lisa no había respondido a ninguno de, los vaqueros como había hecho con él. Sin embargo, eso no hizo qué disminuyera el enfado que sentía consigo mismo por haber estado a punto de caer en su trampa.

-—¿Inocente? Tal vez, pero está detrás de la misma cosa que Cherry... un anillo de diamantes, y alguien que la mantenga para toda la-vida. La única diferencia es que Lisa no sabe .quién soy. -

—¿No le dijiste tu nombre? —preguntó Lassiter, sorprendido.

—Si, pero sólo le dije Rye.

Lassiter se dio cuenta al instante de lo divertida que podía ser esa situación. Sonrió despacio, y después se echó a reír. Rye sonrió con desgana.

—¿Ella cree que eres uno de los vaqueros? —preguntó Jim, mirando a Lassiter y después a Rye.

—Sí —dijo Rye.

—¿Y está buscando un marido? —preguntó Jim medio riéndose.

—¿Y no sabe quién eres realmente?

—Eso es.

—No me lo creo. No es *la.* típica chica cursi de ciudad.

—Pregúntaselo al doctor Thompson la próxima vez que venga po; el prado-—dijo Rye.

—Menuda sorpresa —dijo Jim—. La verdad es que no ha dejado! que ninguno de nosotros la cortejáramos. No se la puede culpar por no? fijarse en Lassiter, pero a Blaine tampoco le ha dado una oportunidad. ¿No es así, Blaine?

—Es cierto —dijo un hombre joven y alto que estaba en cuclillas* fumándose un cigarrillo—. Y el buen Dios sabe que soy bastante más* guapo que Lassiter.

Los otros hombres silbaron y gritaron mientras comparaban la destreza y el aspecto de Blaine con el de Lassiter. Los dos hombres se' tomaron la chanza con buen humor. Habían gastado demasiadas bromas a los otros vaqueros como para enfadarse porque les hubiera? tocado el turno de que les tomaran el peto. Rye esperó hasta que las:' burlas hubieran cesado para contar la decisión a la que había llegado por la noche, cuando se había despertado sudando de deseo.

—Bueno, estoy cansado de que me persigan sin darme tregua hasta en mi propia casa —dijo con firmeza.

Los vaqueros murmuraron algo, por lo que querían decir que. estaban de acuerdo. El rancho de un hombre era su castillo, o por lo? menos tenía que serlo. El jefe Mac tenía la complicidad de sus trabajadores en lo que se refería a su lucha contra el matrimonio.

—Lisa no sabe quién soy, y quiero que siga sin saberlo. Mientras crea que sólo soy un trabajador más, me tratará como a uno de vosotros. 'Eso es *lo* que quiero. De otra--forma, no -voy-a poder ir al prado. cuando me apetezca sin ponerme nervioso cada vez,

Los hombres estuvieron de acuerdo. Todos sabían que al jefe le; gustaba mucho el prado, También sabían que gracias a éste conseguía muchas veces tranquilizarse, con lo que sin él, su mal genio podía ser muy fuerte.

—Entonces, ya sé que me llamaríais jefe Mac si fuera al prado co¡ vosotros, así que para evitar peligros, iré siempre solo. ¿De acuerdo?

Todos los hombres sonrieron pensando en lo divertido que era aquella situación. Lisa estaba en el prado esperando cazar un buen marido, y el hombre más perseguido de todo el estado estaría

subiendo y bajando al prado sin que ella lo sospechara siquiera.

—Y quiero que dejéis de ir por allí.

Las sonrisas se desvanecieron. Una broma era una cosa, pero dejar una chica sola en medio de la naturaleza, era algo muy distinto. No importaba que cocinara muy bien, ni tampoco lo que estuviera buscando allí, pero sí que no era tan fuerte como para poder sobrevivir sola. Ese tipo de pensamientos eran los restos de la caballerosidad que aún perduraba en el Oeste. Los vaqueros podían bromear con Lisa, pero jamás harían nada que creyeran que pudiera herirla de alguna forma.

Todos los hombres miraron a Lassiter, que en esas ocasiones se convertía en su portavoz oficial.

—¿Estás seguro de que eso está bien, jefe? —preguntó—. Ese prado está a muchos kilómetros de cualquier sitio civilizado. ¿Qué pasaría si se torciera un tobillo o diera un mal golpe con el hacha, o si cogiera la gripe y estuviera tan débil que ni siquiera tuviera la fuerza necesaria para llevar un cubo de agua desde el arroyo?

La tenue luz del amanecer evitó que los hombres vieran que Rye se había puesto pálido. La idea de que Lisa pudiera estar herida, sola y sin ayuda en medio del prado le resultaba inconcebible. La había visto tan tranquila y a gusto en el prado, que había olvidado lo que la naturaleza podía hacer.

—Tienes razón —dijo Rye al instante—. Debí haberlo pensado. Id, pero no tan a menudo como habéis estado haciendo, porque si no ni el trabajo estará hecho, ni yo podré tener el prado para mí solo —miró uno por uno a los hombres con frialdad—. Pero si algún hombre la toca, que se ponga a buscar un arma y un nuevo trabajo, por ese orden. ¿Entendido?

Los hombres sonrieron. Lo habían entendido muy bien, y estaban., de acuerdo.

—No se preocupe, jefe —dijo Lassiter—. Y gracias por dejarnos que la vayamos a ver. Esa chica hace el mejor pan que he comido en toda mi vida. ¿No crees que tal vez le gustaría quedarse de cocinera en el rancho cuando termine de observar cómo crece la hierba?

—Lo dudo. Para entonces se habrá dado cuenta de que no tiene nada que hacer con Edward McCall III, y se irá a buscar mejores pastos.

Rye se quedó inmóvil mientras empezaba a amanecer, preguntándose por qué la idea de que Lisa sé fuera le hacía sentirse intranquilo y no aliviado.

Capítulo Cinco

Lisa entró por la verja destrozada que daba paso al prado con una cámara polaroid en la mano. Fue al poste numerado que tenía más cerca, el número cinco, se arrodilló y miró a través del visor. La hierba que estaba detrás del poste era fina, delicada y parecía frágil, y sin embargo había crecido desde la última vez que la vio, la semana anterior.

—Muy bien, número cinco —musitó Lisa—. Sigue así y te pondrás a la cabeza en la lista de las hierbas del doctor Thompson. Tus hijos serán fructíferos y se extenderán por todo el mundo.

Apretó el botón de la cámara y escuchó el sorprendente click del mecanismo de la polaroid al ponerse en funcionamiento. Al instante, salió de la parte de abajo de la máquina una cartulina cuadrada en blanco. La cogió y para que el sol no la estropeara, se la guardó en el bolsillo de la camisa donde la foto se revelaría sin problemas. Tras semanas de trabajo en el prado, el desarrollo de las plantas era tan pocos apreciable que tenía que observar con mucha atención cada una de la marcas que iban apareciendo poco a poco en la cartulina. Le asombraba ver cómo se iba creando la imagen. No podía creer lo que veía. En" muchas partes del mundo la cámara y las fotografías instantáneas habrían sido consideradas brujería.

Lisa también compartía la idea de que la fotografía era algo mágico, y eso que el doctor Thompson le había dado un libro en el que se explicaba el proceso fotográfico. Era mucho más fácil que reproducir con lápiz y papel lo que tenía enfrente, como hacía su madre-Lisa continuó fotografiando las plantas que estaban detrás de cada; poste numerado. Eran tantas que tenía que cambiar constantemente de carrete. Si los hombres de McCall no le hubieran llevado más películas habría tenido que bajar a la ciudad cada semana. Y prefería quedarse en el prado, donde el tiempo no se medía con relojes.

Mientras trabajaba, no dejaba de echar miradas furtivas a la arboleda de álamos que había detrás de la cabaña. Rye siempre tomaba ese camino cuando iba al prado. Desde la primera vez que lo había visitado, había vuelto dos veces a la semana y casi no había hablado con ella. Una vez Lisa había seguido las huellas del caballo de Rye por el sendero que bajaba zigzagueando por la montaña. Ninguno de los hombres de McCall iba al prado por esa ruta. No había otras huellas en el sendero más que las del caballo negro de Rye. Aparentemente, Rye era el único que conocía ese camino, o tal vez el único que

se atrevía a cogerlo.

¿Vendrá hoy?

Pensar en ello le puso igual de nerviosa que cuando se iba a dormir. Desde que había conocido a Rye, sus sueños eran mucho más intranquilos. A Lisa le agradaban las visitas que le hacían los hombres de McCall, pero las de Rye eran diferentes. Lo que conseguían hacerla sentir era demasiado intenso y abrumador como para ser descrito con la palabra «agradable».

Lisa recordaba vividamente el momento en-que se habían besado; el roce lento de los labios de Rye en su boca, el calor de su aliento, el fuego de su cuerpo. Cuando la besó, se quedó tan afectada por las sensaciones que afloraron en su interior que se quedó paralizada, sin poder digerir lo que le había ocurrido. Cuando consiguió asumir lo que le había pasado, Rye ya se había marchado. Se había puesto a cortar madera como si nada hubiera ocurrido. Y Lisa se preguntaba si él se habría sentido la mitad de aturdido que ella.

—Seguro que no —musitó Lisa mientras cambiaba el carrete de la cámara y se dirigía hacia otro poste—..Si se hubiera sentido así rne habría besado otra vez. Además, un beso aquí no significa nada. Sólo hay que ver a íos chicos que van a la clase de las ocho del doctor Thompson. La mitad llega tarde a clase porque se pasan mucho tiempo despidiéndose de sus parejas. El resto está con sus parejas en la clase y... ¡Ostras!, ¡ya he estropeado otra foto!

Enfadada, se metió la foto en el bolsillo de la camisa, sin ni siquiera mirarla. Tenía que dejar de pensar en Rye. Aquélla era la tercera foto que le había salido mal. A ese paso iba a necesitar un cargamento extra de carretes.

A lo mejor me lo trae Rye.

Con desgana, se dirigió al poste siguiente cuando de pronto vio que Rye se acercaba por el prado hacia ella. Le reconoció al instante, a pesar de que estaba lo bastante lejos como para no apreciarlo muy bien. Era el. Estaba segura. No había otro hombre en el mundo que andará con tanta gracia y soltura. No había otro hombre en el mundo que tuviera unos hombros como ésos, amplios pero proporcionados con el resto del cuerpo. Y no había otro hombre en el mundo que la mirara como él lo hacía, con una mezcla de curiosidad y deseo. Y cautela, desconfianza.

Se comportaba con recelo desde la segunda vez que había ido a verla, y desde entonces su actitud no había cambiado. Lisa se había dado cuenta enseguida y se preguntaba a qué se debía. La primera vez que se vieron no había actuado así.

¿Cómo debía actuar? ¿Debía debería mano?, se preguntaba

mientras él se acercaba a ella. Después se preguntó por qué estaba dentro del prado. Ninguno de los vaqueros se adentraba en él.

—Buenos días, Rye —dijo Lisa con voz temblorosa al darse cuenta del modo en que la estaba mirando.

—Buenos días.

Inconscientemente, Lisa se quedó inmóvil y empezó a memorizar - las facciones de Rye. Le encantaba el mechón de pelo que caía sobre su frente. De color castaño, igual que las cejas y las pestañas pobladas que eran casi llamativas en contraste con sus marcadas facciones. Tenía los ojos claros, de un gris cristalino, salpicados por motilas azules y rodeados por un borde negro. No se había afeitado desde hacía días. La barba oscurecía su cara, acentuando aún más la palidez de sus ojos. boca era grande, el labio superior estaba perfectamente delineado y el inferior carnoso-y lleno de deseo.

—¿Te gusta mi nariz? —dijo Rye con ironía.

Lisa se puso colorada. La había cogido in fraganti.

—No mucho, la verdad —respondió Lisa, tratando de reponerse—. Creo que la tienes un poco torcida.

—La primera vez que monté a un potro me dio tal revolcón que me rompió la nariz, dos costillas y el orgullo.

—¿Y qué hiciste?

—Armarme de valor cuando volví a montarlo. Para ser un chico de ciudad, no lo hice tan mal después de eso.

Lisa le miró impresionada.

—¿Eres de ciudad?

Rye empezó a maldecir, después recordó que muchos vaqueros modernos se habían criado en calles pavimentadas.

—Viví en una ciudad hasta los quince años, hasta que murió mi madre. Después mi padre se volvió a casar y nos mudamos al rancho.

Lisa estuvo a punto de preguntarle dónde estaba su padre, pero lo pensó mejor. Antes de que pudiera recordar si era de buena educación preguntar a un hombre sobre su familia, Rye le dijo algo sobre el prado. El cambio de tema fue tan evidente que Lisa se preguntó si hablar de la familia era un tabú entre los vaqueros. Pero, si eso era verdad ¿por qué hablaba Jim tanto de su familia?

El sol reflejado en los ojos grises de Rye distrajo a Lisa, haciéndole olvidar la pregunta que había querido formular. Estaba acostumbrada a gente cuyos ojos variaban del marrón oscuro al negro azabache. La luminosidad de los ojos de Rye la fascinaba. No sólo tenía pintitas de azul, sino de verde también cuando la luz le daba de una determinada forma.

-—-¿lo crees?

De pronto Lisa se dio cuenta de que se había quedado mirándole fijamente otra vez.

—Lo siento, no he oído lo que decías.

—El «viejo Jaclt» ha debido despistarte—dijo él con burla, aunque sabía que él era el causante de su despiste y no el pájaro chillón.

—¿Quién es el viejo Jack?

—El pájaro que suele posarse en el pino que hay detrás de la cabaña, siempre a la espera de que le des un trozo de pan.

--Por eso le llamas cariñosamente «el viejoJadc»?

—Excepto cuando me roba la comida.

Hubo un momento de silencio antes de que Lisa soltara una carcajada. Esos dulces sonidos se adentraron en Rye, de la misma forma que el calor del sol y la caricia suave del viento. Y sintió deseos de estrecharla contra él. Sería tan sencillo...

Lisa se dio cuenta de cómo estaba mirando su boca y se estremeció. Sentía picores por todo el cuerpo, ¿por qué la miraría así?, ¿qué querría?, pensó recordando el breve momento de intimidad que habían comparado.

-—¿Rye?-

—Dime —contestó él con voz ronca.

—¿Sería una grosería preguntarte en qué estás pensando?

—No, pero cuando te lo diga es muy posible que te desmayes.

Ella tragó saliva.

—¿Y yo puedo preguntarte qué estás pensando? —dijo Rye.

—¡Oh! —dijo ella apenada—. No pensaba en nada en concreto. Sólo estaba... —trató de apartar la mirada de la sonrisa irónica de él. No pudo—. No estaba pensando en nada, me estaba preguntando...

—¿Qué te estabas preguntando?

Se llenó de valor y lo soltó.

—¿Me quieres explicar por qué tu boca parece tan dura cuando luego resulta tan dulce?

Las pulsaciones de Rye se aceleraron. Por eso precisamente se había alejado de ella en cuanto se habían besado. Y por eso mismo no podía estar lejos de ella.

—Así que mis labios son dulces.

—Sí, mucho —dijo Lisa en un hilo de voz.

Antes de terminar de hablar, ya tenía los labios de Rye sobre los suyos.

—¿Estás segura?—murmuró Rye.

—Mmmm.

—¿Qué significa eso, que sí o que no?

Lisa se había quedado inmóvil, como temiendo que cualquier

movimiento rompiera el encantamiento.

—Sí.

Rye tuvo que apretarse las manos para no atraerla hacia él. Había algo que le impedía abrazarla y ese algo era que sabía que en su cuerpo Se iba a producir- un cambio, y que empezaría a sudar en cuanto estuvieran en contacto. No había duda de que a ella le había gustado el beso, puesto que no le había rechazado. Él era duro, apasionado, dispuesto a todo y ella estaba allí, mirándole con sus ojos de gata.

—Pues ya que está todo aclarado, ¿cómo va el prado? —preguntó Rye, tratando de mantener un tono de voz absolutamente normal.

El cambio de conversación dejó a Lisa aturdida. Se preguntó por qué había dejado de besarla. Tal vez había hecho algo que no le había' gustado, pero cuando intentó preguntárselo no pudo hacerlo. Él estaba mirando el prado como si nada hubiera ocurrido. Es más, como si ella estuviera allí.-

—¿El prado? —preguntó, la confusión se reflejaba en su voz.

—Sí. Ya sabes. Hierba y árboles. El prado.

Lisa se dio cuenta de que se estaba acercando a Rye, con el aliento entrecortado, estremeciéndose como la hoja de un álamo cuando es mecida por la brisa. Y los ojos de él tenían un brillo burlón. Por primera vez se preguntó si no estaría tomándole el pelo. Esa era la clase de bromas que los vaqueros solían gastar a los novatos, y en el tema de besar ella era una absoluta novata.

Se estaba burlando de ella, admitió con tristeza. ¿Cuál era el refrán que habían utilizado los vaqueros? Algo que tenía que ver con pescar... el anzuelo y el sedal. Eso era. Había caído en el atractivo anzuelo de Rye y se lo había tragado sin pensárselo dos veces.

Sí, ahora lo veía claro, se estaba burlando de ella. Por desgracia, no tenía ganas de reírse, sólo se sentía confusa. Entonces se acordó de la pregunta que Rye le había hecho sobre el prado y se agarró a ella como pudo. .

—Algunas hierbas —dijo Lisa rápidamente—, están creciendo muy deprisa. La número cinco es la que más. Ayer las comparé con respecto a las del año pasado. Las plantas tienen más tallos y son mucho más altos. Creo que se debe a que este año ha helado más tarde. Tal vez, la número cinco se desarrolle mejor en un clima frío y húmedo. Si así fuera, el doctor Thompson estaría encantado. Está convencido de que se dedica demasiado tiempo en las especies desérticas. La número cinco podría ser justo lo que él está buscando.

En circunstancias normales, Rye habría mostrado más interés en las especies que se desarrollaban en el prado y en lo útiles que

podrían ser para la humanidad, pero en ese momento sólo podía pensar en una cosa, lo deprisa que le latía e!-.corazón.

—El jefe debe ser un hombre muy generoso —continuó Lisa.

Le gustaba tanto su trabajo que olvidó rápidamente el mal rato que había pasado porque creyó que Rye se estaba burlando de ella; como Lassiter con sus continuas advertencias acerca de la maligna influencia de la luna.

—El prado será un pasto muy rico para su ganado. Pero debe olvidarse de conseguir algún beneficio para su rancho.

—Tal vez sólo le guste la tranquilidad y la paz que se respira aquí.

Lisa sonrió.

—¿No es maravilloso? —dijo Lisa mirando alrededor Alguien. me dijo que al jefe le gustaba mucho venir por aquí. Pero todavía no le he visto.

—¿Estás decepcionada porque no haya venido?

Una mueca burlona se dibujó en el rostro de Rye.

—No. Me da pena que ese pobre hombre no tenga tiempo de disfrutar de su rincón favorito.

—Oh, está muy ocupado. Tan ocupado que me ha encargado que sea yo quien supervise cómo va todo por aquí. No tiene tiempo para subir y ver cómo van las" cosas.

Mientras hablaba Rye miraba fijamente a Lisa, tratando de encontrar alguna señal que le indicara que estaba decepcionada porque la trampa que había preparado para Edward McCall III no iba a funcionar.

—Oh —dijo Lisa—, ¿qué cosas suele hacer el jefe aquí? ¿Quieres que te ayude? El doctor Thompson no me dijo que hubiera que hacer algo más que observar el crecimiento de las hierbas, tomar fotografías y etiquetarlas.

Rye no consiguió descubrir nada. Lisa le miraba, pero sin la ilusión que habían reflejado sus ojos unos minutos antes.

—Es de la clase de hombres a los que les gusta tener todo bajo control —dijo Rye—. Pasa mucho tiempo en el riachuelo, supongo que le debe gustar observar los reflejos del sol en el agua.

—Lo entiendo perfectamente. No hay nada más maravilloso que el agua pura y cristalina, ni siquiera el primer rayo del sol.

Rye notó un tono de incertidumbre en Lisa y la miró con curiosidad.

—Pareces una texana. " —¿En serio?

—Sí. Yo me crié allí. Les encanta el agua.Tienen tan poca...

Lisa sonrió y se encaminó hacia el siguiente poste.

—Eso me recuerda lo que tos pastores de zonas áridas dicen.

Nunca tienen suficiente agua para sus rebaños.

Tras un instante de duda, Rye siguió a Lisa dentro del prado. Sus vaqueros usados parecían suaves flexibles y se ajustaban a su cuerpo a la perfección.

—Todo el mundo debería llevar vaqueros —dijo Rye.

-¿Qué?

Rye se dio cuenta" de qué sé le había escapado lo que estaba pensando.

—Tus vaqueros están muy usados.

—Me los dio una de las alumnas del doctor Thompson. Iba a tirarlos, pero yo les puse unos parches y me los quedé. Le gustaron tanto que fue a comprarse otros, los metió en lejía y les cosió unos cuantos parches —se rió, sacudiendo la cabeza—. Todavía no comprendo por qué no se quedó con éstos.

Rye sonrió.

—La moda no tiene por qué ser algo lógico. Se supone que de lo que se trata es de estar atractiva.

Lisa se acordó de los tatuajes azules, los pendientes en *la.* nariz y los lápices de Kohl que utilizaban las mujeres en varias partes del mundo.

—Debe dar mucho resultado. Fíjate en la cantidad de niños que hay en el mundo.

Rye iba a contestarle, pero se quedó callado al ver cómo Lisa se agachaba graciosamente. Hizo la fotografía rápidamente y se puso de nuevo de pie con tanta agilidad que se preguntó lo bien que estarían los cuerpos de ambos enzarzados haciendo el amor. Tenía una fuerza femenina y flexible, que debía acoplarse perfectamente a la fuerza de un hombre. Sería como el prado, generosa, elegante, fragante, y con un calor que le envolvería empapando sus sentidos.

Rye se dio cuenta de que debería pensar en otra cosa para no excitarse.

—¿Qué vas a hacer cuando acabe el verano? —preguntó Rye.

Lisa se quedó callada durante un momento, después, se echó a reír.

—¿Te estás riendo de mí? —preguntó Rye.

—-Bueno creo que también de MI-—-le aseguró Lisa con seriedad—. Creo que no he entendido tu pregunta. Verás, yo sigo las coordenadas del tiempo que tienen las tribus. No existe ni el pasado ni el futuro, sólo el presente. De acuerdo con esa concepción del tiempo, siempre he vivido en el prado y siempre viviré en él. El verano no se acabará nunca. Es muy difícil cambiar de golpe la forma de concebir el mundo. Especialmente desde aquí —añadió, mirando la hierba que se

mecía al viento—. Aquí las estaciones son las únicas medidas del tiempo que interesan.

Rye sonrió, pues entendía perfectamente a qué se refería,

—Y los días son sólo minutos indicados por el sol.

Lisa se dio la vuelta y le miró sorprendida.

—Entiendes de qué estoy hablando.

—Siento lo mismo que tú en el prado. Por eso vengo en cuanto puedo.

Lo que Rye acababa de decir confirmaba la sospecha de Lisa. Era el prado lo que le motivaba a subir la montaña y no ella. Lisa suspiró.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando para McCall?

—¿Tiempo tribal o real?

Lisa sonrió.

—Tiempo real. Tengo que amoldarme a esta cultura de la misma manera que a las otras. Y dime... ¿llevas mucho tiempo a las órdenes de McCall?

—Tanto tiempo como él. Más de diez años.

—Hay bastante distancia hasta Texas, ¿ves mucho a tu familia?

—Demasiado —musitó Rye entre dientes. Luego suspiró—. No, eso no está bien. Quiero a mi padre, pero lo paso muy mal siempre que estoy con él.

—Tú y tu jefe tenéis mucho en común.

—¿Qué? —se sorprendió Rye.

—A ambos os gusta el prado y ambos tenéis problemas con vuestros padres. Por lo menos eso es lo que Lassiter dice. Parece ser que su padre quiere un heredero para el imperio McCall y el jefe no tiene demasiada prisa por dárselo.

—Yo también lo he oído —le aseguró Rye con seriedad.

—Me pregunto por qué. La mayoría de los hombres están impacientes por tener hijos.

—A lo mejor todavía no ha encontrado a la mujer que le quiera tanto como quiere su dinero.

—¿Sí? ¿Es él tan cruel?

—¿Qué? —preguntó Rye asombrado.

—Una mujer podría rehusar a casarse con un hombre que fuera pobre o vago, y no pudiera dar de comer a su familia —le explicó Lisa tranquilamente—, pero la única vez que he visto a una mujer rechazando a un hombre rico fue porque él era tan cruel que no podía confiar su vida a una persona así y mucho menos podría confiar la de los hijos que le diera.

—Ese no es el problema del jefe —dijo Rye avergonzado—. Quiere una mujer que le quiera aunque no tenga ni dos centavos en el

bolsillo.

Lisa notó la tirantez que había en la voz de Rye, y supo que hablaba por sí mismo también. Era pobre y muy orgulloso. No parecía tener mucho dinero y debía sentirse muy herido por no poder cortejar a una mujer.

—A lo mejor —dijo Lisa—, el jefe Mac ha estado buscando la mujer equivocada. Mi padre nunca tuvo dinero ni lo tendrá. A mi madre nunca le preocupó. Compartían tantas cosas que el dinero era lo que menos importaba.

—Y supongo que serías feliz viviendo toda tu vida en una tienda de campaña, y comiendo de una olla compartida por un montón de gente.

El sarcasmo con que Rye dijo las últimas palabras asustó a Lisa. Era muy duro con el tema de las mujeres y el dinero.

—Sí, podría ser feliz.

—¿Entonces, por qué viniste aquí? —preguntó Rye.

—Estaba... confusa. Quería conocer mi propio país.

—Y como ya lo has visto, te volverás a ir, siguiendo a tu marido de un descampado a otro.

Lisa parpadeó asombrada, preguntándose si se había perdido algo de la conversación previa.

—¿Mi marido? ¿Un descampado?

Rye maldijo en silencio la ira que había conseguido hacerle hablar. El jefe podría saber de la vida amorosa futura de una encargada del doctor Thompson, pero un vaquero llamado Rye no.

—Ya que el jefe no aparecerá por este prado este verano, volverás a la escuela para el otoño, ¿no? —le preguntó Rye.

Lisa se preguntó qué tendría que ver que el jefe Mac no fuera a aparecer por el prado con que ella volviese a la escuela o no en otoño, pero Rye parecía tan furioso que le contestó confundida.

—Sí, supongo que sí.

—Claro, no hay que ser un genio para darse cuenta de que conocerás a un antropólogo en la universidad con el que te casarás y con el que irás dando tumbos por el mundo estudiando a los nativos de cualquier lugar —Rye miró la cámara fotográfica—. ¿Has terminado ya?

—Esto... no, me queda un poco.

—Cuando hayas acabado, ven a la cabaña. Te enseñaré a utilizar un hacha para que tú y tu culto marido no os muráis de frío en medio de cualquier maldito bosque.

Lisa se quedó sin habla mientras observaba cómo Rye se marchaba a grandes zancadas del prado sin volverse a mirarla.

Capítulo Seis

El sonido del acero hundiéndose en la madera resonaba por el prado con un ritmo constante que cesó cuando Rye se agachó para colocar mejor el tronco de leña. Normalmente, cortar madera era algo que le tranquilizaba. A cada hachazo que daba, Rye se recordaba a sí mismo que tendría que vigilar su lengua con más cuidado cuando estuviera con Lisa. No era de su incumbencia lo que ella fuera a hacer o no cuando dejara el prado. Podía casarse con un guerrero zulú, a él le daba igual.

El hacha se hundía tan profundamente en la madera que Rye tuvo que detenerse para ajustaría. Después, se quitó la camisa, la dejó junto a la pila de madera cortada, y se puso a trabajar de nuevo. Se esforzaba en pensar en algo excepto en Lisa mientras estaba cortando leña. Pensar en ella hacía que perdiera el control de sí mismo con demasiada facilidad.

Lisa estaba de pie a la sombra de un árbol junto al arroyo, observando cómo las astillas de madera saltaban al toque del hacha. Rye sujetaba el hacha con bastante facilidad, casi corno si el objeto fuera una extensión dé sí mismo. Mientras trabajaba el sol le daba de lleno en la espalda, donde las gotas de sudor brillaban sobre su piel. El vello de su pecho también se veía matizado por gotas de sudor.

Rye se dio la vuelta, levantó el hacha, y volvió a golpear la madera. Lisa se sentía fascinada por ese movimiento a pesar de que se lo había visto hacer muchas veces. No sabía cuánto tiempo había estado observando a Rye, cuando éste dejó a un lado el hacha, se acercó al arroyo, y metió las manos en el agua. Bebió durante un rato, y después se mojó la cabeza y los hombros para quitarse el sudor. Cuando terminó se puso de rodillas en el arroyo, y empezó a hacer círculos en el agua con los dedos. Ese gesto tenía una delicadeza que contrastaba con la fuerza que emanaba de su cuerpo.

Lisa miró los ojos de Rye después de haber estado observando sus manos, y se dio cuenta de que él también la estaba mirando. Por un instante tuvo la impresión de que no era el agua lo que estaba tocando con los dedos, sino su propio cuerpo. Sintió un estremecimiento por toda su piel que poco a poco se fue convirtiendo en deseo.

Rye se puso de pie con un pequeño movimiento y se dirigió hacia ella. Se detuvo cuando estaba a pocos centímetros. El olor de su piel fresca hizo que Lisa contuviera el aliento. Él estaba tan cerca que podía lamer las gotas de agua de su piel. Sólo pensar en ello, hizo que un nuevo estremecimiento recorriera su piel.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Rye en voz baja y sensual.

Poco a poco, Lisa desvió la mirada del agua que aún corría por el cuerpo de él, y le miró a los ojos. Intentó hablar pero no pudo. Inconscientemente, se mojó los labios. Se dio cuenta de que él también estaba sintiendo algo especial.

—¿Pensando? —dijo Lisa con un tono de voz que podría haber sido tanto una carcajada como un grito de desesperación—. A lo que hago cuando estás por aquí no se le puede llamar pensar —tragó saliva, y a continuación dijo lo primero que le vino en mente—. ¿Crees que podría cortar mejor la leña si fuera desnuda de cintura para arriba corno tú?

Lo había dicho en plan de broma, pero el modo en que Rye estaba mirando los botones de su camisa no parecía muy divertido precisamente.

—Qué buena idea —dijo, y empezó a desabrocharle el primer botón—. Me pregunto por qué no se me habrá ocurrido.

—Era una broma dijo ella a la. desesperada, cogiendo la. mano de él. Era fuerte, cálida y poseía una rigidez que la sorprendió.

—Quítate la blusa, **y** veremos quién ríe primero.

Lisa intentó decir algo, no pudo, y después vio el brillo de diversión que había en los ojos de él. Gimió, medio aliviada y decepcionada al mismo tiempo.

—¡Tengo que dejar de hacer esto! —exclamó ella.

—¿De ofrecerte a que te quiten la blusa?

—¡No! De caer en la trampa que me pones con ese humor tan raro que tienes. Me pillas siempre.

—Pequeña, si quieres que te diga la verdad, no té he pillado ni uña sola vez.

De pronto Lisa se dio cuenta que las manos de Rye estaban entrelazadas con las suyas, y que le estaba agarrando casi como si estuviera a punto de caerse.

—¿Qué te parece eso? —preguntó él.

—¿No quieres aprender?

-¿Aprender... qué?

—A cortar madera. ¿Por qué, tenías alguna otra cosa en mente?

—No puedo pensar cuando tú estás por aquí —dijo ella—. Es imposible, me lías continuamente.

Rye echó la cabeza para atrás, y se rió. Lisa también se echó a reír, sin importarle que estuviera riéndose de sí misma. No había malicia en ello, Rye le tomaba el pelo de un modo sensual con el que no sabía cómo enfrentarse.

—Ya iré mejorando —le avisó ella.

—¿En qué?

—-En lo de bromear.

Él la miró sorprendido, y después sonrió con encanto.

—Te gustaría tomarme el pelo, ¿no?

—No lo dudes —dijo ella, sonriendo.

—A esto se le llama flirtear —dijo él—. A la mayoría de la gente le gusta hacerlo.

Lisa fue en esa ocasión quién le miró sorprendida.

—¿Así es como los vaqueros flirtean?

—Así es como los hombres y las mujeres flirtean, guapa. ¿Cómo lo hacen en el-sitio-donde naciste?

-—Con sus cuerpos —dijo, con cierta timidez. -

Rye gimió, y después se echó a reír otra vez.

—Te diré lo que vamos a hacer. Si tú me enseñas cómo hacerlo con mi cuerpo, yo te enseñaré a cortar madera.

Lisa tuvo la impresión certera de que con respecto á eso de «hacerlo» no se estaba refiriendo a la misma cosa. Abrió la boca paral decirlo, pero se detuvo al darse cuenta una vez más de que Rye estaba burlándose de ella. Estaba esperando que cayera en la trampa otra vez.

—No, esta vez no —dijo Lisa rápidamente—. Vamos hombre. No a voy a hacer de novata o cómo quiera que llaméis" los vaqueros a las idiotas como yo. Si te pregunto qué es esa «cosa» que se supone que voy a enseñarte a hacer con tu cuerpo, tú me preguntarás qué es lo que creo yo que *es,* y entonces te echarás a reír y a mí se me enredará la lengua y me pondré colorada como un tomate.

—¿De verdad se te puede enredar la lengua?

—No, pero puedo doblarla hasta el final. ¿Quieres verlo?

Lisa sacó la lengua y después la dobló tan nítidamente que los lados opuestos casi se tocaban. Un instante después la lengua recuperó su estado normal.

—Hazlo otra vez —le pidió él. La observó fascinado mientras repetía todo el proceso—. Si no lo veo no lo creo. Ahora déjame que lo haga por ti.

—¿El qué?

—Morder tu lengua- Lo haré con mucho cuidado. Ni siquiera te dejaré una señal.

De pronto Lisa se quedó sin aliento. Miró a Rye con una mezcla de curiosidad y anhelo. Entonces recordó que ese era únicamente el modo en que Rye se burlaba de una chica que no estaba acostumbrada al humor poco expresivo del Oeste.

—Será mejor que lo arreglemos para que me enseñes a dejar

marcas en la madera —dijo Lisa—. Marcas enormes.

Por un momento ella habría podido jurar que Rye parecía decepcionado, pero fue una impresión tan momentánea que no pudo estar totalmente segura.

—Marcas enormes, ¿eh?

—Sí. Como las que haces tú.

Rye sonrió irónicamente.

—Tranquila, nena. Para cortar madera como yo tendrías que tener un cuerpo como el mío —observó el pecho de Lisa y sus caderas, y se preguntó cómo había podido confundirla con un chico, a pesar de que fa hubiera visto desde lejos—. No hay ninguna duda de que no tienes un cuerpo como el mío.

—No importa —dijo Lisa con solemnidad—. Estaría horrible con una barba oscura.

Rye sonrió divertido, y se tocó la mejilla.

—Vamos a ver qué podemos hacer con tu estilo de cortar madera.

Rye le ofreció la mano. Lisa la cogió sin dudarlo un instante. La fuerza de su palma le provocaba escalofríos por todo el cuerpo.

—¿Estás lista? —preguntó él.

Ella iba a preguntar qué era para lo que se suponía que estaba lista, pero decidió que- mientras estuviera cogida de la mano de Ry¿ estaba lista para cualquier cosa.

—Estoy lista.

—De acuerdo —dijo éí, y se volvió hacia el arroyo—. A la de tres.! Uno, dos, tres.

Cogido de la mano de Lisa, Rye dio dos pasos largos y después saltó por encima del agua. Lisa estaba a su lado, saltando a su vez Riéndose, cayeron en el otro margen del arroyo. Aún sonreían mientras caminaban hacia el lugar donde cortaban madera. Rye levantó el hacha con una mano, puesto que con la otra aún tenía agarrada a Lisa.

Rye miró a Lisa, y pensó que había pasado mucho tiempo desde !a última vez que se había sentido tan en paz consigo mismo y con todo lo que le rodeaba. Cuando estaba con ella, la risa era algo natural, y eso no le ocurría desde la muerte de su madre, hacía algunos años. Lisa tenía la misma habilidad que su madre, podía divertirse en cualquier circunstancia en que se encontrara. Una sonrisa, una mirada o una palabra hacían que a su alrededor todo fuera más brillante de lo que parecía.

Por primera vez, Rye se preguntó si no había sido la búsqueda de su padre de esa alegría, lo que le había obligado a meterse en una rueda interminable de citas, que sólo habían dado placer a las mujeres que

habían sacado partido monetario del asunto. También para su hermano pequeño había sido lo mismo, ya que se había casado y divorciado dos veces antes de cumplir veinticinco años. Por lo menos su hermana Cíndy había aprendido con mucha rapidez a ver la diferencia entre los hombres que la querían por ella misma y los que sólo deseaban entrar en la cuenta bancaria de los McCalí.

Eso era algo de lo que no tenía que preocuparse con Lisa. No podía; estar sonriéndole por su dinero por la sencilla razón de que pensaba que era tan pobre que ni siquiera podía comprarse una camisa nueva. Pero ella. le observaba con admiración de todos modos. Eso hacía que si sonrisa fuera más maravillosa todavía para Rye. No tener que preguntar por qué Lisa se divertía con él era un lujo que el dinero no comprar. Era una experiencia única para Rye; por primera vez en su vida estaba seguro dé que se estaban divirtiendo con él por el simple hecho de que era un hombre.

De pronto, Rye se dio cuenta de que estaba con un hacha en mano derecha, los dedos de Lisa entrelazados con los de su mano izquierda, y una sonrisa nada normal en sus labios.

—Tienes una sonrisa contagiosa —dijo él, apretando con fuerza la mano de Lisa antes de soltársela para que cogiera el hacha—. Tendrás que utilizar las dos manos. Cuando corto madera, sujeto el hacha por la parte de abajo del mango. Tú no debes hacer eso. La longitud de tu brazo no compaginaría bien con la del hacha. Sujétala desde más arriba. Cuando levantes el hacha, deja que tu mano derecha resbale por el mango y cuando la eches hacia delante, deja que resbale también. Pero hagas lo que hagas, sujétala siempre con fuerza con la mano izquierda. Así.

Rye le mostró cómo se hacía. Lisa trataba de mantener la mirada en el hacha y en sus manos. Era imposible. El movimiento de sus músculos bajo la piel era algo que la fascinaba.

—¿Quieres probar? —preguntó él.

Lisa estuvo a punto de preguntar qué era lo que quería que ella probase. Cuando cogió e! hacha, los dedos de él quemaron sus manos varias veces. Ella notaba la vitalidad de Rye cada vez que la tocaba, pero aquello era más que simple calor humano. Las manos de Lisa eran inseguras cuando se cerraron alrededor del mango del hacha. Repasó mentalmente lo que él le acababa de decir, respiró profundamente, levantó el hacha y la clavó en el tronco.

El filo del hacha rebotó una vez, casi sin rajar la madera. Repitió el movimiento. El filo del hacha rebotó una vez más. Volvió a intentarlo. Ocurrió lo mismo. Nada.

—¿Olvidé decirte que se suponía que tenías que bajar la espalda

también? —preguntó Rye.

—Esto ya me cuesta bastante sin tener que pensar en mi espalda también —murmuró Lisa.

Rye se quedó confundido por un momento. Después recordó la cantidad de temas a los que se habían referido, o no, cada vez que habían dicho la palabra «esto» en ese día.

—Esto cuesta bastante —estuvo de acuerdo Rye.

—No hay duda. En realidad, creo que no puedo más. Aunque lo intentaré, no creas..

Rye trató de no sonreír.

—De acuerdo. Vamos a ver, intentémoslo, esto... intentemos cortar la madera de esta forma. Esto te dará una idea de cómo tiene que el ritmo y el movimiento.

Rye se acercó por detrás a Lisa, y pasó sus brazos alrededor de ella, hasta que sus manos estuvieron colocadas por encima y por debajo de las de ella. Cada vez que ella aspiraba, el aroma de la resina y del hombre que tenía detrás llenaba sus sentidos. La piel de él era suave; caliente, y el vello de sus brazos acariciaba los de ella.

Con cada movimiento que Rye hacía su pecho rozaba la espalda de Lisa, sin dejarla olvidar que no había casi espacio que separara sus cuerpos. Ser consciente de ello, era algo que le producía vértigo; sentía casi que la tierra se hundía bajo sus pies. Hundió el hacha en la madera con fuerza, casi como si pensara que aquel trozo era lo único sólido que tenía a mano en ese momento.

—¿Lisa?

Ella miró con indecisión a Rye. Estaba tan cerca que podía contar cada una de sus pestañas, y cada mota de color en sus ojos. Su boca estaba a pocos milímetros. Si se ponía de puntillas, y se acercaba poco más, podría sentir una vez más sus labios contra los de él.

Rye cogió el hacha, y la hundió en el leño casi sin esfuerzo.

—Acércate más —susurró él, inclinándose hacia ella—. Más cerca Eso es, así.

Rye' dijo las últimas palabras sobre los labios de Lisa, al mismo tiempo que sus brazos se cerraban sobre los de ella. Lisa sintió s pecho, los músculos de sus brazos, y después la presión de su boca soto la de ella. A ciegas, puso las manos en sus bíceps, agarrandose con fuerza de sus músculos como si quisiera saborear al mismo tiempo la dulzura de su beso y la rudeza de su barba crecida. Deseaba que *el* momento no terminara nunca.

De pronto, Rye relajó su brazo, y Lisa se encontró separada de él una vez más.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Rye cortante—. Te entregas a mi por

entero, pero cuando te beso, no ocurre nada. Es como si estuviese besando a mi caballo. ¿Así es como gastas bromas tú?

Lisa se sintió de pronto avergonzada, y al mismo tiempo llena de deseo..

—Pensaba que era a ti a quien le gustaba gastarlas.

—¿Gastarlas? —preguntó él.

—Sí, besándome —dijo ella—. Es una broma para tí, ¿no? Pero me la gastas a mí —respiró profundamente, y continuó a toda prisa—, Sé que estás tratando de mostrarme lo novata que soy, y yo intento seguirte el juego, porque tienes razón, no tengo ni idea de casi nada, y mucho menos de besar. Nunca he besado a nadie excepto a mis padres, y cada vez que me besas rne pongo a sudar y me dan escalofríos, y no puedo respirar, y no puedo pensar y... no sé nada sobre besar... y te burlas de mi, eso es todo. Cuando termines de reírte, podrás volver a enseñarme cómo utilizar un hacha, pero por favor no te pongas tan cerca de mí porque entonces en lo único que puedo pensar es en ti, y siento que se me debilitan las rodillas, y también las manos, así que dejo caer el hacha. ¿De acuerdo?

Dejó de hablar atropelladamente. Lisa miró con ansiedad a Rye, esperando que se echara a reír.

Pero él no estaba riéndose. La estaba mirando, sin poder creer lo que acababa de oír.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó finalmente.

—¿A qué día estamos?

—Veinticinco de julio.

—¿Ya? Ayer cumplí veinte años.

Durante un momento Rye no pudo decir nada. Lisa se quedó inmóvil, temiendo casi respirar. Él la estaba observando sin perderse el más mínimo detalle. Su mirada era tan intensa que era casi... posesiva.

—Feliz cumpleaños —murmuró, más para sí mismo que para Lisa. Después de una última mirada a sus labios, la miró a los ojos-—. Hay una costumbre americana cuando es el cumpleaños de alguien —continuó sonriendo—. Se da un beso. por. cada ano. Y, pequeña, cuando te beso podrán pasar un montón de cosas, pero te aseguro que no intento -de ninguna manera burlarme de ti.

Lisa separó los labios, pero no dijo nada. Estaba mirando la boca de Rye con una curiosidad sensual que era tan inocente como incitante. Rye vio la inocencia en ese momento, antes sólo se había dado cuenta de la invitación.

—¿Nadie excepto tus padres? —preguntó él con voz ronca.

Ella asintió con la cabeza sin apartar la mirada de los labios de él.

Él la cogió de la mano, se llevó la palma a los labios, y la besó.

—Éste es el primero -—le besó e! dedo pulgar—. Éste es el segundo , —le besó el dedo índice—. El tercero.

Lisa no pudo reprimir un pequeño gemido cuando los dientes de Rye se cerraron en su dedo pulgar. No sintió dolor, sólo una sensación de placer que no sabía describir.

—¿El cu... cuarto?

Él movió la cabeza, acariciando su palma con la mejilla.

—No hay límite con los mordiscos. O con esto.

Movió la cabeza lentamente. La punta de su lengua acarició sensualmente la piel que había entre dos dedos. Antes de hacer lo mismo entre el segundo y tercer dedo, probó a morder suavemente antes. Hizo *lo* mismo por toda la mano, primero un pequeño mordisco, y después una caricia con la lengua. Mientras tanto, ella temblaba. Poco a poco, él la fue dejando, acariciándola al mismo tiempo.

—¿Te ha gustado eso? —preguntó él.

—Sí —suspiró ella—. Sí, me ha gustado mucho.

Rye notó el tono de deseo en la voz de Lisa, y se preguntó qué sería escuchar eso una y otra vez, mientras él probaba cada trozo de su piel hasta que ella gimiera el sí final, y él entrara en su cuerpo. La idea de estar dentro de ella hizo que le recorriera un escalofrío. Sentir las vibraciones que subían desde la punta de los pies de ella, hasta los dedos de sus manos, no hacía nada para enfriar su propio deseo.

—¿Te ha gustado que mis labios se estrecharan contra los tuyos? '. —preguntó él.

Pero antes de que terminara la pregunta, se había inclinado hacía ella, ya que había visto la respuesta en su forma de mirarle. Ella cerró los ojos, mientras volvía su cara hacia él con la inocencia y confianza de una flor que desea el calor del sol. La inocencia de ella atravesaba su deseo con una dulzura que era casi dolorpsa. Rye sabía que. debía decirle que no confiara tanto en él; era un hombre y deseaba poseer los-secretos de su cuerpo, deseaba acariciar toda su piel, sentirla por; entero, pidiéndole más, gimiendo de placer.

—Acércate más —susurró él—. Acércate. Quiero sentirte poniéndote de puntillas para abrazarte a mí otra vez. Más cerca... sí.

Rye gimió de placer cuando Lisa le abrazó los hombros desnudos y se juntó más a él. La besó casi con violencia, y sintió que ella se ponía rígida por la sorpresa cuando él trató de explorar sus labios con la lengua. Con esfuerzo, se obligó a relajar su abrazo, a pesar de que su cuerpo le decía otra cosa; Apoyó su frente sobre la cabeza de ella, luchando por calmar su respiración, su pasión.

—¿Rye? —preguntó ella, confundida e insegura.

—No pasa nada —levantó la cabeza, y volvió a agacharla una vez más hacía ella—. Sólo déjame... una vez... tu boca... oh, cielo, déjame entrar. Seré dulce esta vez... tan dulce.

Antes de que Lisa pudiera decir una palabra, los labios de Rye estaban sobre los suyos una vez más. Saboreó la suavidad de sus labios, pero esa vez despacio, dejando que ella percibiera que la intensidad se hacía cada vez mayor. Lisa le rodeó los hombros con más fuerza, atrayéndole inconscientemente hacia ella. Cuando sintió que sus dientes se cerraban con deseo sobre su labio, gimió casi con desesperación.

Lisa abrió los labios, y tembló al sentir la lengua de Rye en su carne. Sus caricias hacían que empezara a perder la noción del tiempo; lo único que deseaba era más y más.

Lisa gimió al sentir con más intensidad la lengua de Rye dentro de su boca. Una sensación extraña se centró en su vientre. Aquello era la pasión que hacia que todo se desvaneciera a su alrededor. Se abandonó ante lo que su cuerpo le pedía, dándole a él lo que ella misma estaba recibiendo, disfrutando con cada nueva sensación.

Después de un largo rato, Rye empezó a relajar el abrazo. Dejó que Lisa posara la cabeza sobre su pecho, mientras trataba de controlar sin conseguirlo el deseo que endurecía todo su cuerpo. Cuando se dio cuenta de que a ella le estaba pasando exactamente lo mismo, no pudo reprimir un gemido de deseo. Ella era demasiado inocente; un pequeño beso había conseguido que temblara de pasión por él.

—El quinto —murmuró Lisa finalmente, frotando su mejilla contra el pecho de Rye—. No puedo casi ni esperar el sexto.

—Yo tampoco. Pero voy a dártelo aunque pueda morir en el intento. Y creo que podría ocurrir.

Rye se dio cuenta de que ella parecía sorprendida, y sonrió.

—Eres como un gatito curioso. ¿No te dijo tu padre que la curiosidad puede matar al gato?

«Y la satisfacción devolverte a la vida».

Esa frase resonó en la mente de Rye, pero no le tranquilizó. No quería aprovecharse de la inocencia de Lisa seduciéndola antes de que ella tuviera tiempo para decir que no. Su conciencia no le dejaría tomar a una mujer que ni siquiera sabía quién era realmente él. Pero tampoco se lo iba a decir. No quería que dejara de desearle por sí mismo y que empezara a hacerlo por su dinero.

Pero a pesar de todo la deseaba. La deseaba demasiado. Pero no iba a tomar. Podía tener sexo de miles de mujeres. Pero la sonrisa

inocente de Lisa sólo podía dársela ella.

Capítulo Siete

Lisa canturreaba mientras cortaba la nueva camisa de Rye. Era gris, aunque con pequeños matices de azul y verde. Ese color le recordaba sus ojos cuando la estaba mirando. Y Rye siempre la estaba observando. Desde el momento en que su caballo negro entraba en el prado, hasta que Diablo se adentraba en el sendero que se dirigía al rancho.

Pero eso era todo lo que hacía. No la besaba. No la abrazaba. No la cogía de la mano, ni le ofrecía enseñarle a utilizar el hacha. Era como si aquellos momentos que habían pasado tratando de cortar leña, no hubieran tenido lugar. Seguía riéndose con ella, burlándose hasta que se ponía colorada, y la miraba con deseo, pero no la tocaba. La única vez que Lisa había sacado el tema de los besos de cumpleaños, y de los que le faltaba por darle, él había sonreído casi sin expresión, y le había dicho que no era su cumpleaños. -

Entonces fue cuando Lisa se dio cuenta de que no sólo no iba a volver a besarla, sino que además tenía mucho cuidado en que no se rozarán ni siquiera de un modo fortuito. Pero iba al prado casi todos los días, aunque sólo fuera para unos cuantos minutos. A pesar de la distancia que había puesto entre ellos, Lisa sabía intuitivamente que había algo más aparte del prado que hacía que cada día recorriera el largo sendero desde el rancho.

«Es sólo que es pobre y orgulloso, eso es todo», se dijo a sí misma, mientras terminaba de cortar la última pieza de la camisa. «No tiene dinero para pedirle a una chica que salga con él, y es demasiado orgulloso para cortejar a una mujer a no ser que tenga dinero en el bolsillo. Pero la fiesta del Jefe Mac es gratis. Entonces, ¿por qué no me ha pedido Rye que vaya con él?», dijo una voz en el fondo de su mente.

«Porque la ropa bonita cuesta dinero, y todo el mundo va bien vestido a una fiesta, esa es la razón. Pero esta camisa no le costará nada, y no puede negarse a que se la regale porque es lo que le debo por la que se rompió cortando leña para mí».

Satisfecha con su contestación, Lisa siguió canturreando mientras colocaba los objetos sencillos que utilizaría para coser !a camisa. Aguja, hilo, tijeras y la habilidad de sus propios dedos sería todo lo que usaría, porque eso era todo lo que tenía. También era todo lo que necesitaba. Se había dedicado a coser ropa de una clase u otra desde que había tenido la edad suficiente para sostener una aguja sin que se le cayera al suelo. El patrón para la camisa lo había tomado de la vieja de Rye, de la cual había separado las piezas cuidadosamente.

Utilizando las viejas había cortado las nuevas. La única alteración que había hecho había sido añadir más de dos centímetros en los hombros, ya que la vieja había resultado ser demasiado estrecha para cuando tenía que trabajar.

El único problema que había tenido habían sido los botones. Había pensado en pedirle a Lassiter que le comprara unos, pero ahora sólo iba al prado una vez a la semana. Además, no creía que fuera justo pedirle que empleara su tiempo libre en comprar unos botones para la camisa de otro hombre. Había intentado tallar los botones en madera, pero le habían parecido demasiado bastos para una tela tan fina corno la que estaba utilizando. Entonces había descubierto la solución al problema prácticamente a sus pies. Todos los años a los ciervos se les caían sus viejas cornamentas, y desarrollaban otras nuevas. La técnica de dar forma a las cornamentas para convertirlas en objetos útiles era muy antigua. Esculpir las cornamentas y los huesos era una de las artes arcaicas que Lisa había aprendido.

Como en la mayoría de las técnicas primitivas lo primero que se requería para terminar un objeto era tiempo, paciencia y más tiempo aún. Eso no era un problema para ella. En el prado había vuelto a caer en el hechizo de los ritmos lentos de las tribus, donde la paciencia no era difícil ya que no había nada por lo que salir corriendo. Había disfrutado viendo cómo los botones iban tomando forma poco a poco. Se había divertido limpiándolos uno a uno escrupulosamente, pensando en el placer que tendrían los dedos de Rye cada vez que los tocaran. Y lo mismo había ocurrido mientras trabajaba en la suavísima textura de la tela; pero la mayor satisfacción la tenía cuando pensaba en lo orgulloso que Rye se sentiría cuando la llevara.

Canturreando una canción de trabajo cuyos ritmos eran tan antiguos como las técnicas que utilizaba, Lisa unió las piezas de la camisa para coserlas después. Cuando finalmente hizo una pausa para comer, recordó que había calentado agua para lavarse. Comprobó la temperatura del agua que había en el barreño que Rye había colocado al sol para ella. Estaba templada. Sacó una palangana de agua y se la llevó a la cabaña, donde se lavó. Cuando estuvo limpia, se puso una blusa azul pálido que había comprado en un mercado al otro lado del mundo. Uno de sus dos pares de vaqueros viejos se había terminado de estropear a la altura de las rodillas, así que los había cortado para dejarlos en un par de shorts. En agosto, en el prado hacía mucho calor, así que llevar las piernas desnudas le iba bien.

Cuando Lisa salió de la cabaña, se contuvo cuidadosamente de mirar en dirección al sendero. Si a Rye se le ocurría ir al prado ese

día, sería al caer de la tarde. Normalmente se quedaba sólo unos minutos, le preguntaba si necesitaba algo o si se había sentido bien, o si tenía algún corte o torcedura que pudiera necesitar atención. Ella contestaría no, sí y no, por orden, y después hablarían durante un rato sobre el prado y las hierbas, y el paso de las estaciones.

Y se mirarían, y sus ojos estarían llenos de todo lo que no había sido dicho ni realizado aún.

Lisa hizo una mueca de sorpresa al ver su reflejo en el agua que aún quedaba en el barreño. El tiempo que había pasado en el prado había conseguido que su piel tuviera un color más dorado, e incluso que pareciera más sensual que antes. También su boca era diferente. Sus labios estaban de algún modo más llenos, más húmedos. Eran una invitación para que Rye los besara, eso si alguna vez lo volvía a hacer. Lisa sacó una palangana más de agua del barreño, se desató las trenzáis, y metió su melena rubia en el agua. Se quedó fuera para lavarse el pelo, sabiendo por experiencia que si no mojaría toda la cabaña..: Suelto, el pelo le llegaba hasta las caderas, era fino y un poco rizado. Se lo secó con la toalla, y se peinó moldeándolo con las manos. Después, sintiéndose un poco vaga, llevó su saco de dormir hasta el prado. Se sentó con las rodillas juntas, dejando que el pelo le cayera sobre la espalda y las caderas para que se secara. La brisa, el calor del sol, y el murmullo de los insectos provocó que al cabo de un rato se le fueran. cerrando los ojos. .Después de un momento dejó de luchar contra el sueño y sé quedó dormida.

Cuando Rye atravesó la verja y entró en el prado, su corazón se detuvo por un momento porque pensó que lo único que cubría el cuerpo de *Lisa, era su* propio pelo, Moviéndose al ritmo de la brisa, su pelo parecía de seda. Se quedó inmóvil, sintiéndose como si hubiera traspasado la intimidad de una ninfa que había estado oculta hasta ese momento a los ojos del hombre.

Entonces la brisa volvió a soplar, echando el pelo de Lisa hacia un lado y revelando su cuerpo. Rye sabía que debía darse la vuelta, correr hacia la cabaña, desatar a Diablo, y cabalgar a toda prisa hacía el rancho. Sabía que si iba hacia allí, y se arrodillaba al lado de Lisa, no podría evitar tocarla.

Y sabía que una vez que la hubiera tocado, no podría detenerse. La deseaba demasiado como para confiar en sí mismo.

«Pues dile quién eres».

«¡No! No quiero que esto acabe tan pronto. Nunca me he divertido tanto con una persona en toda mi vida. Si nos hacemos amantes tendré que decirle quién soy, y entonces todo se vendrá abajo»

«De modo que no la toques».

Pero Rye ya estaba arrodillándose al lado de Lisa; la suavidad de su pelo le quitó todo lo demás de la cabeza. Con cuidado, cogió los mechones de pelo, y empezó a acariciarlos. Parecían tener vida. Se elevaban y retraían entre sus manos casi como si pidieran más caricias. Aquella suavidad hizo que a Rye le recorriera un escalofrío. Alzó el pelo hasta sus labios y escondió su cabeza, aspirando profundamente.

Lisa se despertó con languidez. Guando abrió los ojos vio que él estaba a su lado, y que su pelo estaba encima de su cuerpo. Notó más que sintió que su larga melena estaba entre sus dedos, casi como si cada .mechón le llevara hacia él, y a él hacia ella.-

Entonces Rye abrió los ojos, y Lisa no pudo respirar. La pasión ardía en ellos, mezclada con una necesidad y emoción que le llegó hasta dentro. Le miró fijamente y vio la verdad que había intuido la primera vez que él había entrado a caballo en el prado y la había encontrado cortando madera. Ella no tenía defensas contra esa verdad elemental, no tenía defensas contra él.

—No quería despertarte —dijo él con voz ronca.

—No me importa.

—Debería. Eres demasiado inocente. No deberías dejar que esté cerca de ti. Confías demasiado en mí.

—No puedo evitarlo —dijo ella en voz baja, pero sin titubeos—. He nacido para ser tu mujer. Lo supe en el mismo instante en que me di la vuelta y te vi sentado como un guerrero en un caballo tan negro como la noche,

Rye no podía soportar la honestidad y certeza que había en los maravillosos ojos de Lisa. Cerró los ojos, y un escalofrío recorrió su cuerpo.

—No—dijo él bruscamente—. No me conoces.

—-Sé que eres duro y lo bastante fuerte para herirme, pero no lo harás. Siempre has sido muy atento conmigo, más amable y protector que la mayoría de los hombres lo son con sus propias mujeres y hermanas. Estoy segura contigo. Lo sé, como también sé que eres inteligente, temperamental, divertido y muy orgulloso.

—Si un hombre no es orgulloso, duro, y no está dispuesto a luchar, el mundo se le echaría encima.

—Sí, eso lo sé también —dijo Lisa—. He visto que eso ocurría en todas las culturas, aunque fueran primitivas y sin civilizar —observó cómo Rye se acariciaba la mejilla con su melena—. ¿Te he dicho que eres muy guapo y que tienes unos dientes blanquísimos?

Rye se echó a reír sin poder evitarlo. Nunca había conocido a nadie como Lisa... irónica, honesta, y con una capacidad de divertirse

que se notaba en todo lo que decía o hacía.

—Eres única, Lisa.

Ella sonrió tristemente. Había sido única en todos los sitios a los que había ido con sus padres. Siempre observando, nunca formando parte de ese algo llamado humanidad. Había pensado que sería diferente en América, pero no había sido así. Había habido un momento cuando Rye había estado cerca de ella, en que no -se había sentido distinta. Y cuando la había besado, había notado las corrientes de deseo fluir por su sangre, haciéndola sentirse más viva que nunca.

Lisa trazó tanteando la curva del labio inferior de Rye con su dedo índice. Él se apartó rápidamente ante la caricia potente, sin confiar en si podría controlarse. Ella no pudo disimular que se había sentido, herida por su rechazo.

—Lo siento —dijo—. Cuando me desperté y te vi, y tenías la cara escondida entre mi pelo... —se interrumpió. Le miró, sonriendo a modo de disculpa—. Supongo que soy tan novata con los hombres que entiendo una cosa por otra. Pensé que querías...

Lisa volvió a interrumpirse. Tragó saliva, y miró a Rye, tratando de leer su expresión, pero no había nada en ella. Sólo sus ojos estaban vivos, brillando de deseo, ese que estaba tratando de controlar. Ella no sabía eso; sólo sabía que él se había apartado cuando le había acariciado. Él cerró los ojos, y ella, al ver lo rígida que parecía su expresión, creyó que estaba forzándose a ser amable con ella, de modo que no dijo nada.

Lisa se volvió de espaldas, pero se dio cuenta de que seguía unida a él por su pelo que aún estaba entre sus dedos. Tiró levemente una vez, tratando de liberarse sin llamar su atención. Poco a poco se fue dando cuenta de que él la estaba atrayendo hacia sí.

—Tenemos que hablar, pequeña, pero no ahora. Por una vez en mi vida, voy a saber lo que es ser deseado como un hombre. Un hombre cuyo nombre es Rye.

—No lo entiendo —murmuró Lisa mientras Rye se inclinaba hacia ella.

—Lo sé. Pero esto sí lo entiendes, ¿no?

Lisa dejó escapar un pequeño gemido al sentir los labios de Rye sobre los suyos una vez más. El beso se hizo más insistente, y ella abrió los labios, esperando que la lengua de él entrara en su boca. Pero Rye se negó a esa pequeña consumación mientras movía sus labios con seducción contra los de ella.

—Más —murmuró la chica—. Por favor.

Lisa sintió más que oyó la carcajada de Rye. Abrió los ojos, y se

encontró con que él la estaba mirando fijamente.

—¿No he debido decir eso? —preguntó ella.

—Di lo que te apetezca—dijo él, con voz ronca—Me encanta oírte, sentir que te aprietas contra mí para sentir mis besos con intensidad, saber que me deseas. Eso es lo que me fascina más. Que me deseas y saber que soy yo, sólo yo, el que te hace temblar.

Lisa metió sus dedos entre el pelo de Rye, y le empujó hacia ella. Con la misma sensualidad que él le había enseñado hacía unas semanas, trazó la línea de sus labios con la lengua antes de empezar a mordisquearlos. Cuando sintió el escalofrío que recorrió el cuerpo masculino, sonrió y se separó despacio.

—Temblar forma parte del deseo, ¿no es así? —preguntó ella suavemente.

Rye cerró los ojos y contó en silencio los latidos de su corazón. La idea de hacer el amor con una mujer tan honestamente sensual y sensualmente honesta como Lisa, hacía que le faltara poco para perder totalmente el control.

Pero ella era tan inocente que tenía miedo de asustarla antes de haber llegado a excitarla totalmente.

—¿Querrás...? —ella se tapó la boca con la mano.

—¿Quieres que te bese? —preguntó él, mirándola fijamente.

—Sí—dijo ella, suspirando.

—¿Cómo quieres que te bese? ¿Así? —los labios de Rye rozaron los de Lisa—. ¿O así? —volvió a hacer lo mismo, pero persistió un poco más—. ¿O así? —dibujó sus labios con la lengua y entró dentro de ellos hasta que Lisa gimió suavemente, y se ofreció para que el beso se hiciera más profundo—. ¿*Es* esto lo que quieres? —susurró él.

Lisa sintió finalmente que la lengua húmeda de Rye entraba por entero dentro de su boca, y sintió que su cuerpo se endurecía. Él la exploraba con sensualidad, haciendo que se deshiciera con él, moviéndose a su mismo ritmo. Lo que había empezado como un simple beso se convirtió en la consumación que tanto había esperado. Le abrazó con más fuerza, olvidando lo que le había dicho de que no debía confiar en él, sabiendo únicamente que estaba entre sus brazos, y que era incluso mejor que como lo había soñado. Cuando Rye dio por terminado el beso, ella gimió y le abrazó por el cuello, pidiendo más.

—Shh —dijo Rye, mordiendo suavemente la lengua de Lisa—. No voy a ninguna parte si no es contigo- Vas a estar conmigo todo el tiempo, aunque muera en el intento... todo el tiempo. Recambió de sitio lentamente, colocándose mejor en el. saco de dormir, mientras le besaba el pelo. Sin dejar de mirarla, se apretó juntó a ella y le

acarició la mejilla. Lisa le cogió la mano, y la besó antes morderla sin muchas contemplaciones. Él gimió de placer. Sus ojos tomaron un color diferente mientras miraba la boca y el pecho de que se discernía bajo la blusa.

Continuó acariciándole la garganta, y después, lentamente, los dedos se deslizaron por debajo del cuello de la blusa. Ella no llevaba sujetador, de modo que pronto alcanzó su pecho para acariciarle: pezones. Ella gimió sorprendida y al mismo tiempo de placer, y puso su mano sobre la de él como queriendo evitar que volviera a acariciarla de un modo tan íntimo otra vez.

—¿Me estás diciendo que no quieres que te haga esto? —

Rye, moldeando la forma de su pecho, y acariciando su pezón de un modo muy sensual.

Lisa experimentó todo tipo de sensaciones en su cuerpo que le impedían hablar. Gimió suavemente, y se arqueó ante las caricias de Rye.

—Eso es —murmuró él, sin dejar de acariciarla, escuchando sus suaves gemidos, sintiendo los ecos de su placer en su propio cuerpo que cada vez estaba más excitado—. Dime qué es lo que quieres, pequeña. Te lo daré. Todo lo que quieras, todo lo que jamás has imaginado.

—Quiero... —Lisa no podía hablar, mientras Rye continuara provocando ese tipo de sensaciones por todo su cuerpo—. Yo...

Lisa se dio por vencida en su intento por hablar. Apretó la mano de Rye contra su pecho, pidiendo en silencio que le diera más. Sonriendo, él apartó su mano de la de ella, y terminó la caricia que había conseguido que toda la piel de Lisa ardiera de pasión.

-¿Rye?

—¿Sí? —preguntó él.

Desabrochó el primer botón de la blusa, después el segundo, después el tercero. Cuando empezó a quitarle la prenda, Lisa gimió sorprendida. Sus manos agarraron la prenda medio quitada y se tapó con ella.

—¿No quieres que te acaricie? —preguntó Rye suavemente.

—Yo... yo nunca... No lo sé.

—Tu cuerpo sí lo sabe. Mira.

Lisa miró su pecho. Los pezones estaban erectos, sobresaliendo por debajo de la blusa, suplicando que fueran acariciados otra vez. Mientras ella observaba, los dedos de Rye dibujaron el círculo de un pecho, después del otro, haciendo que los pezones sé endurecieran más aún, y provocando sensaciones por todo el cuerpo de ella.

—Te gustará todavía más sin la prenda —murmuró Rye, sonriendo

mientras escuchaba los gemidos que él mismo estaba provocando en Lisa—. Déjame verte, pequeña. No te tocaré a no ser que tú quieras que lo haga. ¿De acuerdo?

Lisa asintió lentamente con la cabeza; temía que su voz no le respondiera si intentaba hablar.

Sin dejar de mirar a Lisa a los ojos, Rye le quitó poco a poco la blusa. Después sus caricias se hicieron más intensas. Vio que ella tenía los ojos medio cerrados, sintió cómo se estremecía mientras a su pecho le llegaba el primer rayo de sol.

—Sí —-susurró Lisa, moviéndose lánguidamente—. Sí. La luz del sol es tan maravillosa que casi me hace daño, pero no me hace sentir ni la mitad de bien que cuando tú me acaricias.

Rye gimió ante la inesperada ola de pasión que sintió dentro de sí. Ella era todavía más bella de lo que había esperado, lo era tanto que parecía imposible. Su pecho era suave, lleno de vida, su piel pálida, y su pezón parecía invitarle a que su lengua lo probara.

Lisa se dio cuenta de que el cuerpo de Rye se había endurecido, y también vio su expresión mientras observaba su pecho desnudo.

-¿Rye?

El pulso de Rye se aceleró cuando Lisa pronunció su nombre con un tono de deseo que acompasaba perfectamente con el que él mismo sentía. Su cuerpo estaba tan lleno de ansiedad que apenas podía pronunciar palabra.

—Me estás quemando por entero —dijo *él* con voz ronca—, y apenas te he tocado. Eres tan inocente... Pero yo no lo soy. Te deseo tanto que me duele todo el cuerpo. Deseo desnudarte, oírte gritar *mi* nombre cuando te acaricie donde ningún otro te ha tocado. Quiero besarte por todo el cuerpo, que mi pecho se junte con el tuyo, trazar la línea de tu vientre con mi lengua, saborear la piel suave que hay entré tus muslos, acariciarte de todas las formas en que un hombre puede acariciar a una mujer. Pero eres tan malditamente inocente, que te asustaría con sólo besar tu pecho.

Lisa intentó decir algo, pero no pudo. Las palabras de Rye habían sido como caricias que le habían robado el aliento.

--¿Entiendes lo que te estoy diciendo? —preguntó él bruscamente —. No estoy hablando de darte unos cuantos besos más y después irme a mi casa. Estoy tratando de decirte que quiero estar tendido desnudo a tu lado, y acariciarte de formas que no puedes ni imaginar, y cuando no puedas soportarlo más, empezaré desde el principio otra vez hasta que estés tan fuera de tí que ni siquiera sepas tu propio nombre.

Lisa abrió más los ojos, y dejó escapar un suspiro.

—Y entonces será cuando te tomaré, y tú rne tomarás a mí, durante un momento no existirás ni tú ni yo, sólo nosotros disfrutando del placer por el que la gente llega a matar o a morir —hizo una pausa—. ¿Lo entiendes? Si sigo acariciándote del modo en que tu cuerpo me está pidiendo que lo haga, no saldrás de este prado

Capítulo Ocho

Lisa observaba a Rye con los ojos muy abiertos. Abrió la boca para decir algo, se mojó los labios e intentó pensar con claridad. Era imposible. Las palabras de Rye le habían trastornado hasta el punto que estaba temblando. No había pensado en lo que estaría sintiendo él con sus besos. Sabía que debía haberlo hecho. Era inocente pero no estúpida.

—Lo... lo siento —dijo ella, odiando saber que le había herido—. No estaba pensando en lo que esto significaría para ti. No quería hacerte daño.

Cuando Rye vio la expresión tensa de Lisa, maldijo para sí, y se sentó de un salto. Después, cerró los ojos, porque si seguía mirándola, se acercaría a ella, la besaría despacio, profundamente, y la seduciría antes de que tuviera oportunidad para decidir por sí misma.

De pronto, él notó el calor de su aliento en la mano un instante antes de que sus labios rozaran su piel. Entonces ella se llevó la mano de él a la mejilla y empezó a murmurar disculpas. Rye sintió que el cuerpo de Lisa temblaba y supo que en ese momento ella se sentía tan temerosa e infeliz como llena de-pasión. Darse cuenta de-ello hizo que -se arrepintiera de lo que había hecho, y enfrió el deseo que casi le había hecho perder el control de sí mismo.

—No es culpa tuya —murmuró Rye, atrayendo a Lisa hacia sí para abrazarla con cariño—. Es mía. Sabía hacia dónde iba. Tú no —sonrió con ironía—. Pero no sabía que podía desear a una mujer de la forma en que te deseo a ti. Me cogió por sorpresa —la besó en la mejilla, y notó sus lágrimas—. No llores, pequeña. No pasa nada. Ahora me conozco mejor que antes, y no haré nada que tú no quieras. Podrás tener tantos besos como quieras, como los quieras, donde los quieras.'Pero no tengas miedo de mí. Nunca te forzaría a hacer nada.Lisa. Lo sabes, ¿no?

Sus palabras tranquilizaron a Lisa, pero no tanto como los beso que le estaba dando en la frente, en las mejillas, en la punta de su nariz y en las comisuras de los labios. Después de un momento, lanzó un grato suspiro y empezó a relajarse pegada al pecho de él. Rye deseó estar desnudo para sentir la suavidad de su pelo por toda la piel. Volvió la cabeza hacia la melena, y aspiró profundamente, mientras se acariciaba la mejilla con los mechones.

Lisa sintió un extraño estremecimiento en el estómago al ver el placer que Rye estaba sintiendo tocando su pelo. Recordó el momento en que se había despertado, y se había encontrado a Rye jugueteando con el. Recordó cuando hacía unas semanas él había cogido su palma

de la mano, y jugueteando había pasado su lengua por cada uno de sus dedos, para después mordisquearla suavemente hasta que ella gimió de placer. La idea de que todo su cuerpo pudiera tener las mismas sensaciones hizo que se le pusiera el vello de punta, de caler y sensibilidad. Corrió un poco de brisa, y ella se ajustó con desgana la blusa.

—Lisa —susurró Rye.

Ella se volvió y se dio cuenta de que él estaba mirando *su* pecho, que se marcaba bajo la tela de la blusa.

—¿Confías en mí lo bastante como para dejar que te acaricie otra vez?

—Sí. No. Oh, Rye, confío en ti, pero no quiero ponértelo mas difícil. No es justo que tú puedas resultar herido cuando haces que yo me sienta tan bien

—No pasa nada —dijo él, abrazándola por la cintura—. No pasa nada, pequeña. Los dos nos sentiremos bien. A no ser que no lo desees. --Contuvo el aliento mientras-trataba de controlarse. Su mano estaba justo debajo del pecho de ella, esperando.

—¿Desear qué? —preguntó ella en voz alta, confusa por el nerviosismo de ser virgen y la pasión que le quemaba por todo el cuerpo.

Él sonrió con ironía.

—Mi mano, y después mi boca. Aquí. Comiéndote poco a poco, saboreándote, amándote. ;

Él se inclinó hacia ella y casi tocó con los labios un pezón de Lisa. En lugar de tomarlo entre sus manos, o besarlo, se dedicó a soplarlo como si fuera una vela. Lisa se echó a reír ante la extraña caricia, pero la carcajada se convirtió en un gemido-de placer cuando él acarició su pecho totalmente.

Sin pensar, Lisa arqueó su espalda, intentando acercar más aún su pecho a la boca de Rye. El mundo empezó a dar vueltas a su alrededor cuando él la levantó, y la estrechó contra sí. Entonces metió la cabeza entre la melena de ella, mientras con la otra mano, hacía que acercara Ja cabeza más y más hacia él.

—Más —murmuró Rye con voz ronca.

Lisa no entendía, pero sintió que él tiraba con fuerza pero no con delicadeza de su cabeza. La sensación era tan sensual que echó la cabeza aún más para atrás y se restregó contra su mano como si fuera un gato- Su espalda se arqueó aún más con el movimiento, estirando su pecho desnudo, haciendo que su pezón se endureciera más.

—Eso es, pequeña —murmuró Rye, sin dejar de acariciar su pelo de modo que la obligaba a acercarse más a su boca. Él se inclinó

hacia ella, pero siempre sin llegar a tocarla totalmente para que el placer durara más—. Sí, así. Te gustará todavía más de esta manera... y a mí también.

Lisa arqueó su espalda totalmente, haciendo que sus pezones tocaran por completo los labios de Rye. Sólo que no eran los labios los que le acariciaban, sino la punta de su lengua. La caricia inesperada hizo que su espalda se arqueara hasta llegar a lo imposible. Él pasó un brazo por debajo de su cintura, mientras con la boca le acariciaba de mil maneras diferentes. Lisa hundió sus uñas en los hombros de él, y susurró su nombre de un modo que demostraba el deseo que la estaba abrasando por dentro.

Con un movimiento rápido, Rye cambió de posición para acariciar el otro pecho de Lisa, que aún estaba cubierto por la blusa, pero que a pesar de todo se endureció rápidamente ante-los -pequeños mordiscos de Rye. Lo que los dos sentían era auténtica hambre del otro, pero el momento lo estaban alargando para sentir más placer.

Lisa estaba totalmente fuera de sí. No sintió que le desabotonaba el resto de la blusa, ni que se la quitaba. Sólo sentía el calor que traspasaba sus pechos, llenándolos de pasión. Entonces, él entrelazó sus manos entre las de ella, y las puso por encima de la cabeza de Lisa, quien curvó la boca en una media sonrisa.

—No te detengas —se quejó Lisa, restregando su cuerpo contra el de él—. Por favor, Rye, no te detengas.

Pero sus ruegos se vieron interrumpidos por la lengua de Rye, que -entró con violencia en su boca, arrastrando sus ansias con ella. Ella le besó a su vez, con la misma intensidad, juntando su cuerpo con el de él. Los labios de Rye se apretaron contra los de ella, controlando sus movimientos salvajes, haciendo que cogieran el ritmo del acto del amor. Ella no protestó. Le deseaba tanto como él a ella. Nunca había deseado algo tanto. Sintió que él colocaba las caderas sobre sus piernas, abriéndolas. Entonces, ella se arqueó de nuevo al descubrir un nuevo centró de placer, y gimió de miedo ante las sensaciones que recorrían su cuerpo.

—¡Rye!

—Tranquila, pequeña, tranquila —dijo él, tratando de controlar la necesidad que sentía de ella—. No pasa nada —se volvió hacia un lado, llevándose a Lisa con él. Durante largo rato se dedicó a tranquilizarla con palabras cariñosas, con caricias que pretendían calmar más que excitar—. Eso es, cariño. Sigueme. No hay prisa. Aquí estamos los dos tratando de disfrutar del otro. Sólo nosotros y todo el tiempo del mundo.

Lisa abrazó a Rye mientras éste la tranquilizaba con voz suave, a

pesar de las olas de pasión que sentía cada vez que tos pechos de ella le rozaban. Al cabo de unos minutos, él empezó a desabrocharse la camisa lentamente. Al ver el contraste que su pecho moreno y musculoso hacía con el suave y blanquecino de ella, consiguió que su erección se hiciera más patente por debajo de la tela de sus vaqueros. Ignoró la urgencia que le reclamaba su sexo, sabiendo que tanto si hacía a Lisa suya ese día, o no tomaba de ella nada más que sus besos, desde luego se merecía algo más que un hombre con prisas y fuera de control.

—Cada vez que te miro, te veo más y más preciosa —le dijo Rye al oído. Mordió su lóbulo con suavidad, después con más intensidad, disfrutando del modo en que ella se movía con cada una de sus caricias. Pasó la mano por debajo de la espalda de ella atrayéndola hacia sí—.¿Consigo que te sientas tan bien como tú haces que me sienta yo?.

Lisa se rió con nerviosismo. Ya no tenía miedo de las sensaciones nuevas que estaba experimentando. Ahora tenía curiosidad, se sentía. inquieta, deseosa de saber a dónde llevaba todo ese placer.

—Sí. Nada podría hacer que me sintiera mejor que lo que tú me estás haciendo.

Mientras hablaba, devolvía cada caricia que le hacía Rye con su expresividad, qué era el mayor excitante que Rye habría podido encontrar.

—¿Te gustaría...?

Lisa se interrumpió al sentir que la rodilla de Rye se movía entre sus piernas, abriéndolas. La dureza de su muslo acariciándola, hizo que una nueva ola de placer recorriera su cuerpo. Gimió de sorpresa, y le miró entre asustada y extasiada.

—¿Me gustaría...? —preguntó Rye, moviéndose deliberadamente entre los muslos de Lisa, tratando de acostumbrarla a ser acariciada.

—¿Te gusta que te acaricien? —preguntó ella con voz temblorosa.

—Sí —se inclinó y le besó lentamente—. ¿Quieres acariciarme?

—Sí, pero...

—¿Pero?

—No sé cómo hacerlo —admitió Lisa, mordiéndose el labio—. Quiero que te guste tanto, como tú haces que me guste a mí.

Rye cerró los ojos por un instante, luchando contra la urgencia que sentía de empujar las manos de Lisa sobre su cuerpo.

—Si consigues que me sienta aún mejor que ahora —dijo él con voz ronca—, será increíble —sonrió—. Pon tus manos sobre mi cuerpo. En cualquier parte. En todas partes. Donde quieras. Deseo que me acaricies. Lo necesito, pequeña. No sabes cómo lo necesito.

Las manos de Lisa temblaban a medida que se acercaban a la cara de Rye. Trazó la línea de sus cejas, después la de su nariz para acabar en su oreja. Cuando esa última caricia hizo que Rye gimiera, volvió a repetirla, pero en esa ocasión su boca se encargó de hacerla. Con la delicadeza de un gato, la punta de su lengua recorrió cada curva de su oreja hasta que notó que a Rye le recorría un escalofrío de placer.

—Té gusta esto —murmuró ella.

—Oh, no lo se ---dijo él con voz ronca—. Podría haber sido. una coincidencia. Creo que será mejor que lo intentes otra vez.

Ella le miró asombrada, y después sonrió.

—Te estás burlando de mí.

—No, pequeña. Eres tú quien se esta burlando de mí.

Él gimió cuando los dientes de Lisa se cerraron en el lóbulo de su oreja.

—¿Quieres que deje de burlarme de ti?—preguntó ella, riéndose.

—Pregúntamelo dentro de una hora.

,

—¿Una hora? —preguntó Lisa—. ¿Se puede soportar tanto placer durante tanto tiempo?

—No lo sé —admitió él—, pero merecerá la pena morir sólo para comprobarlo.

Lisa no respondió, ya que sus labios estaban ocupados tratando de * averiguar la diferencia de textura que había entre la barbilla y la oreja de Rye. Él no se quejó de la falta de conversación; se limitó a volverla cabeza ligeramente, dándole más facilidades para que explorara su boca también. Pero al instante, Lisa se tropezó con su camisa. Él se levantó rápidamente, se la quitó, y la tiró sin ni siquiera mirarla. Pero cuando volvió a tumbarse, tuvo miedo de que haberse quitado la camisa hubiera sido un error. Ella le estaba mirando corno sí nunca hubiera visto a un hombre desnudo de cintura para arriba.

—¿Quieres que me la vuelva a poner? —preguntó con calma.

Ella le miró a los ojos después de un instante.

-¿Qué?

—La camisa. ¿Quieres que me la vuelva a poner?

—¿Tienes frío?

.—No precisamente. Es sólo que parecías... sorprendida... cuando me la quité.

—Estaba acordándome del día que te acercaste al arroyo después de haber estado cortando leña. Te echaste agua en el pecho y en los hombros, y cuando te pusiste de pie, las gotas eran como diamantes líquidos a la luz del sol. Quise secar con mis labios cada una de ellas. ¿Te habría gustado eso?

—Oh, pequeña —susurró él,

Rye la besó de un modo que no necesitaba más palabras. Estaba demasiado satisfecho con lo que le había dicho. Finalmente, y con desgana, se separó de ella, porque sabía que no podía controlarse más. Se tumbó en el saco, y entrelazó los dedos en su pelo, soló para no caer en la tentación de acariciar los pezones de Lisa que se erguían excitantes esperando ser tocados.

—¿Qué tal memoria tienes? —preguntó él.

—Me han dicho que es bastante buena.

—Cierra los ojos y recuerda cada gota de agua que viste sobre piel. ¿Puedes hacerlo?

Con los ojos cerrados y sonriendo, Lisa dijo:

—Oh, sí.

—Son todas tuyas. Lo único que tienes que hacer es tomarlas.

Lisa abrió los ojos. Miró a Rye, que la estaba observando con una mezcla de humor y sensualidad que hizo que contuviera el aliento. Se inclinó despacio hacia él, temblando al igual que él cuando sus labios tocaron por vez primera su piel-

—Había una aquí —dijo ella besándole el cuello—. Y aquí... y aquí —continuó ella, acariciando con los labios la base del cuello para dirigirse al pecho—. Y aquí había un hilo de agua delgado.

Rye cerró los ojos mientras la lengua de Lisa lamía la línea central de su pecho, abriéndose camino entre el vello hacia la piel que yacía debajo.

—Las gotas seguían hasta la hebilla del pantalón —dijo ella, medio preguntando.

—Dios, eso espero.

Sonriendo, Lisa continuó pasando su lengua por las costillas de Rye, pero no sólo le acariciaba, también le mordisqueaba con pasión. Cuando llegó a la hebilla se detuvo, y Rye estuvo tentado de decirle que e! agua había corrido por debajo de la ropa hasta llegar a los pies. Gimió cuando ella besó la piel que estaba justo debajo de su vientre, mordisqueando todo su estómago. Apretó las manos con fuerza para evitar cojerle mientras con los labios acariciaba sus costillas, sólo para detenerse cerca de un pezón que se escondía debajo del vello. Cuando ella continuó hacia su cuello, él pareció decepcionado.

—Te has dejado algunas gotas —dijo él.

—¿Sí? ¿Dónde? ¿Aquí? —preguntó Lisa, acariciando el cuello de Rye con la punta de la lengua.

—Más abajo.

—¿Aquí? —sus labios se concentraron en el centro del pecho de

Rye.

—Ahora estás más cerca. Ve hacia la derecha.

—¿La tuya o la mía?

—-La que quieras. Lo encontrarás de todos modos.

De pronto Lisa entendió. Se rió suavemente.

-—Por supuesto- ¿Cómo he podido olvidarme del agua que había ahí?

Rye no pudo responderla, ya que ella había encontrado un pezón que estaba mordiendo delicadamente, utilizando los dientes y la lengua como él había hecho con ella. Cuando con los dedos empezó a acariciar la mata de vello de su pecho, él se movió despacio, aumentando la presión de la caricia. Las uñas de Lisa se hundieron en su carne, queriendo sentir los músculos entre sus manos. Después, éstas se deslizaron con desenfreno por todo el torso de Rye.

De pronto descubrió que el vello que Rye tenía debajo de los brazos era tan suave como un suspiro. La textura satinada le fascinó. Sus dedos se dirigieron a ella una y otra vez, mientras sus labios se dedicaban a su pecho. Rye le acariciaba la espalda, y la empujaba hacia sí hasta que consiguió que ella se sentara encima de él. Antes de que Lisa pudiera decir una palabra, la blusa le cayó por encima de los hombros, dejando su pecho totalmente desnudo. Sus pezones se endurecieron cuando él los miró, diciéndole que ella deseaba que la acariciara tanto como él quería acariciarla.

-¿Rye...?

—Ven aquí, amor mío —dijo él con voz ronca.

Lisa se echó hacia delante lentamente, atrayendo su pecho a las manos de Rye. Cuando él empezó a acariciarle los pezones, Lisa tembló de placer. No podía controlar los gemidos al igual que no podía detener la fiebre que corría por su cuerpo, llevando su sensibilidad hasta los limites. Se movió despacio, mientras él se inclinaba hacia su cuerpo. Vio cómo se abrían sus labios, el brillo de sus dientes al mismo tiempo que su lengua le rodeaba el pezón hasta que el pecho estuvo completamente dentro de su boca. Con un gemido, Lisa estiró su cuerpo, dejando que Rye la pudiera acariciar con más facilidad.

Rye la cogió de la cintura mientras continuaba mordisqueándola el pecho. Sus manos la acariciaban de un modo que estaba consiguiendo que se derritiera por dentro. De la cintura, pasó a acariciarle los muslos con un movimiento-que hacía que todo el cuerpo !e temblara. Él metió los dedos por debajo de la tela del pantalón, y empezó a tocar su carne desnuda.

—Rye —dijo Lisa, y no pudo seguir hablando por los

estremecimientos que sentía ante las caricias de él.

—¿Qué? —murmuró él, volviendo la cabeza para poder acariciarle el otro pecho.

—Me siento... mareada.

—Yo también, pequeña.

—¿Tú también? –

-Apuesta-lo que quieras.

Lisa se rió suavemente.

—Pensaba que sólo era yo.

—Y es así, de eso no cabe la menor duda. Hay suficiente calor en ese maravilloso cuerpo tuyo como para derretir esa montaña desde la cima a la base.

—¿Está eso..- bien?

—No —dijo él, sin dejar de besarle el pecho—. Está mucho mejor que bien. Te he estado echando en falta durante toda mi vida y ni siquiera lo sabía.

La risa de Lisa se transformó en suspiro mientras su cuerpo recibía las caricias más excitantes. La mano se movió entre sus piernas, y ella se puso rígida ante la inesperada caricia.

—Esto también se incluye —dijo Rye, mirando los ojos de Lisa, mientras sus manos se entrelazaban.

—¿El qué? —dijo ella casi sin aliento.

Y entonces, sus sentidos se llenaron de placer a medida que Rye la acariciaba. Ella trató de detenerle inútilmente.

—Éste es el hogar de la fiebre aterciopelada —murmuró él—. ¿Puedes sentirla, cariño? Caliente y dulce, hambrienta y maravillosa.....tan maravillosa.

Rye gimió al sentir que el sexo de Lisa se apretaba contra su mano; el calor de su cuerpo le contestaba mejor que cualquier palabra habría hecho. Sus manos se dirigieron a la cremallera del pantalón y empezaron a bajarla lentamente. Al instante, sus dedos tocaron su carne desnuda, mientras Lisa se movía ardiendo de pasión y sentía cómo la prenda se deslizaba por sus piernas.

Rye puso a Lisa desnuda encima de él, acariciando su cuerpo sin cesar, intentando apaciguar la urgencia de-su propio deseo. -

-¿Rye?

—No digas nada, pequeña. Todo va bien. No voy a hacer nada que tú no quieras que haga.

Ella suspiró con inquietud, y lentamente empezó a relajarse.

—Eso es —murmuró él—. Relájate y disfruta de lo que te estoy haciendo.

Después de un momento, las caricias de Rye consiguieron que Lisa

dejara de sentirse incómoda por estar totalmente desnuda. Después, ella misma empezó a acariciar los hombros de Rye, para bajar después a su pecho-y a su estómago; Allí se-encontró con sus vaqueros, una barrera que le recordó que ella estaba desnuda y él no.

—Esto no es justo —susurró ella.

—Sobreviviré —dijo Rye, interpretando mal sus palabras.

—No, me refería a tus vaqueros.

—-¿Qué les pasa?

—Se interponen en mi camino.

Hubo un silencio lleno de electricidad.

—¿Estás segura de lo que dices?

—Bastante.

—¿De verdad?

—Sí—dijo Lisa simplemente—. Estoy totalmente segura.

Rye se quedó paralizado cuando se dio cuenta de lo que Lisa le estaba diciendo.

—No tienes que hacerlo —dijo él.

—Lo sé. Quiero hacerlo...

—¿Pero? —preguntó é!, viendo la pregunta en la frase no terminada.

—No sé cómo se hace, pero quiero darte placer. Quiero darte muchísimo placer.

Rye abrazó a Lisa, mientras se volvía hacia un lado y la besaba con ternura.

—Me das mucho placer —dijo con voz ronca.

Rye le dio pequeños besos en los labios. Ella los recibió y los devolvió con la misma ternura y pasión. Con desgana, él separó sus labios y se puso de pie. Se quitó las botas y los calcetines, se desabrochó el cinturón y miró a Lisa.

Ella estaba tumbada de lado, su pelo volaba sobre su cuerpo, y sus pezones resaltaban por debajo de los mechones.

—No es demasiado tarde para que cambies de opinión —dijo Rye, preguntándose si en verdad no estaba mintiendo.

Lisa sonrió.

Sin dejar de observarla, se desabrochó la cremallera del pantalón, y lo deslizó por sus piernas, quitándose la ropa interior al mismo tiempo. Tiró la ropa a un lado y se quedó de pie conteniendo el aliento, rogando porque ella estuviera realmente segura de lo que quería, ya que estaba más excitado de lo que había estado en toda su vida.

Los ojos de Lisa se abrieron con asombro al ver a Rye totalmente desnudó.

Entonces él se volvió, y cogió la ropa que acababa de dejar en el suelo.

—¡No! —dijo Lisa, poniéndose de rodillas. Abrazó a Rye por las piernas, y apretó su cara contra la parte de arriba de su muslo—. No estoy asustada. De verdad que no. He visto hombres casi desnudos, pero no... no... me sentía sobrecogida.

Rye se quedó inmóvil y tembló cuando el pelo de Lisa le acarició el sexo.

—No sé —dijo él—. No quiero que hagas algo que no desees.

Ella le miró a los ojos, y vio la pasión que ardía en ellos. Supo en ese mismo instante que su intuición no se había equivocado; Rye no la haría daño, sin importar lo enorme que fuera su fuerza o su necesidad.

—Esto —dijo Lisa, acercando su mejilla hacia el sexo de *él*—, me sobrecogió.

—Pequeña —susurró Rye, poniéndose de rodillas ya que no podía estar de pie por más tiempo—. Vas a conseguir matarme de placer. Y la verdad es que apenas puedo esperar.

La abrazó con ternura y después la dejó sobre el saco. Ella contuvo el aliento mientras Rye le acariciaba los muslos para después tocar sus nalgas una y otra vez. Cada caricia se iba haciendo más profunda, separando sus piernas más y más.

—¿Sabes lo que sentí cuando me acariciaste con la mejilla? —preguntó él, mordiendo su oreja y después acariciándola con la lengua.

—N... no.

—Esto —susurró él.

Liga gimió de placer mientras él pasaba la palma de su mano por el vientre de ella, y después se dirigió al triángulo que había entre sus muslos. Con cada movimiento de sus dedos, ella temblaba mas. Lisa cerró los ojos y se movió delante de él, como una flor con el viento.

—Pon tus brazos alrededor de mi cuello —murmuró Rye, acercando su cuerpo al de ella, preparándola para la caricia final.

Sin pensar, Lisa hizo lo que Rye le había dicho, y te abrazó ya que él era la única cosa real en un mundo que giraba cada vez más deprisa con cada caricia que él le ofrecía. No se sentía avergonzada ni pudorosa ante la intimidad de lo que le estaba haciendo, lo único que importaba era la fiebre que él había descubierto dentro de ella.

—Eso es, pequeña. Abrázate fuerte y sigueme. Sé a dónde vamos.

Rye encontró el capullo hipersensible que había dejado de estar escondido en el sexo de Lisa. Ella gemía, sintiendo olas de calor que recorrían su cuerpo hasta que no pudo soportarlo más y su placer se

desbordó.

— Sí — dijo él, mordiendo el cuello de ella con bastante fuerza como para dejarle pequeñas marcas — . Otra vez, pequeña. Otra vez. Compártelo conmigo. Eso lo pondrá más fácil para ti, para mí, para los dos. Eso es. Sí.

Lisa apenas escuchó lo que le decía, pero lo cierto fue que compartió su placer con él al tiempo que sentía que el sexo de Rye la buscaba. Sintió que la levantaba, y que la dejaba sobre las mantas una vez más. Aunque él estaba tendido entre sus piernas, no tocó la húmeda carne a la que había dado vida. Ella abrió los ojos, y movió la cabeza con inquietud, febrilmente.

— Estoy aquí. Soy todo tuyo, ¿es eso lo que quieres?

— Sí — susurró ella, intentando acariciarle con la misma intimidad con que le había acariciado él.

Rye cerró los ojos al sentir un estremecimiento por todo su cuerpo. Las caricias que Lisa le estaba ofreciendo eran más excitantes de lo que habría creído posible.

—Pequeña -—susurró él — , déjame...

La besó con una pasión que le estaba quemando por dentro. Cuando la lengua de ella entró en su boca, Rye entró también en su cuerpo hasta que sintió la frágil barrera de su inocencia.

— ¿Rye? — dijo ella—. Rye.

Deliberadamente, él deslizó la mano entre sus cuerpos que estaban parcialmente unidos, moviendo sus caderas lentamente, acariciando el brote endurecido de su pasión.

Lisa gimió tan pronto como sintió que el calor volvía a traspasar su cuerpo. Él la llenó lentamente, moviéndose con dulzura, acariciándola con su cuerpo y su mano hasta que ella volvió a alcanzar las cimas del placer, un placer tan grande que la consumió por entero, derritiéndola hasta el punto de que lo único que podía hacer era pronunciar su nombre una y otra vez. Quería decirle que no podía soportar más placer sin morir, pero no podía. Estaba totalmente dentro de ella. Tan pronto se movía provocando todo tipo de sensaciones en su interior, como se. quedaba inmóvil, saboreando el placer de estar totalmente unidos

— Lisa — murmuró Rye — . ¿Pequeña?

Ella abrió los ojos lentamente, aturdida por el calor que estaba sintiendo.

—Pensaba... pensaba que me dolería —admitió ella.

—Y ha sido así —dijo él con voz ronca—. Pero el dolor estaba escondido debajo de tantísimo placer que no te has dado cuenta. ¿Te duele ahora?

Se movió lentamente. Ella susurró algo que quiso ser su nombre.

—Otra vez —dijo ella—. Oh, Rye, hazlo otra vez —le miró a los ojos—. *¿O* es que tú no sientes tanto placer como yo?

—¿Placer? —Rye tembló mientras la penetraba por entero una vez más—. No hay... palabras. Alcanza el orgasmo conmigo, pequeña. Llévame donde tú ya has estado.

Él se movió con desenfreno. Nunca había sentido nada igual a la fiebre aterciopelada que le daba el cuerpo de Lisa, nunca había hecho el amor compartiéndolo tan profundamente. Nunca se había creído capaz de sentir algo que se acercara ni siquiera un poco a lo que estaba sintiendo. Se movió despacio dentro de ella, profundamente, deseando que aquello no terminara nunca, y sabiendo que si no estallaba de una vez, moriría en una dulce agonía.

Los gemidos de Lisa brillaron en la suave oscuridad en que estaba envuelto Rye, diciéndole que ella estaba al otro lado del éxtasis, llamándole. Él quería ir donde estaba ella, y quería quedarse donde estaba, disfrutar del placer que los dos tenían hasta el límite... Con un gemido, él la penetró hasta que no pudo hacerlo más, y después se dejó llevar por la suave violencia que clamaba su placer.

El último pensamiento coherente-de Rye fue que había mentido;-no había sabido hacia dónde se dirigían. Lisa le había llevado a un lugar en el que no había estado jamás, envolviéndole en la fiebre aterciopelada de su cuerpo, ardiendo con él, alma con alma en un éxtasis compartido que era la vida y la muerte al mismo tiempo.

Capítulo Nueve

Lisa suspiró, y deshizo con cuidado las finas puntadas que había estado dando durante la última hora. Había estado pensando en Rye - más que en mantener la tensión adecuada del hilo. Por consiguiente, la costura estaba tan tensa que tiraba de la tela. Pacientemente, la alisó con los dedos antes de volver a pasar hilvanes por la costura, para mantener las dos piezas juntas *hasta* que pudiera unirías con puntadas mucho más pequeñas. Había practicado en pedazos de tela sobre el tipo de puntadas que quería hacer, que eran las que había visto cuando había cogido la vieja camisa de Rye por primera vez. El esmero con que su costura estaba realizada le había fascinado; no había un solo hilo que estuviera fuera de su lugar en toda la camisa. Quería que la nueva camisa fuera exactamente igual, nada debía estar sin rematar por el derecho o por el revés de la prenda.

Y así era como debía ser, a pesar del trabajo que le estaban dando esas costuras. Pero el tiempo extra que tendría que utilizar en la camisa no era un problema para ella. El tiempo no existía en el prado; allí lo único que importaba era la brillante claridad del verano que ondulaba , contó una bandera desde cada pico de las montañas. Si no hubiera sido por las fotografías del crecimiento de la hierba que tomaba cada siete días, no habría tenido la menor idea de que el tiempo estaba pasando. El verano era un largo y dulce interludio, que sólo se veía interrumpido cada vez que Rye aparecía en el prado.

Pensar en el crecimiento de la hierba le recordó a Lisa que debía echar un vistazo al calendario que se había hecho ella misma. Miró al alféizar de la única ventana de la cabaña. Había seis guijarros alineados. Ese día pondría el séptimo, lo que significaba que le tocaba hacer las fotografías. Además, la luz del sol había empezado a deslizarse por el cristal de la ventana, lo cual significaba que ya era más de mediodía. Si no se daba prisa, Rye llegaría en cualquier momento y la encontraria cosiendo la camisa. No quería que eso ocurriera. Deseaba que la camisa nueva fuera una sorpresa total para él.

Pensar en lo contento que se pondría Rye con el regalo, hizo que Lisa sonriera. Se sentiría aliviado y feliz de poder pedirle que fuera con *él al* baile del jefe McCail, Durante las últimas semanas había habido varias ocasiones en que él había empezado a decirle algo, pero no había acabado, casi como si no estuviera seguro de cómo debía decirlo. Sospechaba que Rye estaba intentando pedirle que le acompañara al baile, o explicarle por qué no podía sentirse cómodo yendo con la ropa de trabajo. La última vez que había empezado a

hablarle sólo para detenerse por falta de palabras, Lisa había intentado decirle que no le importaba que su ropa fuera o no raída, que para ella era suficiente estar con él, pero no la había dejado terminar. Había tapado la boca de Lisa con la suya, tras lo cual ella había olvidado todo excepto el deseo que corría por su cuerpo una vez más.

Cada vez que recordaba el modo en que Rye le hacía el amor, le temblaban las manos. La aguja se deslizó de sus dedos. La cogió mejor, respiró profundamente, y decidió que sería mejor que no siguiera trabajando en la camisa de Rye. Seguramente acabaría pinchándose y manchando la tela.

El soplido de un caballo atrajo su atención. Se puso de pie de un salto, y vio que dos caballos se aproximaban por el camino en lugar de uno solo. Aunque uno de los caballos era oscuro, supo que su jinete no era Rye. Cuando iba al prado, siempre estaba solo. Mientras estaba alli sin importar el tiempo que se quedara, nadie se acercaba.

Nunca lo había pensado, y de pronto, Lisa sé-sorprendió, preguntándose por qué Rye era siempre tan solitario, Lassiter normalmente iba con Jim. Algunas veces Blaine y Shorty o algún otro vaquero se acercaban a verla con provisiones o simplemente para saludaría. Los hombres sólo se quedaban el tiempo suficiente para comer y para comprobar que no le faltaba de nada, y después se iban casi como si notaran que en alguna parte, Rye estaba esperando impacientemente que se marcharan.

Y Lisa estaba esperando impacientemente que llegara.

—¡Lisa! ¿Estás en la cabaña?

—Ahora mismo salgo, Lassiter —dijo ella, metiendo a toda prisa las piezas de la camisa en *su* mochila

—¿Quieres que avive el fuego?

—Si no te importa... No he comido todavía- ¿Y vosotros?

—Siempre tenemos hambre para comer tu pan —dijo Jim.

Lisa salió rápidamente de la cabaña, pero se detuvo al verla forma en que los dos hombres la estaban mirando.

—¿O... ocurre algo?—preguntó ella.

Lassiter se quitó el sombrero con una reverencia.

—Lo siento. No queríamos quedarnos mirándote así. Siempre llevas trenzas en lo alto de la cabeza, y ahora te has dejado el pelo suelto. Vaya, estás preciosa. Eva debió parecerse mucho a ti el día de la creación.

Lisa se sonrojó, sorprendida por las palabras de Lassiter.

-—Bueno, gracias.

Sin pensarlo un instante, se hizo un moño que sujetó con piezas de

madera que había tallado ella misma.

—No dejes toda esa belleza solo para ti —dijo Lassiter.

—No tengo elección si me voy a poner a cocinar.

—Tienes razón —dijo Lassiter, poniéndose el sombrero y observando tristemente cómo los mechones de pelo se sujetaban unos con otros.

—Sí—dijo Jim—. Llevar el pelo suelto teniéndolo tan largo mientras estás al lado del fuego podría darte muchos problemas. El jefe Mac no nos perdonaría si te ocurriera algo.

Lisa dejó por un momento de sujetarse el pelo.

—¿El jefe Mac?

Lassiter miró a Jim con dureza, después volvió a observar a Lisa.

—El jefe Mac se preocupa mucho por la salud de las personas que trabajan para él Nos dijo que cuidáramos especialmente de ti, ya que estás aquí sola, y eres tan poquita cosa.

—Oh —Lisa parpadeó sorprendida—. No hace falta, pero es muy amable por su parte.

—Si me disculpas —dijo Jim—, te diré que sí hace falta. Todos los vaqueros seguimos al pie de la letra las palabras del jefe Mac, sobre todo ese Rye. Por eso viene a comprobar que estás bien cada día últimamente.

Lisa se sonrojó y miró hacia abajo, perdiéndose la mirada que Lassitter echó á Jim.

—Los otros chicos y yo hemos pensado que tal vez se está *enamo*rando de ti —continuó Jim, ignorando las miradas de Lassiter —. Eso sería un milagro, ya que es un verdadero solitario. Bueno, juraría...

—Creía que habías dicho que tenías hambre —le interrumpió Lassiter.

—...que podemos esperar verte en el baile, ¿no? —terminó Jim, sonriendo.

Lisa intuyó que se estaban burlando de ella, pero no pudo adivinar cuál sería la broma, a menos que fuera la satisfacción de Jim al ver a un «solitario» como Rye pidiéndole a una mujer que fuera con él al baile.

—No contéis con que Rye me lo va a pedir —dijo ella, tratando de sonreír mientras se dirigía al fuego—-. Como has dicho, es un solitario. Además, no todo el mundo tiene dinero para comprar ropa para fiestas.

—¿Qué quieres decir? El jefe Mac tiene suficiente dinero para... ¡ay, Lassiter! ¡Deja de pisarme!

—No —murmuró Lassiter—. Y si signes así tendré que taparte la

boca de un puñetazo.

—¿Qué diablos estás mascullando...? —de pronto Jim pareció comprender—. Oh. Bueno, está bien. Pero no entiendo dónde está la broma si no sabemos lo que está ocurriendo.

—De lo único que tienes que preocuparte es del puño de Mac. ¿Te enteras? —Lassiter dirigió una mirada rápida a Lisa. Estaba agachada sobre el fuego, colocando las cenizas. Se acercó más a Jim y le dijo en voz baja—. Escucha, estúpido. Será mejor que no vuelvas a subir hasta que el jefe Mac haya terminado con su broma. Si le estropeas la juerga creo que vas a tener que empezar a buscar trabajo. ¿Qué pensaría Betsy de eso, ahora que vais a tener otro hijo?

—Bueno, está bien —dijo Jim con frustración. Pero cuando se sigue con una broma durante tanto tiempo deja de tener gracia.

—Eso es problema del jefe Mac. El tuyo es mantener la boca cerrada.

Gruñendo en voz baja, Jim siguió a Lassiter hacia el fuego.

Había un montón de papeles esparcidos por el despacho de Rye. Cada uno tenía un pequeño cuadrado amarillo pegado a la esquina superior. Allí estaban escritas las instrucciones de lo que se debía hacer. Echó un vistazo a uno de los cuadrados, descubrió que ni él mismo podía descifrar la nota que había escrito con prisa, y maldijo en voz baja. Cogió un bloc de cuadrados amarillos y empezó a escribir.

La pluma se había quedado sin tinta. Enfadado, la tiró a la papelera de metal con suficiente fuerza como para romperla.

—Voy a contratar un contable —murmuró—. Debí haberlo hecho hace años.

Pero no lo había hecho. Se había empeñado en llevar todos los asuntos de negocios del rancho él solo. De esa forma nadie podría decir que Edward Ryan McCall III no había hecho su propia fortuna. Por desgracia, había tardado bastante tiempo en levantar el rancho del estado de ruina total en que lo había encontrado. Antes no le importaba que el rancho no le dejara tiempo para su vida privada. Las mujeres con las que había estado no le habían distraído de su trabajo más del tiempo necesario para satisfacer una simple necesidad física. Estar con su familia tampoco le había entusiasmado, de hecho, escuchar los largos discursos de su padre sobre la necesidad de que la dinastía McCall tuviera continuación había sido una de las razones por. las que cada vez visitaba menos a su familia.

Observó los papeles y se preguntó por qué no podía coger el

teléfono y pedir un contable que le ayudara a solucionar el lío que tenía. ¿Para qué preocuparse de entrevistas, de comprobar referencias y de otro tipo de cosas que le habían impedido contratar a un contable al principio? Sólo tenía que elegir un nombre, coger el teléfono y salir de la oficina unos minutos más tarde con el trabajo hecho. Diablo debía estar mirando por encima de la verja en ese momento, esperando impacientemente que su jinete apareciera.

Pero Rye no aparecería. Si no metía en el ordenador al menos algo del papeleo que había delante de él, las cuentas del rancho estarían tan confusas que no podría ordenarles cuando se lo propusiera. Entonces tendría que pasarse día tras día sin otra cosa que hacer más que trabajo del rancho.

Rye frunció el ceño, y pensó otra vez en el final del verano. Nunca pensaba en posibles finales cuando estaba en el prado con Lisa. Allí, el tiempo no existía. Ella siempre había estado allí, y siempre estaría, sin pasado, sin futuro, sólo existía ese verano donde el tiempo no corría. Igual que Lisa. Había algo eterno en ella qué la hacía al mismo tiempo fascinante e interesante. Tal vez fuera la capacidad que tenía para divertirse. O tal vez era simplemente que era capaz de vivir totalmente el momento, de darle toda su atención a Rye siempre que estaba con él. El tiempo tal y como lo entendía él, no existía para ella. No había ayer, ni mañana, sólo el interminable y precioso presente.

Pero el verano terminaría. Rye lo sabía, aunque cuando estaba con Lisa no quería creérselo. Cuando no estaba en el prado, todo parecía diferente, y le remordía la conciencia por no haberle dicho quién era él. Pero cuando estaba con ella, se olvidaba de todo. Con Lisa había encontrado una paz que trascendía los límites normales del tiempo y del espacio.

Esa era la razón por la que se le hacía un nudo en la garganta que no le permitía hablar cuando quería decirle su nombre completo. La relación que había entre ellos se había convertido en algo cada vez más valioso. Si le decía quién era él, perdería algo que no tenía precio. Lisa le miraría y vería a Edward Ryan McCall III, en lugar de a un vaquero llamado Rye. Desde el momento en que supiera quién era, el tiempo volvería a transcurrir a su ritmo habitual. Eso pasaría dentro de poco, al final de verano, cuando ella se fuera y el prado se quedara vacío una vez más.

Y él también.

«Por eso es por lo que no se lo diré. De cualquier forma, la voy a perder. Cada día que pasa sin que ella lo sepa son veinticuatro horas que le robo al tiempo. El verano terminará, pero no lo hará un segundo antes de lo normal.»

El teléfono sonó en ese momento, interrumpiendo los pensamientos de Rye. Mientras cogía el auricular miró el reloj, y se dio cuenta de que había pasado la última media hora mirando los papeles que había. encima de su escritorio, pero pensando en un prado y en una mujer que, no conocían el tiempo. El deseo de estar con Lisa le sorprendió de pronto, causándole un dolor intenso.

..Que se vayan al diablo las cuentas del rancho. Necesito estar con ella. Nos queda muy poco tiempo».

El teléfono sonó por cuarta vez.

—¿Sí? —dijo Rye con impaciencia.

—Cielos, qué forma de contestar. Da miedo saber que tu humor es todavía peor.

—-Hola; Sis —dijo él, sonriendo. -Cindy era el único miembro de la familia cuya llamada siempre era bien recibida—. ¿Cómo es tu último ligue?

—Divertido, hermano. Muy divertido.

—¿Qué pasa? ¿Tan deprisa va?

—No te. lo puedes imaginar. Ni siquiera habíamos pedido la cena al camarero y ya estaba tratando de llevar la conversación a nuestra familia. Yo estaba utilizando el nombre de soltera de mama. Ahí estaba, Cenicienta Ryan, y...

—¿Cenicienta? —le interrumpió Rye, riéndose.

—Claro. Un nombre tan raro tenía que parecerle real, ¿no crees?

—Si tú lo dices...

—Tendría que haber clavado a ese tipo con un alfiler en el tablero con los otros insectos de mi colección —-dijo ella tristemente—. Cada vez son más listos, pero menos sinceros.

Rye gruñó. Sabía que se refería a los cazadores de fortunas.

—Vente a vivir conmigo, Cenicienta. Los desenmascaré por ti. Puedo oler a un cazador de fortunas a diez millas.

—Desearía que papá pudiera hacerlo también.

—¿Ya está otra vez con las mismas?

—Sí.

—No me lo digas. Déjame adivinar —dijo Ryan—. Es alta, morena, 90-60-90, y su mayor talento consiste en comprarse ropa con esas medidas.

—¿Cuándo la has conocido? —preguntó Cindy.

—No lo he hecho.

Hubo un silencio, tras el cual se oyó una sonora carcajada.

—Sí, supongo que es muy fácil de predecir, ¿no?

—No me' sorprende. Mamá era alta, morena y guapa. Todavía sigue buscando a alguien como ella.

—Sí, es cierto —dijo Cindy.

Rye sonrió para sí mismo. Cindy era exactamente igual que su madre: alta, morena, con buen tipo, y muy inteligente.

—Hablando de eso...—continuó Cindy.

—¿De qué?

—Buena pregunta. Cuando sepas la respuesta, llámame.

Riéndose, Rye echó hacia atrás la silla, y puso sus botas de vaquero sobre el escritorio. De pronto pensó que Cindy y Lisa se divertirían mucho juntas; Pero esa idea hizo que la sonrisa desapareciera de su cara, porque se dio cuenta de que Cindy nunca tendría la oportunidad de conocer a Lisa.

—...mi compañera de habitación en la universidad. Te acuerdas de ella, ¿no? ¿Susan Parker?

—¿Qué? —preguntó Rye.

—Ryan, querido hermano, monstruo de mi infancia, despierta de una vez. Vamos. Vas a hacer un rodeo o algo así dentro de una semana. Un baile. ¿No es así?

—Sí —dijo él, sonriendo.

—Iré a tu rancho dentro de una semana —continuó Cindy hablando despacio y con mucha claridad, como si su hermano fuera incapaz de comprender lo que le estaba diciendo—. Voy a ir con una mujer que se llama Susan Parker. Estuvimos juntas en la universidad. Compartíamos una habitación. Después de terminar la carrera, hizo un montón de dinero sonriendo para fotógrafos mientras llevaba la ropa más de moda que te puedas imaginar. ¿Me sigues?

—Guapa y rica, ¿no es eso?

—Sí.

—Pues no. Puedes venir siempre que quieras, Cenicienta, pero deja a tu chica perfecta para mí en su casa, ¿de acuerdo?

—¿Me estás diciendo que no quieres que mis amigas vayan a tu rancho?

Rye abrió la boca para decir algo fuerte, pero se reprimió.

—Cindy, eres mi hermana favorita y...

—También soy la única—dijo ella.

—¿Me vas a escuchar?

—Bueno, ya que me lo preguntas con tanta amabilidad, me encantará...

—Gynthia Edwinna Ryan McCall, si no dejas...

—Cállate—dijo Cindy, interrumpiéndole.

Rye suspiró.

—Cindy. Por favor. No hagas de casamentera, ¿de acuerdo?

Hubo un silencio.

—Lo dices de verdad, ¿no?

—Sí.

—¿Has encontrado a alguien por fin?

Rye volvió a sentir un dolor extraño.

—¿Ryan?

—Ven al baile si te apetece. Tráete a ésa como se llame si te hace feliz. Incluso seré educado con ella, te lo prometo.

—¿Como es ella?

—Demonios, Cindy, es amiga tuya, no mía. ¿Cómo podría saberlo?

—No. Susan No. La que has encontrado. ¡

Rye cerró los ojos y recordó a Lisa dormida en el prado, con el sol haciendo brillar su pelo.

—Su nombre es Mujer... y no existe —dijo Rye suavemente—. No, de verdad. Ella vive fuera del tiempo.

Hubo una larga pausa antes de que Cindy dijera:

—No lo entiendo. No sé si sentirme feliz por ti. Pareces... triste.

—No es así. Durante un tiempo he sabido lo que es ser amado por uno mismo. Ella cree que sólo soy un vaquero con los pantalones llenos de parches, y no le importa lo más mínimo. Me trata como si hubiera llenado sus manos de diamantes, y no le he dado absolutamente nada.

—Excepto a ti mismo.

Rye cerró los ojos.

—Eso nunca ha sido suficiente para las otras mujeres.

—Ni para los hombres —dijo Cindy en voz baja, mientras recordaba lo que había sufrido al darse cuenta de que había sido su dinero y no ella lo que había atraído a los hombres que había querido —. Me alegro por ti, Ryan. No puedo esperar para conocerla.

—Lo siento, Sis, pero eso no podrá ser.

—¿No irá al baile? Oh, claro que no. No sabe quién eres.

Él sonrió a pesar del dolor que estaba sintiendo.

—No podrá venir ni aunque yo pudiera pedirle que lo hiciera. No tiene dinero para comprarse un cuchillo decente, así que mucho menos para algo- tan inutil como un vestido para una fiesta. Que lleve unos pantalones llenos de parches o de seda no me importa en absoluto, pero . me cortaría las manos antes de hacer que se sintiera fuera de lugar.

—Entonces cómprale un vestido. Dile que ganaste el dinero jugando a las cartas.

—Me diría que me comprara una camisa nueva... y lo haría de verdad.

—Dios mío. ¿Está haciendo votos para convertirse en santa?

Rye pensó en el placer que Lisa le proporcionaba, en lo que sentía cuando le besaba y acariciaba todo su cuerpo.

~¿Santa? De ninguna manera. Es sólo que es demasiado práctica para gastar el dinero en un vestido para una ocasión cuando el hombre que quiere *es* demasiado pobre para comprarse una camisa nueva de trabajo para él.

—Quiero conocerla.

—Lo siento. El verano va a terminar demasiado pronto. Te quiero, Sis, pero no lo suficiente como para acortar el tiempo que voy a pasar con ella ni siquiera una hora sólo para satisfacer tu curiosidad.

Cindy murmuró algo que Rye prefirió no oír. Después suspiró.

—¿Qué aspecto tiene?

—Lassiter me dijo hace unas horas que Eva debió tener un aspecto así el día de la creación.

Lo que Rye no añadió fue que había estado a punto de pegarle un puñetazo por haberse atrevido a mirar a Lisa.

—¿Lassiter dijo eso? Vaya. Entonces sí que debe ser una chica explosiva.

—Lo dijo con más respeto que lujuria.

—Ya, ya. Claro. Si crees eso, será mejor que empieces a pensar qué te está ocurriendo, hermano. Lassiter siempre está pensando en el sexo, ya lo sabes.

—No he dicho que *sólo* lo dijera con respeto. Pero es que esa chica tiene un halo de inocencia tal que hasta Lassiter se ha dado cuenta.

Cindy se rió.

—Eso sí que me lo creo. Sólo una inocente de verdad no sabría quién eres tú. ¿Dónde ha vivido toda su vida... en el desierto?

—Entre otros sitios.

—¿A qué se dedica?

—A viajar por el mundo.

—No lo entiendo. Entonces, ¿cómo es que no te reconoció?

—Cindy, no voy...

—No sigas —le interrumpió ella—. No vas a decirme qué aspecto tiene, ni su nombre, ni dónde vive.

—Pero si ya te lo he dicho. Vive en un sitio fuera del tiempo.

—¿Entonces, dónde la conociste?

—Allí.

—En un lugar fuera del tiempo —Cindy dudó por un momento, y después preguntó—. ¿Qué tal se está en ese sitio fuera del tiempo?

—No hay palabras...

Durante un momento Cindy cerró los ojos, asombrada ante la amargura que había notado en la voz de su hermano.

—Dios mío, Ryan. Deberías sentirte feliz, pero pareces tan... hundido.

—El invierno está a punto de llegar, hermanita. Se supone que vamos a tener una helada asesina en el campo antes de que termine la semana. El verano va a ser demasiado corto este año.

—Y tú echarás de menos tus visitas al prado, ¿no es eso? —preguntó Cindy, sabiendo que su hermano se encontraba especialmente bien allí.

—Sí. Echaré de menos mis visitas al prado —Rye observó por la ventana la cima que se elevaba por encima del prado McCall—. Eso me recuerda algo. Tengo que ir a recoger un montón de rollos de película antes de que anochezca.

—Puedo entender una indirecta, sobre todo cuando es tan clara. Te veré el próximo fin de semana.

—Estoy deseándolo —-dijo Rye.

Pero estaba mirando la montaña cuando dijo las últimas palabras.

Colgó el teléfono, cogió la bolsa de las películas de encima de una estantería, y se dirigió hacia et establo a grandes zancadas. Tenía la extraña sensación de que de pronto el tiempo estaba corriendo muy de prisa, haciendo desaparecer su inesperada felicidad de ese verano. La sensación era tan fuerte que casi sentía miedo.

Ha ocurrido alga. Ella está herida o se ha enterado de quién soy realmente. Algo va mal. Algo,

Rye tuvo la intuición de que algún tipo de peligro le acechaba mientras recorría la vía de tren. Urgió a Diablo a que fuera más de prísa con impaciencia. Cuando llegó a la cabaña, .vio que no había, nadie, esperándole al lado del fuego. Guió a Diablo hacia el prado donde la verja estaba medio abierta.

Por el rabillo del ojo Rye notó que alguien se movía. Lisa estaba corriendo hacia él, con una expresión de alegría en su cara. Desmontó del caballo, y tomó a Lisa entre sus brazos. Sus manos se dirigieron al pelo de ella, para quitarle las horquillas. Después, enterró su cara entre los mechones, aspirando su aroma, diciéndose a sí mismo que el verano no terminaría nunca.

Capítulo Diez

Lisa miró los guijarros que había en el alféizar de la ventana. Cinco. Después, dirigió su mirada a una yegua que esperaba pacientemente en el bosquecillo de álamos. El caballo estaba allí desde que se había hecho una herida en el pie y le había pedido a Jim si podía dejarle su caballo para examinar la valla del prado. Lassiter y Jim le habían dejado montar sin dejar de observarla, y se habían sorprendido de que lo hiciera tan bien. También le habían dado muchos consejos para que se curara la herida del pie.

Había ocurrido lo mismo ese mismo día, cuando Rye había ido al prado justo antes de anochecer. La había observado mientras cabalgaba, había aprobado su estilo, y le había murmurado que el jefe Mac tendría que pensar en darle un caballo cuanto antes mejor. Si ella necesitaba algo, podría ir al rancho a caballo, y si estaba herida y no podía cabalgar, lo único que tendría que hacer sería dejarlo suelto. El caballo se dirigiría al rancho con más seguridad que la que podría tener una paloma mensajera.

Lisa observó de nuevo los guijarros que había en el alféizar, y se fijó en el ángulo de luz del sol. Eran por lo menos las dos de la tarde.

No va a venir hoy y tú. lo sabes, se dijo en silencio. *Dijo que el jefe Mac -estaba haciendo trabajar a todo el mundo para que todo estuviera lisio para el baile.*

Rye había estado en el prado esa mañana, al amanecer, se había burlado de ella porque estaba durmiendo con un ojo medio abierto y con una sensualidad que hacía que a ambos les hirviera la sangre de deseo. Le había hecho el amor casi como si todavía fuera virgen, acariciándola hasta que encendió el deseo por toda su piel. Y después había empezado otra vez, acariciándole con sus labios en lugar de con sus manos, enseñándole a disfrutar de una intimidad que rebasaba lo increíble, para después llevarla a las cimas del placer. - El recuerdo de tos labios de Rye recorriendo su cuerpo hizo que a Lisa le temblaran las manos. Le había hecho sentirse como una diosa venerada por un dios sensual, y cuando ella había creído que no podía *soportarlo más, él le había* enseñado que no había final para el éxtasis sino sólo principio.

Con manos temblorosas, Lisa cogió la bolsa de papel marrón que había dejado al lado de la puerta. Había estado a punto de darle a Rye la camisa esa mañana, pero había querido que estuviera perfectamente acabada, y no había tenido tiempo de rematarla totalmente con una vieja plancha que había encontrado en un armario de la cabaña, junto con una espada española oxidada, un

martillo roto, y un montón de clavos que debían ser más viejos aún que la plancha. Para arreglar la vieja plancha de hierro había tenido que utilizar el ingenio y la paciencia hasta sus límites, pero había merecido la pena. La camisa ahora estaba perfecta, lista para que Rye se la pusiera.

Por décima vez Lisa se dijo a sí misma que el jefe Mac no se enfadaría con ella si utilizaba su caballo para ir al rancho aunque no pasara nada grave.

«Deja de buscar excusas», se dijo a sí misma con firmeza. Rye ha dicho que no podría venir al prado hasta dentro unos días, y el baile es pasado mañana. Si no le doy la camisa hoy mismo, no tendrá la oportunidad de pedirme que vaya aJ *baile con él».*

Lisa respiró profundamente, cogió la bolsa, y fue a desatar el caballo.

Rye insultó a la vaca con unas palabras que podrían haber hecho que una roca se sonrojara. Sin embargo, la vaca no era una roca. Comparada con una vaca, una roca era inteligente.

—¿Jefe Mac? ¿Estás *ahí* denlo? —gritó Lassiter.

—¿Dónde demonios crees que he estado durante la última hora? —dijo Rye, enfadado porque Je interrumpieran otra vez.

Había dejado tantas cosas de lado desde que se había convertido en el amante de Lisa, que los hombres le iban a buscar cada quince minutos para preguntarle sobre algo que debía haber sido terminado hacía semanas.

—¿Todavía estás tratando de curar a esa vaca? —preguntó Lassiter.

—No. Sólo intento ponerla un poco guapa.

Lassiter observó por encima del pesebre a la vaca que meneaba la cola por delante de la cara de Rye sin parar, mientras seguía aplicandole antibióticos en *los* muchos cortes que la vieja vaca había recibido al tratar de pasar estúpidamente una alambrada.

—Esa vaca tenía claro que quería dejar el pasto, ¿no es así? —dijo Lassiter.

Rye murmuró algo por lo bajo, y continuó pasando el algodón por la piel del animal.

—¿Quieres algo o solo has venido a charlar un rato?

—Tu hermana acaba de llamar —dijo Lassiter rápidamente—. Tu padre va a venir con ella a la fiesta, a no ser que pierda el primer avión por un negocio que tiene que hacer. Si ocurre eso, tendrás que ir a recogerla a la ciudad. Va a venir con unos amigos suyos. Como unos ocho, si he entendido bien. La señorita Cindy trató de disuadirle, pero no lo consiguió, según parece. ASÍ que ya lo sabes, tu padre va a

venir.

Con los ojos cerrados y con cara de pocos amigos, Rye controló el impulso de dar un empujón al que le había traído las malas noticias.

—Maravilloso —masculló Rye entre dientes—. Ya puedo ver la cara que va a poner cuando se dé cuenta *de* que la pista de baile será el suelo de un establo, y que el grupo de música no va a tocar nada con menos de cien años de antigüedad.

Lassiter dejó de contener el aliento y sonrió.

—Sí, merecerá la pena ver eso. ¿Cuanto tiempo ha pasado desde ! a última vez que tu padre vino por aquí?

—Diez años.

—Ha habido unos cuantos cambios desde entonces.

—La suciedad sigue siendo suciedad, y los excrementos-de las vacas siguen quedándose pegados a las botas.

—Jefe, esas cosas nunca van a cambiar.

Rye se dirigió a la parte derecha de la vaca, y después volvió a la izquierda.

—Por la forma en que está herida, sería más fácil terminar el trabajo asando al pobre bicho —dijo Lassiter.

—Se nos caerían los dientes si se nos ocurriera hincarlos en ella.

Lassiter sonrió. Sabía que Rye tenía un cariño especial a esa vaca. Había sido la primera que había parido después de que hubiera comprado el rancho. Había tenido gemelos casi cada año después de eso, y todos sin ningún problema. Aun siendo tan fea, Rye la consideraba su amuleto de la buena suerte.

—Tengo que llamar al doctor Long —continuó Rye—. Cuando termine de suturar el anca del caballo de los Nelson, vendrá por aquí.

—¿Ha vuelto a saltar la valla ese viejo caballo otra vez?

—No. La pared del establo.

—Vaya. Pues sí que es testarudo ese caballo.

—Algún idiota dejó una yegua atada justo fuera.

Lassiter se rió suavemente.

Por detrás de las puertas del establo, alguien empezó a gritar el nombre del jefe Mac.

—Ve a ver qué quiere —dijo Rye.

Lassiter se fue, y volvió al cabo de unos minutos.

—Shorty quiere saber lo profundo que debe cavar el hoyo para la barbacoa.

Rye suspiró.

—Dile que haga e! hoyo lo bastante grande como para enterrar un buey.

Moviendo la cabeza, Rye siguió curando a la vieja vaca. Le

interrumpieron seis veces más antes de que terminara de curar todas las heridas. Entre el trabajo normal del rancho y los preparativos para el baile, parecía que nadie podía hacer nada sin preguntarle a Rye cada diez minutos.

i.

Finalmente Rye se enderezó, se alisó las arrugas de la camisa, y se dirigió a un lavabo de porcelana que había instalado allí al construir d establo. Se lavó las manos, estiró la espalda de nuevo, y pensó con nostalgia en Lisa, que en ese momento estaría en el prado como era habitual. Pero a pesar de las veces que había intentado ordenar en su mente de manera diferente las cosas que tenía que hacer, no podía encontrar unas cuantas horas para ir al prado y abrazar a Lisa una vez, más.

De pronto, maldijo enfadado el trabajo, que le impedía estar con ella.

—¿Rye? ¿Estás aquí?

Al principio Rye creyó que estaba soñando. Se dio la vuelta y la' vio de puntillas en el centro del pasillo, intentando mirar dentro de establos.

—Lisa. ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Ella se volvió rápidamente al oír la voz de Rye. Estaba sonriendo, pero al ver la expresión de él, pareció desconcertada. Apretó con fuerza la bolsa de papel que llevaba cuando vio que cerraba la puerta del establo y se dirigía hacia ella.

—Sé que estás muy ocupado, y no quiero que tengas problemas por mi culpa con el jefe Mac —dijo Lisa rápidamente—. Es sólo que tenía algo para ti y quería dártelo y por eso he venido hasta aquí a caballo y... —le dio la bolsa—... aquí lo tienes.

Rye se quedó tan asombrado que se quedó mirando a Lisa sin saber qué pensar. En medio del silencio, se oyó la voz de Jim que provenía del corral.

—¿Jefe Mac? ¿Estás por aquí?

—¡Aquí dentro! —gritó Rye, contestando irreflexivamente.

Lisa se sintió incómoda. Ahora ya sabía por qué Rye parecía estar tan asombrado de verla. Había oído lo suficiente sobre el mal genio del Jefe Mac corno para no querer que Rye se convirtiera en su víctima. Miró a su alrededor con nerviosismo, preguntándose dónde estaría el jefe.

—Shorty quiere saber lo profundas que deben estar las brasas de carbón, a Diablo acaba de caérsele una herradura y Lassiter me ha dicho que te dijera que el doctor Long tiene que curar a una yegua con cólico antes de que pueda venir a ver a tu estúpida vaca —dijo

Jim mientras entraba en el establo. El cambio de la claridad de la luz del sol a la mala iluminación interior hizo que no viera durante unos instantes—. ¿Dónde diablos...? Ah, ya te veo. Shorty jura que ha visto el caballo que le diste a Lisa detrás del establo. ¿Quieres que lo compruebe?

—No —dijo Rye cortante.

—¿Estás seguro? Si Nosy la ha tirado o... —Jim se interrumpió al ver que Lisa estaba enfrente de Rye—. Oh, Dios, Dios. Qué boca más grande tengo. Lo siento muchísimo, jefe Mac.

Lisa no oyó la respuesta de Rye. Se había quedado paralizada por la sorpresa.

—Tú eres... —no pudo continuar. Tragó saliva mientras notaba la expresión rígida y poco afable de Rye—. El jefe Mac.

—Sí —dijo con rudeza.

Lisa miró asombrada a Rye, tratando de ordenar sus caóticos pensamientos.

—Lo siento, jefe Mac—murmuró Jim—. De verdad que no quería estropearte la broma.

Jim podría haberse callado. Rye se había quedado inmóvil, mirando fijamente a Lisa, mientras esperaba que una mirada calculadora reemplazara a la de deseo cuando le volviera a mirar.

Lisa se puso pálida como el papel al oír la disculpa de Jim.

No se dio cuenta de que el vaquero había salido sin hacer ruido del establo, y que de pronto había recordado las primeras palabras que Rye le había dicho al conocerla: «Eres diferente, pequeña. Si te conformas con un brazalete de diamantes en lugar de un anillo, creo que podremos pasar un buen rato.

Ahora, demasiado tarde, sabía lo que ese «diferente» significaba.

Rye le había avisado con palabras que no podían haber sido *más* claras, que sólo quería una cosa de ella, pero ella no había querido escuchar. Sobrecogida por su soledad y ansiedad, se había inventado un sueño maravilloso: un pobre vaquero llamado Rye.

De verdad que no quería estropearte la broma.

Las palabras de Jim resonaban en la mente de Lisa una y otra vez, obsesionándola.

Una broma, una broma, sólo una broma... todo lo que había ocurrido entre ellos, desde el primer instante, sólo había sido una broma. Rye era el jefe Mac, el gran mujeriego, el hombre que no deseaba sentar la cabeza y darle a su padre un heredero. El jefe Mac, que provenía de una familia con tanto dinero que a nadie le preocupaba ya lo grande que fuera la cantidad. Como sus mujeres. A nadie le importaba las muchas que hubiera tenido.

Lisa miró la bolsa de papel en cuyo interior estaba la camisa que le había hecho a Rye. Podía imaginarse lo que él iba a pensar de una prenda que había sido realizada bajo las condiciones más primitivas, una prenda que se notaba perfectamente que estaba hecha a mano. Ni siquiera las puntadas finales eran perfectas; no había dos ojales que fueran del mismo tamaño exacto; la camisa había sido planchada con un viejo trasto de hierro que había calentado con el calor de una piedra. Y hasta los botones eran horrorosamente sencillos.

La cara de Lisa recuperó el color al pensar en los botones. Seguramente todos eran de tamaño diferente, pero había puesto todo su empeño en ellos. Miró a Rye, tratando de encontrar las palabras para explicarle que lo había hecho con buena intención, que no sabía quién era él porque de otro modo nunca se habría atrevido...

Lisa se dio cuenta de pronto de otra cosa que la hizo palidecer de nuevo.

«No hay duda de por qué Rye no me ha pedido que vaya al baile con él. No es uno de los vaqueros, sino el dueño del rancho. La persona que vaya al baile con él no será una chica que no tiene dinero, ni educación formal, ni encantos sociales».

Lisa sintió ganas de echarse a reír, pero tuvo la suficiente fuerza de voluntad para no hacerlo. Sabía que si lo hacía, la risa se convertiría en un gemido de dolor. Pero no se humillaría así. Ahora estaba en la civilización, donde la gente enmascaraba sus emociones. Eso era algo que sencillamente tenía que aprender a hacer. Inmediatamente. En ese mismo instante.

Y entonces Lisa se dio cuenta de que no podía sonreír y felicitar a Rye por su forma de gastar bromas. Sencillamente no podía ser tan sofisticada. Nunca lo sería. Ella era como el prado: abierta a la luz del sol y a la lluvia, sin protección, sin defensas ni fronteras.

Eso era lo que necesitaba en ese momento. La tranquilidad inconmensurable del prado.

Lisa se volvió y salió corriendo hasta que se encontró con la fuerte luz del sol fuera del establo. Corrió hacia Nosy y la montó con la gracia de alguien que está acostumbrado a montar a pelo. El caballo empezó a moverse ante la urgencia de su jinete, pero se vio detenido por una mano que le cogió de las riendas instándole a que se quedara donde estaba.

—¡Soo, chico! Tranquilo, no te muevas. Tranquilo —dijo Rye, resistiéndose a los intentos del caballo por liberarse. Guando Nosy bufó y se quedó quieto, Rye miró a Lisa, pero sin soltar las riendas.

La primera cosa que Rye vio fue la palidez de su piel, y las líneas de tensión de su cara. Su expresión era la de alguien que ha sido

golpeado sin previo aviso y que estaba intentando encontrar el modo de evitar más bofetadas. Ella no le estaba mirando a él, sino la cima que se. erguía por detrás del prado. Su cuerpo casi vibraba por la necesidad de huir de allí. Rye sabía sin preguntarlo qué ella estaba ansiosa por sentir la paz del prado. Él también anhelaba estar allí. Pero ahora había dejado de existir, había desaparecido gracias a la equivocación de un vaquero que no podía tener la boca cerrada.

Rye susurró una palabra atroz. Lisa se acobardó y tiró de las riendas para irse de allí. No sirvió para nada. Las manos de Rye eran inamovibles.

—Intenté decírtelo cientos de veces —dijo con dureza.

Lisa volvió a tirar de las riendas. No se daba por vencida, pero sabía que no podía irse al prado sin antes tener una confrontación con Rye. Decidida, trató de mantener el poco control que le quedaba-de sí misma.

—Pero no me lo dijiste —-dijo ella, observando el prado y no a Rye.

Trató de sonreír, pero no pudo—. Si me lo hubieras dicho la broma se habría echado a perder. Lo entiendo. Ahora lo entiendo.

—Que no te lo dijera no tenía nada que ver con que quisiera burlarme de ti. No, después de que nos hiciéramos amantes.

Rye se dio cuenta de que Lisa retrocedía al oír la palabra amantes, de que se sentía avergonzada. Parecía vulnerable, indefensa. Inocente. Pero no lo era. Él le había robado esa inocencia. No. Ella se la había ofrecido a él, ¿no era así?

Maldiciendo al mundo y así mismo, Rye metió la cabeza por debajo de la del animal, sin dejar de sujetar las riendas, obligando a Lisa a que le mirara.

—No sé por qué me siento tan condenadamente culpable. ¡Tenía una buena razón para no decirte quién era realmente!

—Sí, claro —dijo ella educadamente, mirando por encima de la cabeza de Rye la cima que se erguía por encima del prado. Tiró de las riendas. No ocurrió nada—. ¿Puedo irme ya o quieres quedarte con tu caballo?

La forma de hablar educada y correcta que utilizó Lisa, consiguió que Rye perdiera el control.

—¡Sabes por qué no te lo dije, así que no te hagas la inocente! —dijo enfadado, agarrando con fuerza las riendas con una mano y el paquete con la otra.

—Sí. Tu broma.

—¡No era una broma, y tú lo sabes! ¡No te dije quién era porque

no quería que me desearas por mi dinero, sino por mí mismo! ¿Por qué demonios tengo que sentirme culpable por eso? Y antes de que me contestes, será. mejor, que sepas algo más. Sé-que viniste a América porque querías encontrar un marido que pudiera o vivir como tus padres, o que tuviera suficiente dinero para que tú no necesitaras trabajar.

La expresión de Lisa pareció cada vez más confusa con cada palabra que decía Rye. Aquello no mejoraba el humor de él.

—No te educaron para vivir en el mundo real, y tú lo sabes —continuó él con aspereza—. La época de las tribus no encaja con la . forma de vivir de la América del Siglo Veinte. Así que decidiste cazar a un hombre rico, o a un antropólogo, y terminaste ofreciéndote a mí, a pesar de que creías que era pobre estabas._totalmente-segura de_que no estaba dispuesto a estudiar a los hombres de la Edad de Piedra.. Tomé lo que me diste y nunca te prometí ni matrimonio ni nada por el estilo. Puedes dejar de fingir una inocencia que no existe. Sabías que el verano terminaría tan bien como yo, y que después descenderías de ese prado para lanzarte en los brazos de ese burro antropólogo, Ted Thompson, que lo tiene todo preparado para ti.

Rye se preguntó a sí mismo por qué de sólo pensar en ese hombre desconocido que esperaba a Lisa, su cuerpo se ponía rígido de frustración. Necesitaba sentir el deseo de Lisa y su dulzura. Lo necesitaba tanto como necesitaba el aire, y estaba luchando por ello del mismo modo que habría luchado por respirar.

Pero estaba perdiendo de todos modos. La estaba perdiendo. Había sabido que ocurriría, pero no que sería tan pronto ni que le dolería tanto. El dolor y la pérdida le enfurecía.

Sintió que las riendas empezaban a deslizarse de sus manos.

—¡No! —exclamó, agarrándolas con más fuerza—. ¡Hablame, maldita seas! ¡No te vayas así, como si yo no existiera!

Aquellas palabras hicieron que la determinación de Lisa por huir se desvaneciera poco a poco. Por primera vez miró directamente a Rye.

Él había esperado ver una mirada calculadora y feliz ante la ilusión del dinero que podría llegar a tener. Pero no vio más que la oscuridad que él también sentía. Dolor, pérdida y pesar, pero no rabia.

La falta de rabia desconcertó a Rye hasta que Lisa empezó a hablar. El exquisito cuidado con que eligió las palabras, la neutralidad de su voz, la forma en que le temblaba el cuerpo... cada una de esas cosas le dijo que ella estaba al borde de su aguante.

—No sé nada sobre ningún antropólogo, burro o de cualquier otro

tipo —dijo Lisa—. Mis padres me mandaron aquí para encontrar un marido, pero esa no es la razón por la que vine. Quería averiguar quién•-y qué soy yo. No encajaba en ninguna de las culturas en las que me crié. Siempre era la blanca, la extranjera, demasiado consciente de que había otras tradiciones, otros dioses, otras formas de vivir. Pensé que podría ser de aquí, de América, donde vino gente de todos los colores y tradiciones, y se formó una cultura mezclada. Estaba equivocada. No soy de aquí. Soy demasiado... pobre.

—Eso no dice nada acerca de nosotros —dijo Rye con frialdad.

Lisa cerró los ojos ante el dolor que traspasó su cuerpo.

—¿Qué quieres decir?

—Estás dolida y te sientes mal porque. te: he engañado, y en este. momento estoy furioso con todas las personas metidas en esto, incluido yo mismo. Pero en el fondo nada ha cambiado entre nosotros. Te miro y te deseo con tanta fuerza que casi no puedo mantenerme en pie. Tú me miras y ocurre lo mismo. Somos como una especie de fiebre que se ha metido en la sangre del otro. Eso no ha cambiado.

Lisa miró a Rye, se dio cuenta de lo tenso que estaba y de la expresión de fuera de sí que tenía, y supo que tenía razón. Incluso en ese momento en que la furia y el dolor se mezclaban dentro de ella, podía mirarle y seguir deseándole con la misma intensidad.

Rye vio el deseo en los ojos de Lisa, y sintió que las nubes que se habían cernido sobre ellos estaba desapareciendo lentamente. El final del verano llegaría... pero no ese día. No en ese momento. Podía respirar otra vez. Dejó escapar un soplido, y aflojó las riendas, para poner su mano en el muslo de Lisa.

—Hay algo bueno que podemos sacar en claro de todo este lío —dijo con rudeza—. Ahora que sabes quién soy, no hay ninguna razón por la que no puedas venir al baile.

Tan pronto como Rye mencionó el baile, Lisa recordó la camisa que estaba dentro de la bolsa que él seguía teniendo en la mano. De pronto se dio cuenta de que podía sobrevivir a todo excepto a que él viera esa camisa y se diera cuenta de todas sus imperfecciones.

—Gracias, es muy amable por tu parte —dijo Lisa rápidamente—, pero no sé bailar.

Le sonrió, rogándole en silencio que entendiera que no era la rabia o el orgullo lo que hacía que rechazara su invitación. Simplemente, estaría fuera de lugar allí.

Pero Rye no estaba de humor para entender nada.

De la parte frontal del rancho llegó la voz de Lassiter llamando al

jefe Mac. Rye maldijo en voz baja.

—Te enseñaré a bailar.

Ella movió la cabeza lentamente, incapaz de hablar.

—Sí —se opuso él.

—-Jefe Mac! ¿Estás aquí dentro? —gritó Lassiter, entrando en el establo—. Te llaman desde Houston...

—Será mejor que te vayas —dijo Lisa, cogiendo gentilmente las riendas otra vez.

Rye levantó la muño del muslo de ella,-y volvió a coger las riendas.

—No me iré hasta que accedas a venir conmigo al baile.

—¿Jefe Mac? Jefe Mac! ¿Dónde diablos estás?

—No creo que sea una buena idea —dijo Lisa a toda prisa—. La verdad que no sé nada sobre los vestidos americanos o...

—Olvídate de los vestidos —le espetó Rye—. ¡Te estoy pidiendo que vengas a un baile, no a que tomes notas sobre las prácticas curiosas de los nativos!

—Jefe Mac!

—¡Ya voy, maldita sea!

El caballo respingó con nerviosismo ante los gritos de Rye. Él sujetó las riendas con más fuerza y miró a Lisa.

—Vas a venir al baile —dijo con firmeza—. Si no tienes un vestido de fiesta, te lo compraré.

—No —dijo ella rápidamente, recordando demasiado bien el comentario de Rye sobre darle un brazalete de diamantes si le complacía—. No quiero ningún vestido. Ni brazaletes. Nada. Tengo todo lo que necesito.

Rye quiso decir algo en contra, pero al ver la expresión decidida de Lisa, se dijo que sería inútil.

—De acuerdo —dijo él con tirantez—. Ponte tus malditos vaqueros. A mí eso no me importa. Y si no quieres bailar nos dedicaremos a escuchar la música. Para eso lo único que hace falta es tener oídos, y no me cabe la menor duda de que tú tienes dos. No tendré tiempo para ir a la cabaña a recogerte. He pasado demasiadas horas fuera del rancho en las últimas semanas. Si no me pongo a trabajar, no habrá ningún baile... ni un rancho, tampoco, si quieres que te diga la verdad-Lisa sonrió tristemente mientras veía que Lassiter se acercaba por un lado y Jim llegaba corriendo por el otro. La idea de que estar con ella le había robado tiempo de su trabajo le resultaba al mismo tiempo sorprendente y molesta. Rye podría haber tenido tiempo para perder; el jefe Mac obviamente no.

—Mandaré a Lassiter para que vaya a recogerte mañana por la

tarde —dijo Rye—. Temprano.

Titubeando, sabiendo que estaba cometiendo una equivocación, Lisa asintió con la cabeza. No podría resistir no volver a ver a Rye.

Rye se sintió aliviado, tanto que creyó que por sus venas volvía a fluir la sangre. Miró a Lisa, tratando de ver tras las sombras el cariño y la alegría que siempre había habido en sus ojos.

—¿Pequeña? —dijo él, suavemente, acariciando su muslo mientras sostenía la bolsa de papel—. Perdóname por no habértelo dicho antes. Es sólo que no quería que las cosas... cambiaran.

Lisa asintió de nuevo y tocó el brazo de Rye ligeramente. Cuando uno de los dedos de él se enredó con uno de los suyos, ella le quitó la bolsa, soltó su mano, y al mismo tiempo tiró de las riendas. Cuando Rye se dio cuenta de que la bolsa no estaba en sus manos, Nosy ya estaba fuera de su alcance.

—¿Lisa?

Ella le miró, *su* cara estaba pálida, y sus ojos tan oscuros que no se distinguía el color de ellos.

—¿No has venido colina abajo sólo para darme esa bolsa?

Ella movió la cabeza e intentó que su voz pareciera despreocupada.

—Esto era para un vaquero llamado Rye. Él vive en el prado. El Jefe Mac vive aquí abajo.

Rye sintió la frialdad de sus palabras una vez más.

—Rye y el jefe Mac son ía misma persona.

Lisa guió el caballo hacia las montanas sin responder.

—-¿Lisa? —la llamó Rye—. ¡Lisa! ¿Qué querías darme?.

La respuesta llegó hasta él con el viento que venía de las altas cimas.

—Nada que necesites...

Rye se quedó inmóvil durante largo rato, escuchando las palabras que hacían eco en su mente. Notaba que le había quitado algo. Se dijo a sí mismo que se estaba comportando como un tonto; Lisa se había sentido herida y se había llevado el regalo que había querido darle, pero iba a ir al baile con él. La volvería a ver. El verano no había terminado.

Nada que necesites...

—Nada ha cambiado —se dijo a sí mismo con firmeza—. Ella todavía me desea, y no es dinero lo que quiere de mí. ¡Nada ha cambiado!

Pero eso tampoco lo creía.

Capítulo Once

Cuando Lisa se despertó la mañana del baile, se encontró con un día en que la tierra brillaba como un diamante, y el cielo destellaba como un zafiro. El aire era tan frío y puro que resplandecía casi como si estuviera pulido. Lisa se quedó inmóvil en la puerta de la cabaña, tratando de absorber la belleza del prado hasta que no pudo evitar sentir un escalofrío.

Sólo en una ocasión pensó en Rye, que era el jefe Mac, que no era Rye.

«No. No pienses en ello. No hay nada que puedas hacer para cambiar lo que ha ocurrido. Tengo que ser como los álamos. Les encantaría tener la suave fiebre del verano para siempre, pero no están irritados porque éste esté a punto de acabar. Ellos acumulan su belleza más perfecta para el final, para los momentos más amargos de su aventura veraniega. Y eso haré yo. De alguna manera».

Los vaqueros que Lisa se puso estaban tiesos por el frío, y llenos de parches de tantos colores como la mañana misma. Terminó de vestirse con una camiseta, una blusa, una sudadera, calcetines y zapatos, prácticamente todo lo que tenía en el armario.

Afuera, la luz del sol era tan brillante que las llamas del fuego de campamento resultaban casi invisibles a no ser por la sutil distorsión que hacían al alzarse hacia el cielo. El café olía divinamente, y le supo aún mejor ya que calentó su cuerpo helado. El contraste entre el frío y el calor, el hielo y el fuego, aumentó su sensibilidad.

Cuando los últimos restos de hielo se hubieron desvanecido, y todas las plantas estuvieron secas, Lisa saltó la verja del prado con la cámara en la mano. Sería la última vez que registraría el crecimiento de las plantas, ya que la helada había llevado el final de su crecimiento a su punto culminante.

El prado no había sido cogido por sorpresa. Había estado preparado para esa mañana brillante desde hacía meses, cuando los primeros brotes se habían desplegado por debajo de la nieve derretida en primavera. El verano había alcanzado su madurez. Las hierbas ondulaban al paso de la brisa, y sus capullos estaban llenos de las semillas que crecerían el próximo verano. Por encima de la hierba, los álamos temblaban y ardían; sus hojas eran de un amarillo tan dorado y vivido que Lisa no podía mirarlas sin tener que cerrar un poco los ojos.

Deambuló por el prado en silencio. Sus manos eran ligeras, rápidas y seguras a medida que cortaba los capullos con las semillas, cogiendo sólo lo que el doctor Thompson necesitaba de cada planta y

dejando el resto para el prado y sus criaturas. Cuando volvió a la cabaña, clasificó las bolsas numeradas y las puso a un lado. Después puso el carrete de las fotografías que había tomado en otra bolsa, y terminó metiendo el cuaderno de notas también.

El ángulo de la luz del sol, y su estómago avisaron a Lisa de que ya era más de mediodía. Tomó una comida fría mientras calentaba agua para lavarse el pelo. Mucho antes de que empezara a salir humo del cubo, oyó ruido de pisadas. Su corazón latió con fuerza, pero cuando se dio la vuelta, vio que era Lassiter.

¿Qué esperaba? Rye, el jefe Mac, dijo que mandaría a Lassiler,jr eso era lo que había hecho.

—Hola —dijo Lisa, sonriendo sin demasiada alegría—. ¿Has comido ya?

—Me temo que sí —dijo Lassiter con pesar—. El jefe Mac no quería que perdiera el tiempo por aquí cuando viniera a recogerte para llevarte al rancho. Justo cuando estaba a punto de salir, su padre llamó. El jefe tiene que conducir hasta !a ciudad para recogerle. Te diré la verdad, señorita Lisa, cuando el jefe Mac vuelva esta tarde, estará de un humor tal que podrá asustar a un oso enfurecido.

—Ya. Bueno, ponte una taza de café de todos modos mientras cojo algunas cosas de la cabaña. No le diré al jefe Mac que nos tomamos unos cuantos minutos de descanso si tú no se lo dices. .

Lassiter desmontó del caballo, y caminó hacia Lisa. La miró fijamente.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, gracias. Y no, no me he hecho ningún corte ni me he torcido nada, ni tampoco necesito provisiones o carretes —añadió, obligándose a sonreír mientras le hablaba.

Lassiter sonrió a su vez, aunque su pregunta no se había referido al examen que el jefe Mac realizaba siempre a cualquier vaquero-que hubiera visto a Lisa. Lassiter la observó fijamente mientras ella removía las cenizas del fuego con una habilidad que denotaba su gran experiencia. Notó que en ella había algo diferente, pero no pudo decir qué era exactamente.

—Ya veo que has tenido una helada la noche pasada —dijo finalmente, mirando las hojas amarillas de los álamos.

—Sí—dijo Lisa.

—Así y todo, hará calor durante unos cuantos días más.

—¿Tú crees? ¿Cómo lo sabes?

—El viento ha cambiado de dirección. Ahora viene del sur. Creo que vamos a tener un verano indio.

—¿Qué es eso? —preguntó Lisa.

—Una especie de corto período entre la primera helada y el principio del verdadero frío. Tiene todas las ventajas del verano, y ninguno de sus inconvenientes.

Lisa dirigió su mirada a los álamos.

—Un verano falso —murmuró—, pero con toda su dulzura. Los álamos lo saben.

Corrió rápidamente hacia la cabaña, y salió un momento después con una mochila. Su pelo estaba escondido por una bufanda que se había colocado alrededor del cuello. Lassiter había desatado y había puesto las bridas a Nosy mientras tanto. Al darle las riendas, miró a Lisa y se dio cuenta de lo que había estado echando en falta. No se había reído ni una sola vez.

—No quería herirte —dijo Lassiter con calma.

Lisa se volvió hacia él, desconcertada, ya que estaba pensando en los álamos, cuyas hojas ardían como miles de velas encendidas teniendo como fondo la intensidad del cielo azul.

—El jefe Mac —explicó Lassiter—. Bueno, ya sé que tiene muy mal carácter, y que no se da por vencido ante casi ninguna cosa, pero no tiene una mente estrecha ni enrevesada. No quería que esta broma te hiriera.-

Lisa sonrió con mucho cuidado.

—Estoy segura de que es así. Si no me he reído cuando debía, no te preocupes. Es sólo que no termino de entender muy bien vuestro sentido del humor.

—Estás enamorada de él ¿no? —dijo Lassiter en voz baja.

Ella le miró sin ningún tipo de expresión.

—¿Del jefe Mac?

Lassiter asintió.

—No —dijo efla, guiando al caballo hacia las vías del tren—. Estaba «enamorada» de un vaquero llamado Rye.

Durante un momento Lassiter se quedó con la boca abierta, mirando a Lisa, que se alejaba con el caballo. Después, montó rápidamente y la siguió fuera del prado. Durante todo el camino tuvo cuidado de hablar únicamente sobre el pequeño de Jim, el hoyo que Shorty había hecho para la barbacoa, y la vaca que Rye había estado curando el día anterior. Aunque Lisa seguía sin sonreír demasiado, era más ella misma cuando llegaron al final del camino, y si a veces su sonrisa no estaba de acuerdo con la tristeza de sus ojos, él no vio necesidad de sacarlo a colación.

Cuando Lisa y Lassiter llegaron al rancho, vieron que había coches caros aparcados por todas partes, cuyas carrocerías brillaban por debajo del polvo que habían cogido en el camino. También había

caballos extraños en el establo. Un gran toldo salía por encima del tejado del corral, que se había puesto para proteger las mesas de las tormentas del atardecer que a veces azotaban esas tierras. La gente gritaba, saludándose unos a otros, mientras llevaban platos a la cocina del rancho. Toda la gente parecía conocerse entre sí.

Lisa tuvo una sensación conocida, una combinación de tristeza e incomodidad por ser la única que no pertenecía a ninguno-de los clanes que se habían reunido allí. Sería bien recibida, eso sí. ¿Pero miembro de la tribu? Eso nunca.

-—Bueno, ya veo que los hijos de Leighton han venido por el High Pass, el camino que solían utilizar antes de que la autopista fuera construida —dijo Lassiter,

Lisa miró hacia el establo, donde tres caballos extraños tomaban heno de un pequeño montón.

—¿High Pass?

—El sendero por el que me preguntaste poco antes de que cruzáramos el primer arroyo, y después del atajo que el jefe Mac suele utilizar. El sendero va por las montañas hasta la casa de los Leighton. Desde allí, sólo hay dos o tres kilómetros hasta la ciudad —Lassíter volvió a mirar los coches aparcados, y maldijo entre dientes—. No veo el coche del jefe Mac. Eso significa qué su padre ha perdido el avión. Menuda faena —continuó, suspirando—. El jefe va a llegar mordiéndose las uñas como mínimo. Venga, te enseñaré dónde vas a dormir, y así no tendré que soportar su bronca si no lo hago.

—¿Dormir?

—El jefe Mac; dijo que dejara tus cosas en su habitación —dijo Lassiter despreocupadamente, mirando a todas partes con tal de no ver lo sonrojada que se había puesto Lisa—. Es la más grande justo aliado de la sala de estaré Su hermana y su amiga; y su padre y sus amigos ocuparán el resto de las habitaciones —continuó Lassiter a toda prisa—, así que no hay mucho donde elegir.

—No hay problema —dijo Lisa—. No me quedaré esta noche, así que sólo necesitaré la habitación para asearme y cambiarme de ropa.

—Pero el jefe Mac dijo...

—¿Dejo a Nosy en el establo o en el pasto? —le interrumpió Lisa con firmeza, pero sin mala educación.

La idea de que Rye, no, no Rye, sino el jefe Mac hubiera asumido que ella se iba a meter en su cama sin ningún problema, enfureció a Lisa. Por primera vez desde que había descubierto quién era Rye, se sentía no sólo triste y engañada, sino también insultada. Podía aceptar que el verano terminara sin verdadera rabia, ya que vivir en tribus diferentes le había enseñado que el paso de las estaciones era

algo tan inevitable como el paso de la luz a la oscuridad, para después volver a la luz.

Pero lo que no podía aceptar era convertirse en la última mujer del jefe Mac.

—Dejaré a Nosy en el establo —-dijo Lassiter, observando a Lisa, en cuya expresión notaba que había pasado de sentirse humillada a enfadada—. Le vendrá bien tomar un poco de avena después de haber estado comiendo hierba durante las últimas semanas.

—Gracias —dijo ella—. ¿Dejarás la silla en la puerta del establo?

—Me dijo que la pusiera en otra parte. También me dijo que no la ibas a necesitar más, ni al caballo tampoco —Lassiter se aclaró la garganta, y añadió con incomodidad—. Está bastante claro que el jefe Mac espera que te quedes aquí.

—¿En su habitación? —preguntó Lisa, levantando una ceja—. ¿Con él? No lo veo muy probable, ¿no te parece? Le conocí ayer. Debe haberme confundido con alguna de sus otras mujeres.

Lassiter abrió la boca, la volvió a cerrar, y después sonrió con desgana.

—No me dijo nada sobre dónde pensaba dormir él. Sólo dónde había pensado que durmieras tú. Ninguna mujer ha pasado la noche aquí. NÍ siquiera una vez.

—Dios mío. La verdad es que no me gustaría que cambiara sus costumbres por mí. Sobre todo, después de conocerle de tan poco tiempo.

Poco a poco, la sonrisa de Lassiter se fue convirtiendo en una gran carcajada. Miró a Lisa con admiración.

—Supongo que ahora quieres devolvérselas todas juntas, ¿no?

—¿Que quiero qué?

—Piénsalo un poco —dijo él suscintamente.

La idea no se le había ocurrido a Lisa en esos términos. Pero en cuanto lo pensó, se sintió más que tentada. Entonces pensó en los álamos que se quemaban lentamente, cada hoja proclamando el final del verano y el del calor. No tenía más oportunidad para vengarse de Rye en su propio juego, que las hojas de permanecer verdes durante el invierno.

Lisa desmontó del caballo, cogió su bolso y entró en la casa mientras Lassiter se llevaba a Nosy. Hasta para ella, que tenía tan poco ojo crítico, los muebles del rancho eran espartanos, a excepción de la oficina. No había nada de segunda clase o usado en lo que se refería al ordenador, así como no había nada barato en lo concerniente al ganado, a los caballos, o al salario de los hombres que trabajaban para el jefe Mac.

No dudó un momento sobre cuál era la habitación de Rye. Era la única que tenía una cama lo bastante grande para él. A un lado de la habitación había un cuarto de baño con una bañera enorme. Lisa cerró la puerta de la habitación con cerrojo después de entrar. Sacó de su bolsa el trozo de tela color violeta, lo estiró, y lo colgó en una percha del cuarto de baño. Se dio una ducha que duró largo rato, disfrutando de cada gota de agua caliente que caía sobre su piel, sintiéndose como una reina en el baño de un palacio. Cuando salió de la ducha, el vapor había quitado casi todas las arrugas de la tela. El resto lo hizo la pequeña plancha que encontró en el armario de Rye.

Después de intentarlo varias veces, consiguió poner en marcha un secador que había en el cuarto de baño. No podía imaginarse a Rye utilizándolo, al igual que no podía imaginárselo utilizando el champú y el gel de.esencias que había visto en la bañera. Ella había estado a punto de no usarlo también, ya que los frascos estaban sin abrir.

Tal vez llevaba mujeres allí más a menudo de lo que Lassiter creía.

Con tristeza, Lisa se secó el pelo hasta que éste le cayó sobre los hombros con naturalidad. Se hizo en los ojos la misma línea que las mujeres orientales se hacían desde el principio de los tiempos. El rímmel

hizo que sus largas pestañas fueran tan negras como sus pupilas. Se pintó los labios con un ungüento que llevaba en un frasco poco más grande que su dedo pulgar. El perfume que utilizó era una mezcla de pétalos de rosa y almizcle, y era tan antiguo en el mundo de los cosméticos como el kohl que se había puesto en los ojos."

Se cogió el pelo en una especie de moño que aseguró con dos palillos de ébano. Los palillos estaban decorados por pequeños trozos de concha, al igual que lo estaban los brazaletes que se puso en la muñeca izquierda. Unas babuchas de color negro pasaron de la bolsa a sus pies. Después, cogió el trozo de rica tela color violeta y empezó a enrollárselo en el cuerpo como si fuera un sari. El último metro de la tela formó una especie de capucha sobre su pelo, que hacía que sus ojos brillaran de un modo increíble.

—¿Lisa? ¿Estás ahí dentro? Abre, Tengo que ducharme, y Cindy se ha apropiado del otro cuarto de baño. y

Lisa saltó al oír de pronto la voz de Rye. Su corazón se aceleró.

•No puede ser Rye. Es demasiado pronto».

Dirigió la mirada a la ventana y se dio cuenta de que el atardecer había llegado a su fin. Empezó a caminar hacia la puerta de la habitación, pero se detuvo cuando su mano tocó el picaporte. No estaba preparada para enfrentarse con Rye.

—¿Lisa? Sé que estás ahí dentro. ¡Abre la maldita puerta!

Antes de que ella pudiera hablar, oyó a Lassiter gritar.

—¿Jefe Mac? -Jefe Mac! ¿Estás en casa? Blaine dice que la vaca está mordiendo sus puntos de sutura. ¿Quieres que llame al doctor o prefieres curarla tú mismo otra vez?

Lo que Rye dijo en respuesta convenció a Lisa de que Lassiter había tenido razón; en ese momento Rye estaba del peor humor posible. Oyó sus pasos de impaciencia desde la habitación a la puerta principal. Cuando se cercioró de que había salido de la casa, miró a hurtadillas, no vio a nadie, y corriendo salió de la habitación. Cuando dobló la esquina de la sala de estar, estuvo a punto de tropezar con una mujer alta y delgada que tenía el pelo del color de la canela, el porte de una reina o de una modelo... y un brazalete de diamantes muy caro en su elegante muñeca,

—Dios mío —dijo la mujer, mirando a Lisa—. ¿Desde cuándo tiene Ryan un harem?

—¿Ryan?

—McCalI, el dueño de este rancho y de unos cuantos millones entre otras cosas.

—Ah. Otro nombre. Maravilloso. Buena pregunta eso del harem -—dijo Lisa, dando a la palabra la pronunciación oriental correcta—. Juraría que él tiene la respuesta. ¿Por qué no se lo preguntas la próxima vez que te compre un brazalete de diamantes?

—¿Perdón?

—Por fin te encuentro, Susan —dijo otra mujer—. Pensé que te había perdido por ese diablo de pelo plateado y lengua afilada.

Lisa se volvió y vio a una mujer alta, joven, y con un cuerpo muy bonito que se acercaba desde el porche. Su piel era muy fina, sus ojos de color negro, y llevaba puesto un vestido rojo de seda que se notaba que era de muy buena calidad.

—Dios mío —dijo Lisa, repitiendo las palabras de Susan inconscientemente—. ¿Tiene un harem de verdad?

—¿Lassiter? -—dijo la mujer de ojos negros—. ¿Por qué? Sí, me temo que sí. Pero le perdonamos. Después de todo, él es único y hay tantas mujeres necesitadas...

—No estoy hablando de Lassiter sino de Rye. Ryan. El jefe Mac. Edward Ryan McCall III —dijo Lisa.

—Se te ha olvidado «hermano de Gindy» —añadió la rubia con frialdad.

-—¿Quién?

—Cindy —dijo Susan sonriendo—, preséntate a esta pequeña doncella antes de que te clave uno de esos palillos de ébano tan elegantes. Por cierto, ¿dónde los compraste?

—En Sudán, pero no eran objetos de mercado, ni arte local —dijo Lisa, ausentemente, sin dejar de mirar a la morena alta. Al lado de ella y de Susan, Lisa se sentía muy poquita cosa.

«Debí haberme quedado en el prado. Aquí abajo no soy nadie. No realmente. No como estas mujeres. Dios mío, pero son guapísimas. Ellas son de aquí. Son reales. Yo no. No aquí, con toda esta gente que se conoce entre sí y Rye/Jefe Mac/Ryan/ Edward Ryan McCall III».

—Y el maquillaje de los ojos es de Egipto, de hace como unos tres mil años. El vestido es una variación de un sari —dijo Susan, señalando con los dedos cada cosa—, y los zapatos son turcos. Los ojos son totalmente de este mundo. El color es medio escandinavo pero con un cierto matiz gales, y tiene un cuerpo muy bonito, aunque no es muy alta, eso sí. Unos tacones solucionarían el problema. ¿Por qué no te pones unos?

—Susan ha sido modelo, y ahora tiene una boutique. No quería ser grosera —explicó la otra mujer.

—¿Yo? ¿Grosera?—dijo Susan, levantando las cejas—. El conjunto es extraño, pero queda imponente. ¿Es grosero decir que estaría aun mejor con unos tacones? Te ofrecería los míos, pero tendría que partirlos por la mitad. ¿Tu pelo es realmente rubio platino, o has utilizado algún tinte especial?

—¿Tinte? —preguntó Lisa, confundida.

Susan gimió.

—Es de verdad. Rápido, métela en un armario porque si no ninguno de los hombres me mirará a mí.

Lisa parpadeó, estaba demasiado sorprendida de que la guapa modelo la envidiara como para decir algo.

—Vamos a empezar desde el principio —dijo la morena, sonriendo —. Soy Cindy McCall, la hermana de Ryan —se rió al ver la expresión de Lisa, que revelaba sus pensamientos—. Esa mirada de alivio es más encantadora que todos los gestos sofisticados juntos —dijo Cindy—. No es que te culpe. Competir con Susan por Ryan ya es bastante problema para cualquiera, sin meter una morena grandota por medio. Por desgracia, me temo que las dos no vais a conseguir nada con mi hermano. Ryan ya ha encontrado a alguien y la verdad es que tengo mucha curiosidad. Pero hay otros hombres solteros por ahí, mucha comida, e incluso veo una botella de vino encima de la mesa. En resumen, hay más razones para sonreír que para lamentar.

Lisa cerró los ojos, y se ahogó un gemido de incredulidad mientras las palabras de Cindy hacían eco en su mente. «Ryan ya ha encontrado a alguien».

-—No te cree —dijo Susan—. ¿Crees que tiene un nombre o la

habrá dejado Tinkerbelle por el camino mientras iba a cazar un caimán?

—Creo que era un cocodrilo —dijo Cindy.

Susan se encogió de hombros.

-—Con cualquiera de los dos se hacen unos zapatos estupendos. Ah, ya ha vuelto en sí. Si estamos muy quietas, tal vez nos diga su nombre.

Lisa sonrió tristemente.

—Soy Lisa Johansen.

—Vaya, estaba en lo cierto en lo de la ascendencia escandinava— dijo Susan con triunfalismo.

Lassiter apareció de pronto por detrás de Susan. Se inclinó levemente, le dijo algo al oído que sólo ella pudo oír tras lo cual brillaron sus ojos, y su mano se deslizó para coger la de él,

—Tráela antes del amanecer —dijo Cíndy, observando cómo Lassiter y Susan se marchaban.

—¿Tienes algún día en particular en mente? —preguntó Lassiter.

Cindy se rió y movió la cabeza. Lisa la miró fijamente, pero no vio ningún signo de celos o dolor en su expresión.

—¿No te importa? —preguntó Lisa.

—¿Li y Susan? —Cindy se encogió de hombros—. Ya son mayorcitos. Esperaba conseguir que Ryan se fijara en ella, pero ya no puede ser dado que él está con otra persona.

—¿Dónde está... ella ahora?—preguntó Lisa con nerviosismo.

—¿Quién?

—La mujer de Rye, digo de Ryan.

Cindy sonrió con extrañeza.

—¿Conoces algún sitio que esté fuera del tiempo por aquí?

-¿Qué?

—Me dijo que su nombre era Mujer, y que vive en un lugar fuera del tiempo. Por eso es por lo que no puedo conocerla. Hay demasiados relojes en el rancho.

Lágrimas de amargura se agolparon en los ojos de Lisa cuando se dio cuenta de que ella era la persona que Rye había descrito a su hermana... y éí sabía, también, que Lisa no existía allí abajo. Ella sólo existía en el prado, que no conocía el tiempo, donde un pobre vaquero llamado Rye iba a vería cuando podía.

—Pero quiero verles juntos —continuó Cindy tristemente—. Aunque sólo sea por un segundo, quiero ver lo que es ser deseado por uno mismo, no por tu cuenta bancaria.

Lisa se dio cuenta del anhelo que había en la voz de Cindy, y al mismo tiempo recordó algo que le había dicho Rye. «Por una vez, por

una vez en mi vida, voy a saber lo que es ser deseado como hombre. Como un hombre llamado Rye».

Lisa no había entendido lo que había querido decir en ese momento. Pero ahora sí. Lo entendía, y le dolía más de lo que habría creído posible. No por ella misma, sino por Rye. Le amaba tal y como siempre había deseado ser amado, y nunca la creería, ya que no era un vaquero llamado Rye. Él era Edward Ryan McCall III, heredero de montones de dinero pero de poco amor.

—Olí, mira qué niño tan precioso —dijo Cindy.

Lísa vio que Jim entraba henchido de orgullo, con un niño en los *brazos.*

—Aquí estás. Betty me dijo que tenía que enseñarte el nuevo diente de Buddy.

El pequeño movió los puños, y miró fijamente a Lisa. Ella sonrió con deleite. Después de un segundo, Buddy le devolvió la sonrisa. El nuevo diente brilló. Buddy parecía feliz.

—Y le está saliendo otro —dijo Jim, con tono entre orgulloso y resignado—. Eso de que a los niños les salgan los dientes es casi tan duro como toparse con una serpiente ciega.

Cindy parpadeó.

—¿Perdona?

—Una serpiente de cascabel que acaba de mudar de piel no puede ver —explicó Jim-—. Pica a cualquier cosa que se mueva. El resto del tiempo las serpientes son bastante tranquilas.

—Si tú lo dices —dijo Gindy sin creérselo del todo.

Buddy se puso a lloriquear. Jim le movió con nerviosismo; se notaba que se le daba mejor estar sobre una silla de montar que tener a su propio hijo en brazos. Buddy lo notaba perfectamente. Sus gemidos fueron haciéndose más fuertes, hasta que pareció que se sentía realmente infeliz. Jim parecía desconcertado.

—¿Puedo? —preguntó Lisa, sonriendo, y ofreciendo sus brazos.

Aliviado, Jim le pasó al niño.

—Es tan pequeño que siempre tengo miedo de que se vaya a romper o algo así.

Lisa sonrió con dulzura. Sin dudarlo, empezó a mecer a Buddy entre sus brazos mientras le hablaba en voz baja y suave. Los ojos del niño brillaron al ver la tela brillante que Lisa llevaba encima de la cabeza. Sus pequeños dedos se dirigieron a ella, y la empujaron. La prenda se deslizó y cayó sobre los hombros de Lisa. La atención del niño se desvió de la prenda a los palillos de ébano que sostenían su pelo. Con sus pequeñas manos, intentó tocar los adornos, pero descubrió que sus brazos eran demasiado cortos. Su cara se enrojeció

y después se entristeció de frustración.

Antes de que se echara a llorar, Lisa se quitó los dos palillos, sabiendo que si dejaba uno en su sitio, ese sería el que Buddy querría.

El niño cogió los palillos, pero se sorprendió al verse envuelto en la melena de Lisa, que caía sobre él. Largos mechones se deslizaron despacio, y después con más rapidez, hasta que el peinado estuvo totalmente deshecho, y su pelo cayó como una cortina de seda hasta sus caderas.

—Oh, señorita Lisa, le ha arruinado el peinado. Lo siento muchísimo —dijo Jim apenado.

—No pasa nada —dijo ella—. Buddy es como los niños de todas partes. Le gustan las cosas que son suaves y brillantes.

Clavó los palillos en la tela del vestido, se recogió un mechón de pelo y empezó a acariciar las mejillas del niño hasta que éste se echó a reír alegremente, enseñando tanto su nuevo diente como el otro que estaba tratando de salir.

—Duele, ¿eh' pequeño? -—murmuró ella.

Gentilmente Lisa puso su dedo en el sitio exacto. AI instante Buddy empezó a mordisquearlo y una expresión de alivio alumbró su cara. Riéndose suavemente, y sin dejar de mecerle, le canturreó una nana africana, tan perdida en otro mundo como el pequeño debía sentirse en sus brazos.

Cindy no dejaba de observaría, aturdida por la imagen del pequeño envuelto entre los mechones de pelo. Los movimientos suaves de su cuerpo mientras fe mecía difundían ondas de luz por todo su pelo, pero a pesar de que éste le pareciera extraordinario, no lo era tanto como la comunicación indescriptible y elemental que había entre ella y el niño.

«Su nombre es Mujer y vive en un sitio fuera del tiempo».

Cindy no se dio cuenta de que había expresado sus pensamientos en voz alta hasta que oyó la voz de Rye por detrás de ella.

—Sí.

Lisa levantó la cabeza lentamente. Rye la miró a los ojos, pero en lugar de ver las ansias de dinero que tanto temía, sólo encontró oscuridad y misterio. Lisa se negaba a dejarle ver lo esencial que se escondía bajo las sombras de todo lo que no había sido aún dicho.

—¿Dónde se ha ido mi. hijo? —bramó una voz masculina desde fuera de la habitación.

—Está conmigo, papá —dijo Cindy.

—¡Bueno, tráelo para acá! Betty Sue y Lynette no han venido desde Florida sólo para hablar con un anciano.

Rye se puso rígido, y se volvió para dirigir a su padre la clase de

mirada que habría detenido en seco a cualquier otro hombre. Pero se encontró con la sonrisa decidida de su padre, que puso sus manos en los hombros de las chicas y las empujó hacia su hijo.

—Ahí está, chicas, mi hijo mayor y mi heredero, la única persona en la superficie de la tierra que es todavía más testarudo que yo. La primera chica que me dé un nieto tendrá más diamantes de los que podría coger con las dos manos.

Una carcajada resonó por la habitación.

—Le supliqué que no hiciera esto —murmuró Cindy.

Rye gruñó con enfado.

—Preséntale a Lisa —dijo Gindy rápidamente—. Tal vez coja la indirecta.

—La única forma en que podría coger la indirecta sería dándole un buen puñetazo en la nariz. ¿Sabes una cosa? Estoy deseando dárselo.

—¡Ryan, no puedes hacerlo!

—Que te lo has creído que no puedo.

—Es tu padre. Sería peor, no serviría para nada. Está tan desesperado por tener un nieto, que ha estado llevando chicas a mi casa últimamente para que las conociera antes que tú.

—Así que 'es por eso por lo que has querido saber el nombre de ella en cuanto has llegado.

—Esto... yo...

Rye siseó una palabrota cuando su padre se acercó aún más a él, con las dos rubias de la mano.

Cindy cerró los ojos, rezó una oración en silencio, y dijo rápidamente:

—Hola, papá. Me gustaría que conocieras a alguien muy especial. Se llama Lisa Johansen y ella... ella... -—la voz de Cindy se desvaneció cuando se dio la vuelta, buscando a Lisa.

Nadie estaba detrás de Cindy excepto Jim y su hijo, que dormía plácidamente en sus brazos.

Capítulo Doce

Bajo la brillante luna nueva, que iluminaba la noche con su luz plateada, Rye no se arriesgó a coger el sendero que solía tomar como atajo para ir al prado. En su lugar, tomó el camino de la vía del tren, siguiendo las huellas que se habían quedado grabadas en la tierra y que todavía estaban húmedas por la tormenta que había habido al anochecer. Se concentró únicamente en esas huellas, y dejó que el resto de! mundo se perdiera en la nada. No quería pensar en la pelea que había tenido con su padre en el establo, ni en las sombras en los ojos de Lisa, o en la rabia y miedo que había sentido cuando se había vuelto y había visto que ella se había marchado, casi como si nunca hubiera existido, sin dejarle siquiera una nota, una caricia, nada.

«El verano no ha terminado», se dijo firmemente. «No puede irse».

Las nubes arrastradas por el viento tapaban parcialmente la luna, debilitando su brillo brevemente hasta que se disolvían; entonces, sólo la noche y las estrellas permanecían.

Las ramas de los árboles perennes suspiraban y gemían mientras sus copas eran mecidas por los dedos transparentes del viento. La noche parecía inquieta, suspendida entre el frío y el calor, con la brisa que iba y venía, jamás inmóvil, casi como si el aire estuviera buscando respuestas a preguntas sin formular en la oscuridad que yacía bajo el ojo ciego y plateado de la luna.

Pero el prado estaba callado, inmóvil excepto por el sonido inquietante de los álamos mecidos por el viento. El bufido de un caballo llegó a través de la noche. Diablo contestó y trotó rápidamente hacia donde estaba atado entre los álamos.

El sonido de pisadas hizo que Lisa se alzara de un montón de sábanas y mantas. No había dormido más que unos minutos desde que había vuelto al prado. Había esperado que Rye fuera a verla después del baile, pero había tenido miedo de que no lo hiciera. Incluso en ese momento, no confiaba en sus propios oídos. Había deseado oír ruido de

pisadas acercándose al prado con tanta ansiedad que las había escuchado cada vez que se había quedado dormida, y entonces se había despertado con el corazón agitado, y las pisadas retumbando en su mente.

Pero esa vez los sonidos eran reales. Se puso de pie de un salto y abrió la puerta de la cabaña.

—¿Lisa?

Ella corrió hacia él, incapaz de no demostrar su alegría. Rye la cogió entre sus brazos, la abrazó con Fuerza, dejando que su pelo

cayera como una cascada sobre sus propios hombros. Las lágrimas de Lisa quemaron su piel, sorprendiéndole.

—Tenía miedo de que no fueras a venir —dijo ella una y otra vez, sonriendo, llorando, y besándole entre una palabra y otra—. Tenía tanto miedo...

—¿Por qué te fuiste? —preguntó, pero su única respuesta fue seguir besándole y apretarse con más fuerza a él—. Pequeña —susurro, perturbado por emociones que no podía describir—. Sea lo que sea, no te preocupes. Estoy aquí... estoy aquí.

La llevó a la cabaña y se tendió con ella sobre las mantas, sin soltarla ni un segundo, olvidando su rabia y sus preguntas en su deseo de reconfortarla. Después de un largo rato, Lisa empezó a tranquilizarse y dejó de llorar.

—Lo siento —dijo Lisa finalmente—. Quería ser como... como las hojas de los álamos. Ellas sonríen con tanta alegría, siempre, no importa lo que ocurra, y de pronto yo... yo no pude, y... lo siento.

Rye la acalló besándola con afecto en los labios y en los ojos llenos de lágrimas, y después la abrazó con más fuerza aún. Poco a poco, Lisa se fue relajando, mientras absorbía la presencia de Rye al igual que él absorbía la suya. Ya tranquila, notó que su cuerpo se amoldaba una vez más a cada músculo del cuerpo masculino. El cerró los ojos y la apretó contra sí, aspirando su aroma, y murmurando palabras cariñosas hasta que su respiración se normalizó.

Sintió los besos que ella le daba en él cuello y sonrió, teniendo la impresión de que le habían quitado un peso muy grande del corazón.

—¿Ya puedes decirme qué es lo que te pasa? —murmuró Rye, frotando su mejilla contra la suave melena de Lisa.

Ella movió la cabeza y le miró fijamente. Sus ojos brillaban acuosos por las lágrimas y con algo de deseo también.

—Ya estoy bien —dijo ella, acariciando con la nariz la mejilla de él, aspirando su aroma—. Estás aquí.

—¿Pero qué...?

Rye sintió que Lisa le mordisqueaba !a oreja y olvidó la pregunta que había querido formular. Empezó a acariciarle la espalda queriendo algo más que tranquilizarle. El cambio produjo que sintiera una ola de calor en su oído.

—Te vas a meter en problemas si haces eso —le avisó él con ternura.

—Preferiría meterme dentro de tu camisa —murmuró ella, acariciando el pecho de Rye con sensualidad.

—Lleguemos a un acuerdo —dijo él con voz ronca—. ¿Qué dices de mis pantalones?

Ella sonrió y le mordió la oreja. Cuando se volvió para besarle él la estaba esperando sonriendo. Se burlaba de él, como él se había burlado de ella una vez, pasándole la lengua por los labios hasta que Rye no pudo soportar más. Se movió repentinamente, y trató de capturar la boca de ella para besarla del modo que deseaba. Gimió cuando ella le eludió.

—Ven aquí —dijo Rye con tono firme y ansioso.

Lisa se rió coqueta al tiempo que obedecía. Le besó con una violencia que traspasó los límites de la pasión. El beso se fue haciendo más y más profundo, mientras Lisa iba practicando lo que había aprendido de él.

Y eso era sólo una de las cosas que él le había enseñado.

Lisa tembló al pensar en las formas diferentes en que Rye se había burlado de ella y le había dado placer. Quería excitarle y satisfacerle de esa misma manera, si conseguía que él dejara su cuerpo en libertad. ¿Le gustaría a él que le hiciera el amor con los labios y las manos?

-¿Rye...?

—Bésame otra vez de ese modo —dijo él con voz ronca, buscando la boca de Lisa mientras hablaba—. Sin final, sin principio, nada excepto nosotros dos.

Lisa juntó su boca con la de Rye, y le besó con la misma violencia que él mientras ef tiempo quedaba suspendido entre la estación del fuego y la llegada del hielo. El beso cambiaba a cada segundo, unas veces burlón, otras profundo, pero siempre apasionado y total, hasta que llegó un momento en que ninguno de los dos pudo soportar más.

Pero tan pronto como sus bocas se separaron, él volvió a besarla con una necesidad que rayaba en lo imposible.

—Otra vez —murmuró Rye—, No te detengas, pequeña. Te necesito demasiado. Te busqué por el rancho y no estabas en ninguna parte.

Lisa supo todas las cosas que Rye no había dicho, su rabia y su desconcierto, su ira indescriptible al darse cuenta de que todo había cambiado antes de que él estuviera preparado para que se produjera siquiera un solo cambio,

—No pertenezco a allí abajo —murmuró Lisa, sin dejar de besar a Rye, sin dejarle que dijera nada más-—. Pertenezco a este sitio, a un prado y a un hombre llamado Rye. Sólo un hombre llamado Rye.

El beso profundo y apasionado que Lisa le dio hizo que Rye gimiera de placer, y que deseara más y más. Su cuerpo se excitó y endureció con la misma necesidad con que buscaba la boca de ella, para beber su esencia con una sed que no conocía límites. Ella le

desabrochó y le quitó la camisa y él gimió al sentir la piel femenina contra la suya, sin ropas que estorbaran sus caricias.

—Pequeña, acércate más —murmuró Rye, atrayendo a Lisa hacia sí, hasta que sus piernas se separaron, y se quedó medio sentada, y medio tendida encima de él—. Necesito tu boca. Necesito...

Lisa sintió el escalofrío que recorrió el cuerpo de Rye cuando ella eludió su beso, y empezó a mordisquearle un pezón. Escuchar sus gemidos, sentir cómo su piel se sensibilizaba más con cada una de sus caricias la excitaba más de lo que podía soportar. Olvidó todo excepto al hombre que se estaba dejando llevar por su sensualidad, que la observaba con los ojos llenos de deseo y pasión.

Acarició su pecho con las mejillas, mientras con las manos exploraba cada centímetro de sus hombros. Deseaba sentir cómo se erizaba cada poro de su piel, cada músculo, cada pequeña fibra con la que se encontraba. Su excitación era tal, que cuando se encontró con la tela de sus pantalones, no pudo soportarlo, y empezó a desabrocharle el cinturón.

Entonces Lisa se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Miró a Rye, preguntándole en silencio si quería que siguiera. La pasión que notó en sus ojos, hizo que algo estallara dentro de ella, llenándola de calor.

—¿Qué quieres? —preguntó con una voz tan profunda y suave que era casi como un beso.

—Desnudarte.

—¿Y después? -—preguntó él, sonriendo.

—Darte placer —murmuró ella, mordiéndose un labio sin darse cuenta—. ¿Quieres?

Lisa sintió la respuesta de Rye en la forma en que su cuerpo se endureció.

—Siempre he creído que algún día moriría bajo las suaves caricias de tus labios —murmuró él.

Lisa pronunció su nombre en voz baja y ronca, haciéndole una promesa y ofreciéndole un gemido de placer al mismo tiempo. Quiso besarla una vez más, pero ella se escabulló, dejando que él acariciara su pelo. Le quitó una bota, después la otra, para seguir con los calcetines, hasta que sus pies quedaron desnudos. Entonces metió los dedos por debajo de la tela del pantalón, hasta que sintió que el vello de sus piernas se erizaba al contacta. El poder de sus músculos la sorprendió y excitó al mismo tiempo.

Entonces, sacó las manos de debajo de la tela del pantalón, y empezó a acariciarle los muslos, hasta que llegó hasta su sexo que parecía bastante duro, pero que no llegó a acariciar. Él gimió, entre protestando, y suplicando, ya que necesitaba sentir esas caricias

también.

La segunda vez Lisa no dudó un segundo en poner su mano sobre el sexo de él. Levantó la mano, alcanzó la hilera de botones, y entonces se detuvo, tratando de controlar el temblor de sus manos.

—No tienes que hacerlo —dijo Rye suavemente—. Sigues siendo tan inocente en tantas cosas... Lo entiendo.

—¿De verdad? —preguntó Lisa—. Te deseo, Rye. Quiero todo de ti. Lo quiero esta noche. Lo quiero... ahora.

Rye contuvo el aliento mientras sentía cómo Lisa iba abriendo los botones. Se movió por debajo de sus caricias, y después sintió un escalofrío cuando ella le tocó. Cuando Lisa se dio cuenta del placer que le proporcionaban sus caricias, su cuerpo tembló con la misma clase de fiebre que hacía que el cuerpo de el se excitara cada vez que le tocaba. Sus últimas dudas desaparecieron al sentir que su propio cuerpo ardía de deseo por. él.

—Haces que me sienta como un regalo en la mañana de Navidad —dijo Rye gimiendo de placer.

—Eres un regalo —murmuró Lisa, sin dejar de acariciarle—. Eres maravilloso... pero llevas demasiada ropa aún —añadió, sonriendo y quitándole los pantalones al mismo tiempo.

-Termina el trabajo —dijo Rye, riéndose y demostrando una necesidad que estaba consiguiendo sacarle totalmente de sí.

No dudó un instante en desnudarle totalmente esa vez, pero a pesar de todo, no estaba dispuesta a entregarse todavía. Rye tampoco tenía prisa, quería sentir las caricias de Lisa.

Entonces Lisa desapareció en la oscuridad por unos instantes. Cuando reapareció, iluminada por la luz de la luna, estaba tan desnuda como Rye. Cuando vio sus pezones erectos, y el resto de su cuerpo, Rye contuvo el aliento y soltó un suspiro de placer.

—¿Dónde estábamos? —bromeó ella, sin dejar de mirar el cuerpo tendido de Rye—. Sí, ahora me acuerdo —dijo. Se puso de rodillas, dejando que su melena cayera sobre el cuerpo de él—. Era verano, y el prado era una alfombra dorada que temblaba cuando nosotros lo hacíamos, moldeando nuestros cuerpos. No había pasado, ni futuro, ni tú, ni yo, sólo la luz del sol y... esto —cogió un mechón de su cabello, y se inclinó sobre él, para quemar su piel con sus caricias, al tiempo que su lengua repasaba cada centímetro de carne que su pelo tocaba—, ¿Te acuerdas?

Rye quiso responder, pero no pudo. El placer que sentía era tan fuerte que no le dejaba emitir más que gemidos, que a su vez excitaban aún más a Lisa. Con fuerza apretó sus muslos, sintiendo la profundidad y el poder de sus músculos, el calor de su piel y la

intensa intimidad de poder explorar todo su cuerpo, oír su respuesta, sentirla, saborearla.

—Pequeña —murmuró él—, no sé durante cuánto tiempo podré soportar esto antes de.:.

La última palabra estalló en el aire con un gran gemido de placer. Las frías y secas caricias del pelo de Lisa sobre su vientre eran un violento contraste con el húmedo calor de su boca. Intentó hablar otra vez, pero no pudo, ya que no le había quedado voz, no recordaba las palabras, ya que nada existía, nada excepto el éxtasis que ella le estaba ofreciendo. Se dejó llevar totalmente por lo que ella le hacía hasta que supo que debía entrar dentro de ella pronto porque si no moriría. Alargó la mano hacia ella, pero una dulce sensación de placer le obligó a detenerse.

-—Ven aquí —susurró Rye—. Ven aquí, pequeña. Déjame hacerte el amor.

Lisa le oyó, y sintió la necesidad de Rye en cada fibra de su cuerpo. Con una desgana que estuvo a punto de hacer que él perdiera totalmente e! control de sí mismo, su boca se separó de él. Entonces Rye le acarició los pezones, y ella gimió suavemente. No había sabido hasta ese instante lo mucho que había necesitado sus caricias.

—Acércate más —dijo Rye, sin dejar de acariciar el pecho de Lisa, urdiéndola a que se deslizara hacia su cara—. Sí, eso es, más cerca. Ven a mí. Más cerca. Acércate, pequeña. Te deseo —dijo él, mordiendo suavemente su muslo por dentro, disfrutando con el estremecimiento de placer que recorrió a Lisa cuando él empezó a acariciar su sexo—. Sí, eso es lo que quiero —dijo con voz ronca—. Me encanta tu calor... la fiebre aterciopelada... Más cerca, pequeña. Acércate, acércate... sí.

Lisa se estremeció y se mordió un labio para contrarrestar las sensaciones que recorrían su cuerpo. Gimió suavemente, aunque no se dio cuenta de ello. El éxtasis le estaba devorando con tanta intensidad que no podía decir cuándo había comenzado o si alguna vez acabaría. Sin darse cuenta, sus ojos se llenaron de lágrimas, y empezó a pronunciar su nombre mientras él recompensaba sus caricias sensuales con otras mil veces más excitantes, compartiendo su placer tal y como ella lo había compartido con él, hasta que Lisa no pudo soportarlo más y le rogó que entrara en ella.

Con suavidad, Rye la levantó y empezó a bajaría hasta que ella pudo sentir que su sexo la buscaba. Con la primera caricia de su sexo contra el de ella, sintió que una ola de placer ascendía desde lo más profundo de su ser. Entonces, Rye la penetró, y ella gímíó y empezó a mover sus caderas encima de él, muy despacio, dejándose llevar por

el éxtasis que traspasaba toda su piel. El intentó ir más despacio, pero los movimientos de Lisa eran demasiado excitantes. La abrazó por la cintura mientras su sexo entraba totalmente en ella, hundiéndose en la pasión, entregándose por completo una y otra vez hasta que el último resto de éxtasis se diluyó. Pero siguió moviéndose con ella, dentro de ella, saboreando la sensación increíble de su cuerpo encima de su pecho.

Después de un largo rato, Lisa levantó la cabeza. Él protestó, y la obligó a apoyarse sobre su pecho otra vez. Ella empezó a besarle en los brazos, para después quitarle las gotas de sudor con los labios. Volvió la cabeza, y empezó a mordisquearle un pezón, tras lo cual sintió que él se endurecía dentro de ella. La sensación era indescriptible, era como si sus nervios estuvieran siendo traspasados por una especie de electricidad.

Rye sonrió cuando se dio cuenta de que ella estaba más tranquila, tanto que parecía que estuviera tratando de hundirse dentro de él tan profundamente como él lo estaba dentro de ella.

—Mírame, pequeña.

Lisa le miró. El movimiento tensó su cuerpo tal y como Rye había esperado que_ lo hiciera. Sonrió cuando notó que su cuerpo también se tensaba. Lisa le besó en los labios, sintió los latidos de su corazón en el pecho, y vio el brillo intenso de sus ojos.

—Esta vez, iremos más despacio —dijo Rye con voz ronca-—-, tan despacio que creerás que estás punto de morir.

Ella empezó a decir algo, pero no pudo terminar, ya que él estaba moviéndose otra vez, y ya nada le parecía real. Se agarró a él, siguiéndole, deteniendo el final del verano con cada caricia, cada gemido cada ola de placer. Cada vez que sus cuerpos se juntaban, cada caricia dada y recibida, cada sensación compartida, era como las hojas brillantes de los álamos brillando con el cielo otoñal de fondo. La luna llena y el mediodía se hicieron borrosos hasta que el tiempo quedó suspendido. Los principios y finales habían quedado olvidados, dejando únicamente a un hombre y a una mujer unidos, de los cuales ninguno quería saber dónde terminaba uno y empezaba el otro.

Lisa se despertó en cuanto el sol asomó por detrás de las cimas de las montañas. Memorizó la expresión de paz que tenía Rye antes de levantarse y se vistió sin despertarle. Terminó de llenar la mochila con las pocas cosas que le quedaban, la cerró y salió al exterior de la cabañaa. Se dirigió a Nosy, le desató, y le urgió a salir del prado para entrar en el mundo que estaba detrás.

El canto del gallo despertó a Rye un rato después. Con los ojos cerrados, buscó a Lisa, pero se encontró con que no había nadie a su

lado. Se dirigió a la puerta, la abrió y miró a su alrededor. La tierra seguía escarchada, el hielo brillaba con cada cambio del viento. Lisa no estaba por ninguna parte, no se veía humo, ni las llamas del fuego que debía calentar el desayuno. Se quedó mirando durante largo rato, sintiendo que algo en el prado había cambiado, decidiendo finalmente que sólo era la escarcha la que le daba ese aspecto diferente.

—¿Lisa?

No hubo respuesta.

—¡Lisa!

Su voz hizo eco, pero sólo obtuvo silencio en respuesta.

Rye sintió un escalofrío, lo cual le hizo darse cuenta de que estaba desnudo. Volvió al interior de la cabaña y se vistió con la misma rapidez con que se había desnudado la noche anterior, diciéndose a sí mismo todo el tiempo que no ocurría nada, que Lisa debía estar examinando las plantas, y que no le había oído llamarle, eso era todo.

—Maldita sea —-murmuró mientras se ponía las botas—-. Estoy más que harto de darme la vuelta y descubrir que ella se ha ido. En cuanto la encuentre, le voy a poner una cuerda. El prado no necesita ni la mitad de atención que yo.

El recuerdo de la noche que habían pasado traspasó a Rye con una intensidad tal que su cuerpo volvió a excitarse. Nunca había conocido a una mujer tan dulce y al mismo tiempo tan desenfrenada, deseándole sólo a él, sin pedirle absolutamente nada a cambio.

Y eso era lo que él le había dado. Nada. A pesar de lo que había pasado, había corrido hacia él en la oscuridad, deseándole. Sólo a él. A un hombre llamado Rye.

Rye se quedó helado en el momento en que cogió su chaqueta del suelo.-La incomodidad que había tratado de ignorar desde el momento en que se había despertado y se había dado cuenta de que Lisa no estaba a su lado, le invadió de nuevo. Ya no podía seguir evadiéndose de las preguntas que se había hecho a sí mismo.

«Ella deseaba a un hombre llamado Rye. Pero yo no soy sólo Rye. Soy el jefe Mac también, y Edward Ryan McCall III».

Se preguntó si había sido por eso por lo que Lisa había llorado la noche anterior... ¿había esperado algo de él? Pero ella no le había pedido nada. Ni siquiera una vez. Y cuando sus lágrimas se habían secado, le había hecho el amor casi como si él le hubiera puesto un puñado de diamantes en las manos.

Con quietud, Rye se dirigió a la puerta de la cabaña, y miró fuera buscando algún signo de que Lisa pudiera estar allí. Sólo parecían vivos los álamos, cuyas hojas amarillas brillaban como miles de

sonrisas. Volvió a mirar a su alrededor, y después se metió otra vez en la cabaña, tratando de hacer desaparecer el temor que estaba sintiendo tan claramente como el frío.

—Puedo hacer un poco de café —murmuró—. Sea lo que sea lo que esté haciendo, no tardará mucho. Hace frío ahí fuera, y ella ni siquiera tiene una chaqueta decente. Diablos, podía haber tenido el buen juicio de coger la mía.

Rye sabía que Lisa no habría cogido nunca su chaqueta. Estaba demasiado acostumbrada a vivir sin las cosas que la mayoría de las personas tenían por indispensables. De pronto, la idea de regalarle una le hizo dejar de dar vueltas y sonreír. El regalo sería inesperado y lo apreciaría. Le compraría una chaqueta que hiciera juego con sus ojos.

Sonriendo, Rye se dirigió al campamento. A mitad de camino se detuvo, sintiendo que el desasosiego cristalizaba como el hielo en su sangre.

No había ningún fuego, ni cafetera, ni utensilios por ninguna parte. Parecía como si Lisa no hubiera hecho nunca un campamento allí, como si nunca se hubiera calentado las manos al fuego, como si nunca hubiera dado de comer a los vaqueros con pan recién hecho y café fuerte.

Rye se dio la vuelta y dirigió la mirada hacia el prado, dándose cuenta demasiado tarde de lo que le había estado preocupando. No había huellas en la escarcha, ninguna señal de que Lisa hubiera traspasado la verja para examinar las plantas. Abrió la boca, tratando de gritar el nombre de Lisa, pero no consiguió hablar, sólo gemir de desaliento y pesar.

Ella se había ido.

Rye corrió a la cabaña, diciéndose a sí mismo que estaba equivocado, que ella no podía haberse ido. Abrió el armario, y no vio ni una sola prenda de vestir. No había nada de Lisa. Ni su mochila, ni la cámara, ni un solo carrete. Ningún paquete tampoco. Nada excepto una bolsa de papel marrón que había sido colocada y olvidada en el rincón más alejado del estante más alto.

Se quedó mirando la bolsa durante un momento, recordando la última vez que la había visto, recordando el dolor en los ojos de Lisa cuando había descubierto su verdadera identidad; y entonces le había quitado la bolsa de las manos, diciéndole que había sido para un hombre llamado Rye, no para el jefe Mac, que no necesitaba un regalo suyo.

Rye sacó la bolsa del armario lentamente. La abrió, metió la mano dentro y tocó una tela tan fina que al principio pensó que era seda.

Rompió la bolsa, dejando que su contenido cayera sobre sus manos.

Una prenda de un gris luminoso acarició su piel. Pequeños destellos de azul, y de verde brillaron con cada movimiento de sus dedos. Caminó despacio hacia el exterior de la cabaña y salió. Era una camisa de hombre, que se movía entre sus manos, casi como si estuviera viva, dado que su color gris cambiaba de color según le diera la luz. El tejido de la tela era tan fino que estuvo a punto de aceptar lo que su sentido del tacto le había sugerido en primer lugar; pero no, lo que tenía en sus manos era lino de primera calidad.

Acarició la tela suavemente, casi como si fuera humo que pudiera desaparecer con sólo soplar. La superficie de un botón se deslizó por su dedo. Su textura satinada captó su atención, así como los pequeños diseños que había dibujados. Poco a poco se fue dando cuenta de que estaba mirando marfil o algo parecido que había sido cortado y tallado con muchísimo esmero. También el cuello estaba realizado con mucha destreza; no tenía frunces en los bordes, y las puntadas eran tan pequeñas que apenas se veían.

—¿Dónde diablos ha comprado esto? —murmuró—. ¿Y cómo demonios pudo comprarlo?

Miró en la parte interior del cuello para ver la etiqueta. No tenía, y aún así la hechura era superior a cualquier otra que hubiera visto en su vida. Abrió la camisa y buscó las costuras laterales, donde la mayoría de los diseñadores ponían la etiqueta. De nuevo, no vio nada excepto la destreza con que la camisa había sido realizada. Las costuras estaban terminadas de tal modo que ningún hilo sobresalía por encima de los demás.

Con incredulidad, volvió a pasar los dedos por las costuras, diciéndose a sí mismo que no podía ser verdad, que ella no le había podido hacer esa camisa con los pocos utensilios que llevaba en su mochila. No podía haber tallado esos botones de una cornamenta, y haberlos pulido con sus propias manos hasta que al tacto parecieran marfil. No podía haber pasado hora tras hora sentada con las piernas cruzadas en el interior de la cabaña, dando pequeñas puntadas, alisando la tela, dando más puntadas, y después más hasta que anochecía, y tenía que dejar la camisa a un lado hasta que el sol volviera a aparecer por la mañana,

Y después había descubierto quién era él, y había salido corriendo sin siquiera hablarle del regalo que ella misma había hecho con tanto esmero. Rye cerró los ojos por un momento, incapaz de soportar el dolor de la verdad que tenía entre sus manos; todas las preguntas estaban contestadas.

La camisa seguía entre sus manos, dándole la prueba de lo que no

había podido ver gracias a su ceguera. Había estado tratando de protegerse con tanto afán, que la había herido increíblemente, y él tampoco se había dado cuenta de ello. Hasta ese momento.

Rye sé quedó mirando la camisa hasta que ésta se mojó con las lágrimas que se deslizaron por sus mejillas. Se quitó la chaqueta y la camisa que llevaba despacio, y se puso el regalo que Lisa había hecho para un vaquero pobre llamado Rye.

Le quedaba perfectamente, tal y como ella se acoplaba a el.

Lisa guió el caballo hacia el sendero que provenía de la vía de tren. El camino llevaba hasta la High Pass y hasta el rancho cercano de los Leighton. Nosy redujo el paso inmediatamente. Lisa le alentó a continuar más deprisa, y acabó espoleándole. El caballo aceleró la marcha de mala gana. Pero en cuanto ella se relajó, el caballo volvió a su paso de tortuga. Quería volver al rancho, y no pretendía ponérselo fácil si Lisa quería ir en otra dirección. Se detenía en cuanto encontraba una sombra, y sus orejas estaban echadas hacia atrás de un modo que indicaba lo enfadado que estaba.

— Mira — dijo Lisa, cuando el animal se detuvo otra vez — . Sé que éste no es el camino para ir al rancho, pero es el sendero que quiero tomar,

— ¿Estás segura de eso?

Lisa levantó la cabeza. Miró con incredulidad el sendero que había enfrente de ella. Rye estaba montado en Diablo, observándola. El caballo respiraba acalorado y su cota brillaba de sudor. En la brida y en la silla de montar había trozos de hojas perennes y de álamos.

— ¿Cómo has...? — preguntó Lisa.

— El atajo — dijo Rye sucintamente.

— No deberías haber venido — dijo ella, tratando de no echarse a llorar—. Quería que me recordaras sonriendo...

— Tenía que venir. Te dejaste algo muy importante en la cabaña.

Le observó sin poder hacer nada mientras él se desabrochaba la chaqueta. Guando vio la camisa, se puso pálida. ..

—No... no lo entiendes —dijo Lisa tristemente, dejando que las lágrimas se desligaran por sus mejillas—. La... hice para un vaquero llamado Rye. Pero él no existe fuera del prado y del verano, Y yo tampoco,

--Estás equivocada. Soy muy, muy real, y tú también. Ven aquí, amor mío.

-—No creo... —dijo Lisa, casi temblando.

—Déjame a mí —dijo Rye con voz ronca—-. Acércate, pequeña. Acércate.

Ella cerró los ojos con un gemido de angustia, incapaz de soportar estar viéndole sin poder tocarle. Estaba muy cerca físicamente, pero muy lejos de su alcance a otro nivel.

Sin avisar, Rye guió a Diablo hacia delante, se inclinó, y cogió a Lisa en brazos. Hundió su cara en su pelo sin hacer ningún intento por ocultar la emoción que le envolvía cuando los brazos de ella pasaron por detrás de su cuello para abrazarle con la misma ternura con que él la estaba abrazando.

—Prado o rancho, verano o invierno —dijo él—. Rye o jefe Mac o Edward McGalt III, no importa. Todos ellos te aman. Te amo. Te amo tanto que no sé por dónde empezar para demostrártelo.

Rye besó a Lisa despacio, queriendo decirle lo mucho que la amaba, que la necesitaba, pero no tenía palabras, sólo el calor de su cuerpo y la ternura de sus besos. Sintió las lágrimas de ella sobre sus labios y oyó que le expresaba su amor con pequeños susurros. La abrazó con fuerza, sabiendo que nunca más se despertaría solo en el prado.

Se casaron en el prado, rodeados de las sonrisas brillantes de los álamos. Él se puso el regalo de Lisa aquel día, y en el aniversario de su boda durante los años que siguieron. Las estaciones fueron y vinieron por el prado, los ciclos de renovación y cambio, el crecimiento y la recolección, el ritmo elemental de la época de las tribus Sobre la alfombra dorada del prado se oyeron las risas de sus hijos, y las de los hijos de sus hijos, y cada uno de ellos descubrió en la plenitud de sus vidas lo que los álamos siempre habían sabido.

La fiebre aterciopelada conocida como amor no está dirigida ni por las estaciones, ni por el espacio, ni por el tiempo.